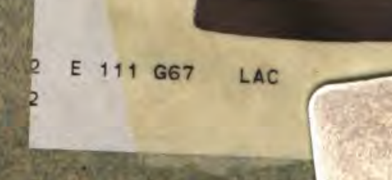

MANUFACTURA
DE
LIBROS EN BLANCO


Ombú







VIDA Y VIAJES

—DE—

COLÓN

POR

Natalia Górriz de Morales.



TIPOGRAFIA NACIONAL—GUATEMALA, C. A.
1895.

VIDA Y VIAJES DE COLÓN.

El descubrimiento de América, acontecimiento tan memorable que inauguró una nueva época en la historia de la humanidad, fué debido al inmortal genovés Cristóbal Colón, el que realizó este hecho grandioso como fruto de su elevada inteligencia, de sus largas investigaciones, de su perseverancia, de su fé y de su inquebrantable energía.

Ya en la antigüedad, Platón habló de la maravillosa Atlántida y Séneca en su Medea, anunció la existencia de un nuevo mundo; pero ambas ideas sólo pueden tomarse como sueños de poeta y no como concepto de hipótesis clara y definida.

Pomponio Mela y Estrabón habían aventurado algunas noticias, pero todas tan vagas como escasas.

La leyenda ideada por Platón permaneció arraigada en aquellos tiempos, del mismo modo que se guardaban las de la isla de San Brandano, la de las islas fabulosas de Danmar ó Tamar, Meida y la Antillia, que después se comprobó no ser más que hija de la fantasía, del explorador Marco Polo.

Los viajes efectuados en el año 987 por Eric el rojo, los de Thorwaldesen y los de

Thorstein, Eriksons y Jhonpin á la Groelandia y Windlandia ni tuvieron éxito ni fueron conocidos entonces.

Al finalizar la Edad Media habíase despertado en Europa, la sed de viajes y descubrimientos; en Italia sobresalían Venecia, Génova y Florencia y sus atrevidas naves surcaban los mares, llegando hasta el Mar Rojo; pero eran expediciones comerciales; reservado estaba á un príncipe portugués iniciar las expediciones científicas, y éste fué don Enrique llamado el navegante, el cual envió las primeras en 1415. En una de estas expediciones desembarcaron en Africa, para explorar las costas. En 1417 los marinos descubrieron el cabo Bogador y una isla á la que le dieron el nombre de Porto Santo, descubriendo á continuación la isla que llamaron de Madera. Gil Náñez de Lagos dobló el cabo Bogador.

El flamenco Van-der-Berg descubre las Azores, Camodorto las islas del Cabo Verde. En 1471 Juan Santarén y Pedro Escobar exploraron la costa de Guinea.

En tiempo de don Juan II, Diego Cano descubre el Congo y Bartolomé Díaz llega en 1486 á la extremidad meridional del Africa, que llamó Cabo de las Tormentas, nombre que fué cambiado más tarde por el de Buena Esperanza.

Cristóbal Colón es sin duda una de las fi-

guras más grandiosas y simpáticas del siglo XV; su hermosa imagen se destaca entre los vívidos resplandores de la gloria, ornada su frente con la doble corona del heroísmo y del genio, teniendo por pedestal las elevadas cimas de los Andes y por incienso perfumado las brumas de los mares. Más sólido pedestal encuentra aún en los corazones agradecidos de los americanos, en donde vivirá eternamente; su solo nombre es símbolo de gloria, doquiera pronunciado con cariño y con respeto.

Difícil es trazar, siquiera á grandes rasgos, la biografía del descubridor, no sólo porque para ello, se necesita de la bien cortada pluma de un literato y no la humilde y tosca de quien nunca ha escrito y únicamente es guiada por la admiración que profesa al insigne Colón; será ésta una silvestre flor, ofrecida con espontáneo cariño y gratitud.

Además, preséntanse dos dificultades casi insuperables y á la vez contrarias; lo trillado del tema y los pocos datos exactos que hay acerca de algunas épocas de su vida.

Desde luengos años, su historia ha interesado á todo el mundo. Las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo, Antonio de Herrera, Juan B. Muñoz y don Fernando Colón, en los lejanos tiempos; Lamartine, Roselly de Lorgues, Humboldt, Prescott, Fernández Navarrete y Washington Irving, posteriormente;

y en estos últimos años, el americano Enrique Harrisse, el señor de Asensio y otros esclarecidos ingenios han escrito acerca de su vida y de sus descubrimientos.

No puede precisarse la época en que vino al mundo Colón; algunos historiadores señalan el año de 1436 é indican que la ciudad de Génova fué donde las brisas mecieron su cuna.

Sus primeros años se deslizaron bonancibles y serenos. Según los datos más exactos, su padre era cardador de lanas, avecindado en Génova; su familia se componía además de su padre Doménico Colón, de su madre Susana Fontananosa, de sus hermanos Diego, Bartolomé y Blanca, casada con Diego Bavarello.

Su educación no pudo ser muy brillante, dadas las circunstancias de su familia, pero desde muy niño dedicóse con ahinco al estudio, haciendo rápidos progresos en la lectura, escritura, dibujo y pintura. El hermoso espectáculo del mar lo atraía, las fantásticas narraciones de los marinos impresionaban fuertemente su imaginación y hacían brotar en él un irresistible deseo de navegar. Génova era en aquel entonces, uno de los centros más activos del comercio y la navegación, acudiendo allí marinos y viajeros de todas partes.

Colón, seducido por los brillantes relatos que aquéllos hacían de países lejanos y desco-

nocidos, inquiría cuantas leyendas, narraciones de descubrimientos y datos le era posible recoger. Comenzó á hacer sus primeros viajes en las azuladas ondas del Mediterráneo y posteriormente en las costas de Guinea.

Su clara inteligencia le hacía entrever á través de las múltiples leyendas y relatos de aquel tiempo, algo que se escapaba á la mayoría; teniendo la idea de la redondez de la tierra, tuvo el pensamiento de que, "caminando siempre al Occidente, hallaría un camino más corto para las Indias Orientales."

Lo que al principio fué una soñada ilusión de su deseo, fué tomando la forma de un proyecto halagador; ya no era sólo el placer que experimentaba su imaginación con esas brillantes descripciones; era el proyecto formulado por la razón pensadora, la certidumbre del que tiene fe en sus propias convicciones.

De su inteligencia había brotado como una chispa luminosa su proyecto; pero para llevarlo á cabo necesitó Colón de una enerjía y de una constancia sin iguales; porque muchas veces triste y decepcionado, llena su alma de amargura inmensa, lo vió desvanecerse de un soplo. Viose objeto de engaños y de burla, viose humillado al atribuirle miras de especulación, y cuando había realizado su obra portentosa, la injusticia y la envidia pretendieron arrebatarle el lauro inmarcesible que á costa de tanto había logrado; co-

rrieron multitud de consejas inventadas para menorar su gloria, pero la posteridad le hace justicia honrándole como merece.

Colón debió llegar á Portugal por los años de 1470 ó 1471, país que en esa época era el más dado á las empresas navales y á las expediciones arriesgadas. Había ya navegado muchos años como él mismo dejó consignado en su diario de navegación, diciendo: "yo he andado veintitrés años en la mar sin salir de ella, tiempo que se haya de contar etc." (Navarrete. Tomo I pag. 101).

Los primeros años que Colón estuvo en Portugal, dedicose al estudio y trazado de cartas geográficas y de planos, con el producto de los cuales subvenía á sus necesidades, ocupándose también de algunos asuntos comerciales. En Lisboa contrajo amistad con Bartolomé Pelestrello, primer donatario de la Isla de Porto Santo, enlazándose más tarde con una de sus hijas, llamada doña Felipa. Cuando murió Pelestrello, Colón heredó todos los papeles y cartas geográficas que el donatario poseía.

Colón hizo un viaje á Porto Santo con su esposa y allí continuó anotando cuidadosamente cuantas noticias llegaban á sus oídos. Estudiaba las obras escritas por los antiguos sabios, Aristóteles, Séneca, Plinio y Estrabón, las famosas descripciones de Marco Polo, de Juan de Mandeville y la obra de Pe-

dro d' Ailly, las antiguas leyendas de la Isla de San Brandano y Antillia, las noticias de algunos marinos que aseguraban haber visto tierra en la parte occidental de las Azores y de las Canarias. Un piloto portugués llamado Martín Vicente le aseguró haber encontrado á unas 450 leguas al Oeste del cabo San Vicente, un madero esculpido y cuyos adornos parecían haberse trabajado sin instrumentos de hierro, que había sido traído por los vientos del Occidente, lo cual hacía suponer que en esa dirección existía una tierra ignorada.

Su cuñado Pedro Correa le contó que un palo semejante al primero habíase encontrado en las playas de Porto Santo.

En las costas de las Azores, encontráronse troncos de pinos, de abetos gigantescos y cañas que no crecen en esas islas. Hablábase también de dos cadáveres arrojados en la Isla de Flores, cadáveres que eran de una raza desconocida. Todas estas noticias contribuían á afianzar más la idea de Colón.

El ilustre navegante comunicó su proyecto á un distinguido médico florentino, Pablo Toscanelli, el cual impulsó á Colón aplaudiendo su atrevido proyecto. "Veo vuestro anhelo noble y grande," le decía, "de emprender un viaje á la tierra donde crecen las especias. Por esto os envío en contestación á vuestra carta, la copia de otra que remití

hace *unos cuantos días* á un amigo mío al servicio de S. M. el rey de Portugal, *antes de las guerras de Castilla*, también en contestación de otra suya que me escribió por encargo del rey sobre el mismo asunto, y os envío otra carta de marcar igual á la que envié al otro."

Colón se decidió á emprender otros viajes más largos que los que hasta entonces había hecho, dirigiéndose á la costa N. de Europa, llegando hasta la Isla de Thule que se cree que fué Iceland ó Islandia.

Colón describe su viaje diciendo: "Yo navegué el año 1477 en el mes de febrero más allá de Tile 100 leguas, cuya parte austral dista de la equinoccial 73° y no 63° como algunos dicen, y no está dentro de la línea que incluye el Occidente como dice Ptolomeo, si no mucho más Occidental y á esta isla que es tan grande como Inglaterra, van los ingleses con mercaderías, especialmente de Bristol y al tiempo que yo á ella fuí no estaba congelada la mar, aunque había grandísimas mareas, tanto que en algunas partes dos veces al día subía 25 brazadas y descendía otras."

No puede creerse que Colón tuviera noticia de los viajes hechos de 986 al año 1,000 por Eric el rojo, Thorwaldesen, Leif Eriksons, Thorstein y Thorsfinn, porque las narraciones de esos viajes conservadas en el Museo de Copenhague fueron publicadas posteriormente.

Colón emprendió otros viajes y el último de ellos fué á la costa de Africa hasta el fuerte de San Jorge de la Mina, y él mismo expresa que estuvo en ese castillo, indicando que la región donde se encuentra no es tan inhabitable como dicen.

Cuando Colón regresó á Lisboa, viendo que, abandonado á sus propios recursos, nada podría hacer, presentó sus proyectos al rey don Juan II de Portugal.

Es cierto que en esa época habíanse gastado cuantiosas sumas en las expediciones efectuadas desde el tiempo de don Enrique el navegante, y el proyecto de Colón por su misma magnitud era tenido por irrealizable. El rey acogió con gusto el proyecto presentado y lo sometió al dictámen de una junta compuesta de dos médicos, maestre Joseph y maestre Rodrigo, muy versados en Astronomía y Cosmografía (los cuales en unión de Martín Beheim habían facilitado la aplicación del astrolabio á la navegación) y del Dr. don Diego Ortiz Calzadilla, Obispo de Ceuta. Según el decir de otros historiadores, don Diego Ortiz, Obispo de Ceuta y el Dr. Calzadilla Obispo de Viseo.

El dictámen no fué favorable á Colón, porque lo juzgaron irrealizable. El Monarca convocó el Supremo Consejo de la Nación para que juzgara el proyecto antedicho, pero también fué rechazado, indicando además que

las condiciones impuestas por Colón eran excesivas.

Se atribuye á don Diego Ortiz, Obispo de Ceuta, el consejo dado á don Juan II de que entretuviera á Colón con falsas promesas y le pidiera indicaciones sobre su proyectado viaje, y enviara una nave con las indicaciones dictadas por él. Don Juan al seguir el pérfido consejo, olvidó el espíritu levantado y caballerezco que siempre le había distinguido. La expedición no tuvo éxito, y cuando Colón supo la perfidia de que había sido víctima, trató de alejarse de aquella corte que había jugado con su lealtad. Decidió entònces que su hermano Bartolomé se dirijiera á Inglaterra y él á España en busca de recursos. Colón decepcionado abandonó las playas portuguesas hacia el año 1484. Algunos historiadores creen que se dirigió á Génova. Su patria é Inglaterra, dice Sellen, "á quienes pidió auxilio para realizar su portentosa empresa, le cerraron sus puertas, tratándolo como un visionario. Aquel genio que encerraba en su cerebro un mundo, experimentó en todas las cortes las mezquinas repulsas de los soberanos á los cuales debía mostrar mas tarde la existencia de un Nuevo Mundo, santuario hoy de la libertad y la democracia."

Hácia el año de 1485, vióse llegar al Convento de Santa María de la Rábida situado cerca de Palos, en la risueña Andalucía, dos

viajeros; el uno de noble y majestuoso aspecto, de frente despejada y pensativa, de ojos garzos en los que se veía brillar la llama fulgurante del genio y que hacía contraste con el melancólico tinte esparcido en su rostro; el otro, un niño de candorosa y triste mirada; llegaban extenuados de hambre y de cansancio y demandaban una limosna; "aquellos viajeros eran Cristóbal Colón y su hijo Diego que se dirigían á Huelva." Cuando los viajeros estaban á la puerta del Convento, pasó casualmente uno de los monges, cuyo nombre era fray Antonio de Marchena, hombre inteligente y de vastos conocimientos á quien llamó la atención la figura del peregrino; dirigiéndose á él interesose mucho en su conversación, brindole franca hospitalidad y cuando Colón le expuso sus proyectos le admiró impulsándolo á no desmayar en ellos, ofreciéndole su protección. El ilustre marino se dirigió á Sevilla, dejando á su hijo Diego al cuidado de los religiosos de la Rábida. (*)

Sus primeras ilusiones renacieron, y la esperanza, hada mágica de la vida le sonreía dulcemente. Cuando Colón llegó á Sevilla, contrajo amistad con los hermanos Geraldini, los cuales le proporcionaron ocasión de presentarse á los duques de Medinacidonia y Medinaceli, personajes importantes de

(*) "Los franciscanos que favorecieron á Cristobal Colón fueron dos, fray Antonio de Marchena, joven y entendido en



la Corte. El de Medinaceli lo hospedó en su casa y admirando el proyecto del insigne genovés le escribió á los reyes. La reina á su vez escribió á don Alonso de Quintanilla recomendándolo, así es que fué favorablemente acojido por este personaje que desde luego le cobró afecto y le prestó su apoyo.

Cuando Colón se presentó en la Corte, no era la ocasión más propicia puesto que estaba debilitada por las guerras con Portugal y luego con los moros que desde el siglo VIII dominaban en la Península.

Con las recomendaciones que llevara, Colón llegó á Córdova, según él mismo lo indica, el 20 de enero de 1486. Los ánimos estaban enardecidos y la católica Isabel se propuso arrojar del suelo español á los moriscos.

Fernando é Isabel gobernaban cada uno en su reino respectivo, Fernando en Aragón é Isabel en Castilla. Los historiadores nos han

---

ciencias exactas, físicas y astronómicas, cuanto en aquel estado podía serlo, y fray Juan Pérez, anciano respetable y guardián del convento, que nada entendía de astronomía, habiendo sido en sus principios oficial de hacienda pública. Pero se ha causado una gran confusión en estos dos personajes, y hoy ofrece trabajo desvanecerla: no pudiendo dejar de hacerlo porque su resultado es de importancia para la claridad de la historia." "Ocurre desde el primer momento una observación que tiene mucha importancia y es casi decisiva. Los testimonios más antiguos, los más autorizados, no incurren en la confusión de nombres; distinguen perfectamente los sujetos, y hablan de ellos con separación, como quien los conocía perso-

trasmitido los caracteres de aquellos monarcas, haciendo grandes elogios de la Reina, la cual era de estatura más que mediana, bien formada, de cutis blanco y sonrosado, de ojos azules claros de suavísima expresión, de cabellos castaños tirando á rubio, todo este hermoso conjunto lleno de gracia y de dulzura, al que se unía en admirable consorcio el aire de dignidad que siempre la distinguió; sencilla y modesta en sus costumbres, entusiasta y enérgica en sus proyectos, religiosa, inteligente y amante de las letras, fué siempre justa y virtuosa, benévola y afable. Si algunas veces llevada de su celo religioso cometió algunos errores, fué mas bien culpa de las ideas de su tiempo.

Don Fernando fué un príncipe inteligente y dotado de gran penetración, pero era frío, calculador y no le animaba el gran corazón ni el entusiasmo que á la Reina. En lo físico era de mediana estatura, de porte majes-

---

nalmente. La mención más antigua de los monjes de la Rábida se encuentra en un documento judicial contemporáneo de aquéllos. En el pleito seguido entre el segundo Almirante don Diego Colón y el fiscal del Rey, al cual muchas veces hemos de hacer referencia, se presentaron unas probanzas hechas por Juan Martín Pinzón, hijo de Martín Alonso, en la villa de Palos á 1º de noviembre del año 1532, que han permanecido inéditas hasta que las ha publicado el señor don Cesáreo Fernández Duro. (Colón y Pinzón.—Informe relativo á los pormenores del descubrimiento del Nuevo Mundo, por el Capitán de Navío Cesáreo Fernández Duro.—Madrid. Tello, 1883.) En ella entre otros muchos testigos, se presentó



tuoso, de cabello castaño, de ojos "brillantes y animados, cutis algo rojo por las fatigas de la guerra."

Con las recomendaciones que llevara Colón para fray Hernando de Talavera y Alonso de Quintanilla, se dirigió á Córdova, según él mismo lo indica, el 20 de enero de 1486.

Buscó á fray Hernando de Talavera, siéndole muy difícil ser recibido por el confesor de la Reina; escuchole éste fríamente, y como estaba muy ocupado, difirió los planes de Colón.

Alonso de Quintanilla y los Geraldini le proporcionaron oportunidad de ser conocido por el gran Cardenal don Pedro González de Mendoza, personaje muy influyente en la Corte y por cuya mediación logró una audiencia de los reyes.

Alonso Vélez Allid que entonces contaba setenta años, y que por consiguiente era de veintidós en el de 1484, cuando la llegada de Colón, y se expresó en estos términos: "Vido que el Almirante estuvo en Palos mucho tiempo publicando el descubrimiento de las Indias, é posó en el monasterio de la Rábida, é comunicaba la negociación del descubrir con fraile estrólogo que ende estaba en el convento por guardián, é ansí mesmo con un fray Juan que había servido siendo mozo á la Reina doña Isabel católica en oficio de contadores." Aquí están bien separadas y distintas las dos personas del Astrólogo y el padre fray Juan; por más que por equivocación, quizá del copiante, se dió al primero la consideración de guardián que pertenecía al segundo. No lo están menos en la Historia de las Indias, de fray Bartolomé de Las Casas. En el capítulo XXXI de la parte primera refiere que habiendo decidido Colón pasar

La reina lo escuchó con gusto, halagándole la idea de ensanchar sus dominios y propagar la fe católica. Desde esa primera audiencia, Colón se atrajo la simpatía y admiración de cuantos presenciaron esta primera entrevista.

Con motivo de la guerra de los moriscos, los reyes disponían de muy poco tiempo; se dirigieron á Loja, ordenando que el proyecto de Colón fuese examinado por una junta presidida por fray Hernando de Talavera. La junta fué formada según el testimonio del Dr. Rodrigo Maldonado que fué uno de los miembros, del Prior de Prado y de los hombres más notables de ese tiempo, cosmógrafos, letrados y marinos. Colón, presentándose ante la junta, tenía no tan sólo que exponer su proyecto, sino que luchar contra las ideas erróneas de aquellos personajes, más bien, contra las ideas de toda una época. La inquisición acaba de establecerse en España y

---

á Francia "fué á la Villa de Palos con su hijo, ó á tomar su hijo Diego Colón, niño, lo cual yo creo. Fuese al monasterio de la Rábida...., y salió un padre que había nombre fray Juan Pérez, que debía ser el guardián del monasterio....el cual diz que, ó era confesor de la Sereníssima Reyna, ó lo había sido...."—Luego, al finalizar el capítulo XXXII, recuerda Las Casas aquellos lugares de las cartas de Colón en que se refiere á la ayuda que le prestara el padre fray Antonio Marchena, de que luego daremos noticia, y dice terminantemente: "tampoco pude saber cuándo, ni en qué, ni cómo le favoreciese, ó qué entrada tuviese con los Reyes el ya dicho pa-



las opiniones de Colón podían ser tenidas por irreligiosas; además, él, un obscuro marino sin más títulos que sus grandes conocimientos no apreciados, era tenido como un aventurero. Las razones presentadas por el marino en apoyo de su proyecto fueron tenazmente rechazadas; y la junta no podía admitir la existencia de los antípodas. La figura de Colón ante la junta no puede ser más imponente ni grandiosa, era como la personificación de una nueva edad luchando con las sombras de una época que se extinguía: ¡la Edad Media!

El conocimiento de sus teorías daba nuevo vigor á su palabra; así, elocuente, inspirado, refutaba las objeciones que le proponían; pero sus ideas no encontraron eco en aquella docta corporación, y sólo fray Diego Deza, prior del convento de San Esteban, hombre de clara inteligencia, comprendió el pensa-

---

dre fray Antonio de Marehena."—El testigo de los sucesos, y el historiador que conoció á las personas, señalan con toda claridad apetecible el carácter de dos franciscanos.—El primero, talvez que dió causa y origen á la confusión fué el clérigo Francisco López de Gomara que al escribir la Historia de Hernán Cortés, en cuya casa fué capellán durante muchos años, dedicó la primera parte al descubrimiento de las Indias, aunque no alcanzó aquel tiempo, y al ocuparse de lo que trabajó Cristóbal Colón por ir á las Indias, entre noticias ciertas y equivocadas que apadrinó con poco discernimiento, dijo.... que "se embarcó á Lisbona y vino á Palos de Moguer, donde habló con Martín Alonso Pinzón, piloto muy diestro, y que se

miento de Colón y fué desde entonces su más decidido apoyo.

La junta tomó mucho tiempo para emitir su dictámen, y mientras, Colón tuvo que sufrir mucho, siendo visto con menosprecio como loco y visionario, como un aventurero ó especulador. Sólo la palabra consoladora de fray Diego Deza fortalecía el ánimo del genovés. (Durante este período verificáronse muchos sucesos, la toma de Loja é Ilora, la conquista de Moclín, Montefrío y Colomera.) Este digno prelado en unión del Cardenal Mendoza, Quintanilla y de Luis de Santangel, otro de sus protectores, llevaron á Colón á la célebre Universidad de Salamanca, que era en aquel entonces considerada como uno de los principales centros científicos de Europa. Colón fué hospedado en la quinta de Valcuebo, situada cerca de la ciudad y propiedad

---

le ofreció.....y con fray Juan Pérez de Marchena, fraile Francisco en la Rábida, cosmógrafo y humanista, á quien en puridad descubrió su corazón, y que el fraile lo esforzó mucho en su demanda y empresa ...." Sin consultar los antecedentes que para todos eran generalmente desconocidos, hizo fortuna el nombre; y confundidos en una sola personalidad dos sujetos diferentes, el joven monje y el respetable anciano, el astrólogo y el guardián de larga y honrosa carrera, la reunión de los hechos practicados por uno y otro ha contribuido á que se presenten dudas, que desde luego desaparecen al verificar lo que á cada cual corresponde en su amistad é interés por el navegante."—Cristóbal Colón—su vida sus viajes—sus descubrimientos por don José María Asensio—Libro 1º Capítulo X.



de los frailes de San Esteban; en este tiempo comenzó á gozar de algunas codsideraciones y ya su idea se propagaba, considerándola algunos como factible.

Á fines del año 1486, cuando los reyes llegaron á Salamanca, tenían noticias de las conferencias que allí se habían efectuado, y de las opiniones favorables emitidas acerca del proyecto de Colón, por los doctos de la Universidad, noticias que recibían por medio de la marquesa de Moya, (camarera de la reina) y de los otros protectores decididos de Colón.

Antes de partir la reina Isabel para Córdova, ordenó que se le diera á Colón por vez primera un subsidio de 3,000 maravedís, el 5 de mayo de 1487.

Mientras tanto, verificábanse muchos sucesos: la campaña de Málaga, y la toma de Baza por los españoles. Los soberanos llegaron á la hermosa ciudad de Sevilla, pero no tuvo lugar la conferencia que allí habíase dispuesto acerca del proyecto antes presentado. En ese mismo tiempo vino el enlace de doña Isabel, hija de los reyes católicos, con el hijo del rey de Portugal; y en medio de estos triunfos y fiestas casi sólo el ilustre genovés pensaba en sus grandes designios, por lo cual solicitaba que se le diera una respuesta definitiva.

Fray Hernando de Talavera, recibió la orden de decir á Colón que se hallaba en

Córdova, que las grandes cantidades y gastos de la guerra, hacían del todo imposible tomar en consideración su empresa, pero que en cuanto terminara, tendrían tiempo de tratar con él acerca de sus ofertas. Colón que siempre había visto que fray Hernando de Talavera era uno de sus más fuertes opositores, resolvió dirigirse á Sevilla, para recibir personalmente de los reyes la contestación anhelada, la cual fué casi la misma que ya había recibido. Lleno de amargura se retiró de Sevilla, abandonando toda esperanza de auxilio.

"Aunque ya no esperaba patrocinio alguno de parte de los príncipes de Castilla, sentía Colón romper del todo sus conexiones con este país. Le ligaban á España lazos difíciles de cortar. En su primera visita á Córdova se había apasionado de una dama de aquella ciudad, llamada Beatriz Enríquez. Esta inclinación dicen haber sido una de las causas que le detuvieron tanto tiempo en España, y le hicieron llevar con paciencia, las contínuas dilaciones que experimentaba. Como otras particularidades de su vida, las relaciones que tuvo con la expresada señora están envueltas en la obscuridad. Parece, empero, que nunca las sancionó el matrimonio, y que pertenecía ella á una familia noble. Fué madre de su segundo hijo Fernando, después su historiador, y á quien siempre trataba en

términos de perfecta igualdad con su hijo legítimo Diego. *(Vida y Viajes de Colón por Washington Irving. Capítulo IV.)*

Había pasado siete años haciendo inútiles esfuerzos, y lleno de tristeza volvió al convento de la Rábida, pensando en abandonar á España. Fray Juan Pérez, pasó á Santa Fe para hablar de nuevo á la reina, á quien con anterioridad había escrito y de quien había recibido respuesta llamándolo. Después de haber hecho y hablado lo que pudo en favor de Colón, haciendo ver la gloria que daría á la nación española, éste fué llamado á Santa Fe por medio del padre guardián.

Colón fué bien acogido, pero cuando presentó las condiciones que consistían en que se le nombrase almirante y virrey de las tierras descubiertas y se le concediera una décima parte de las ganancias que se obtuvieran, parecióles demasiado exigir; y los cortesanos indignados al considerar que un oscuro marino, que había esperado protección, llegase á ser uno de los más grandes de la Corte, murmuraban contra él. Las condiciones no fueron aceptadas y Colón que había esperado en España tantos años, bajo el peso de tan honda decepción resolvió alejarse de allí poniéndose inmediatamente en marcha. Quintanilla, Santangel y la Marquesa de Moya se dirigieron inmediatamente á ver á la reina, aunque ellos bien consideraban lo escaso de las ren-

tas. Pero la reina con un entusiasmo digno de ella exclamó: "Yo entro en la empresa por mi corona de Castilla, y empeñaré mis joyas para levantar los fondos si fuese necesario." La reina mandó un mensajero alcanzar á Colón, lo alcanzó cerca del puente de Pino, y renaciendo sus esperanzas volvió á la Corte, el genoves.

Firmóse el tratado en virtud del cual Colón gozaría durante su vida del título y honores del empleo de almirante en todas las tierras y continentes que pudiese descubrir ó adquirir en el Océano, privilegio que gozarían también sus descendientes. Que sería virrey y gobernador de las tierras que descubriere; que gozaría de la décima parte de las riquezas que hallase; que él ó sus delegados, serían los únicos jueces de todas las causas que se pudieran ocasionar y que contribuiría con la octava parte al armamento de los bajeles. Este tratado se firmó en Santa Fé el 17 de abril de 1492.

Los hermanos Pinzón lo ayudaron también fletando dos carabelas, la otra carabela fué proporcionada por el puerto de Palos. Colón despidióse de sus amigos y el 3 de agosto de 1492 se dieron á la vela en este puerto, aventurándose en un mar desconocido. Al tercer día de navegación uno de los bajeles estaba averiado y tuvieron que detenerse en las Canarias: esta avería fué causada, según presu-

mió el ilustre marino, por Gómez Rascón y Cristóbal Quintero, dueños de la carabela la Pinta, los que habían sido forzados á entrar en la expedición. Más de tres semanas permanecieron en las islas los marineros, muchos de los cuales que iban por fuerza se sobrecogían por cualquier incidente, y así se explica el pánico que se apoderó de ellos cuando contemplaron la erupción del pico de Tenerife. Con el objeto de que los tripulantes no conocieran las distancias que recorrian, Colón decidió llevar dos diarios marítimos, en uno anotaba el verdadero número de leguas que caminaba y en el otro, de que todos tenían conocimiento, disminuía este número.

En uno de tantos días de navegación, el 13 de septiembre, Colón observó un raro fenómeno desconocido hasta entonces, el de la desviación de la brújula. El día 16 llegaron al mar de las Algas, que tomaron equivocadamente por tierra; en el transcurso del viaje creían muchas veces ver partes de tierras cercanas, pero eran grupos de nubes que presentaban esta engañosa visión. Cuando entraron en el período de la calma afligiéronse mucho y ninguno de aquellos navegantes creía regresar á la patria, estaban desesperados, más de una vez se arrepintieron de haber acometido tan temeraria empresa, y quejábanse amargamente de que Colón los había engañado llevándolos á morir en un mar sin

límites. Colón, con su palabra elocuente procuraba infundirles nuevo vigor, mas á pesar de esto las quejas continuaban diariamente hasta el extremo que Colón, revistiéndose de energía les manifestó que siendo un asunto tan grave iba á pedir su parecer á los capitanes de las otras dos carabelas. "Reunidas las tres carabelas, dijo Martín Alonso Pinzón ¿qué manda vuestra señoría? y respondióle Colón aparentando conceder lo que sus marineros deseaban para mejor ganar sus voluntades: "Martín Alonso: esta gente que va en este navío van murmurando y tienen gana de volverse, y á mí me parece lo mismo, pues que habemos andado tanto tiempo y no hallamos tierra." Comprendió muy bien Martín Alonso lo que las palabras del Almirante significaban, y el estado de los ánimos á bordo de la Santa María, quizá también porque en su barco había síntomas de descontento; y atropellando por todo contestó con la mayor energía: "Señor, ahorque vuesa merced media docena de ellos, ó échelos á la mar; yo y mis hermanos barloaremos sobre ellos y lo haremos; que armada que salió con mando de tan altos príncipes, no ha volver atrás sin buenas nuevas." Altamente complacido el Almirante con la atrevida resolución del Capitán Pinzón y notando el efecto que habían causado en su gente aquellas severas palabras, volvió á tomar su carácter de defensor y jefe

prudente, y dijo: "*Martín Alonso, con estos hidalgos* hayámonos bien y andemos otros días, é si en estos no halláremos tierra, daremos otra orden en lo que debemos hacer." Obróse entonces en los ánimos la reacción natural, miraron el cumplimiento del deber, y al gritar Colón y Pinzón como señal para separarse: ¡Adelante! ¡Adelante! no faltó uno solo de los noventa hombres que tripulaban las carabelas, que no gritase de corazón ¡Adelante!" (Cristóbal Colón, su vida, sus viajes, sus descubrimientos, por don José María Asensio.—Libro 2º, Capítulo II.)

Continuaron navegando llevados por un viento favorable, y en la noche del 11 de Octubre, Colón vió desde el castillo de popa de su barco, un lejano resplandor que parecía levantarse y hundirse en las aguas del océano, oyendo al mismo tiempo un cañonazo disparado á bordo de la Pinta, señal convenida para advertir que se había divisado tierra; Rodrigo de Triana había alcanzalo á verla desde la arboladura de la Pinta. Al grito mágico de tierra los marinos se arrepintieron de haber murmurado en contra de Colón. Pasaron el resto del tiempo en una ansiedad indescriptible y cuando en la mañana siguiente, á los rayos esplendorosos de un sol tropical, pudieron cerciorarse de que la tierra descubierta era un verdadero paraíso y desembar-

caron en la playa, arrodilláronse entonando cánticos de alabanza y pidieron á Colón les perdonase las ofensas que le habían inferido.

La arrogante y majestuosa figura del Almirante, llevando en la mano el pendón real de Castilla se destacaba entre los que lo rodeaban. Desde ese momento le correspondían los títulos y honores que le habían otorgado y tomó posesión de la isla de Guanahaní en nombre de los reyes católicos, dándole el nombre de San Salvador.

El padre Las Casas ha trasmitido á la posteridad un extracto del diario de Colón, el cual da, de una manera clara y concisa, idea de las impresiones que experimentó el ilustre marino; y que es el siguiente:

"Viernes 12 de octubre.—Lleno del deseo de ganarme la amistad y benevolencia de estos pueblos, y convencido que la conversión de los mismos debía alcanzarse, más bien por amor que por fuerza, regalé á algunos de los indígenas, gorras encarnadas y sartas de cuentas de cristal, con que adornaron su cuello, así como otras bagatelas que les proporcionaron gran alegría, y por las cuales nos ganamos con asombrosa rapidez su benevolencia. Más tarde vinieron nadando á los botes de nuestros barcos y nos trajeron papagayos, ovillos de hilo, lanzas y algunas otras cosas, las cuales cambiaron por las que les dábamos nosotros, que eran sartas de cuentas de cristal y cascabeles pequeños. Tomaron lo que les

dábamos, dándonos con buena voluntad lo que tenían, pero me pareció que son gentes muy pobres. Todos van desnudos como vinieron al mundo, lo mismo las mujeres, por más que sólo he visto una muchacha muy joven. Los demás eran hombres jóvenes, ninguno de los cuales pasaría de los treinta años. Todos era bien formados y de movimientos graciosos y apacibles. Su cabello es tan grueso como la crín de un caballo y cortado por delante hasta las cejas; en cambio, por detrás llevaban una larga trenza que no se cortan nunca. Su color natural es el de los indígenas de las islas Canarias, ni negro, ni blanco, pero algunos se pintan con negro ó blanco, otros con encarnado ó cualquier otro color que encuentran. Algunos se pintan la cara, otros todo el cuerpo, otros sólo los ojos y otros nada más que la nariz. No llevan armas ni las conocen, pues cuando les enseñé espadas las cogieron tan torpemente por el filo que se cortaron. No poseen hierro alguno; sus lanzas consisten en palos sin hierro y están adornadas en sus extremos con dientes de pescado ú otras cosas. La mayoría de estas gentes son de buena estatura, buena presencia y graciosos movimientos. En bastantes de ellos noté cicatrices de heridas y al preguntarles por señas por el origen de éstas, me hicieron comprender que los habitantes de las islas vecinas venían de vez en cuando para cogerlos prisioneros, por lo que tenían que

defenderse. También creo yo que vienen aquí desde el Continente para coger prisioneros á los indígenas. Deben ser buenos é inteligentes esclavos, pues noto que comprenden muy pronto lo que les digo, y estoy convencido de que se les puede hacer cristianos con facilidad, porque no parece que pertenezcan á ninguna secta. Si Dios es gustoso, á mi regreso llevaré á vuestras altezas seis de estas gentes para que aprendan nuestro idioma. Fuera de los papagayos no he visto otros animales por aquí.—Sábado 13 de octubre.—Al rayar el alba vinieron muchos indígenas á la orilla; todos eran como ya hemos mencionado, hombres jóvenes, de estatura más que regular; es verdaderamente una hermosa raza. Su cabello no está rizado, sino que cae recto hasta abajo y es basto como crin de caballo. También tienen la cabeza y la frente más ancha de lo que he podido observar en cualquiera otra raza humana. Los ojos son muy bellos, y en manera alguna pequeños; el color de la tez no es negro, sino parecido al de los indígenas de las islas Canarias, como no puede menos de esperarse, puesto que esta isla está en el mismo grado de latitud que la del Hierro (Ferro), una de las Canarias. Todos estos indígenas sin excepción tienen miembros rectos, son esbeltos y muy bien formados. Vinieron al barco en canoas hechas de un solo tronco de árbol ahuecado y que son excelentes y muy apro-

pósito para estas regiones. Muchas de ellas contienen cuarenta y hasta cincuenta hombres; otras eran más pequeñas, y en alguna sólo cabe un solo individuo. Dirigen sus botes con remos que recuerdan las palas de los panaderos. Con esto alcanzan una maravillosa rapidez, y cuando alguna de estas barcas vuelca, se echan todos á nadar, la vuelven y sacan el agua que ha penetrado en ella con botellas de calabaza que llevan consigo. Trajeron ovillos de algodón hilado, papagayos, lanzas y otras pequeñeces que sería cansado enumerar, y las cambiaron por lo que quisimos darles. Les pregunté cautelosamente para cerciorarme si había por allí oro, y noté que algunos llevaban un pedazo pequeño colgado de un agujero abierto en la nariz. Por sus señas comprendí que si se iba hacia el Mediodía ó daba vuelta á la isla en dirección Sur, encontraría un país cuyo rey poseía vasijas de oro y abundancia de este metal. Procuré persuadirles que me acompañaran hasta allí, pero comprendí al momento que no querían hacer esto. Por lo tanto, decidí esperar hasta la noche siguiente y entonces navegar con rumbo Sudoeste, ya que muchos de los indígenas me habían comunicado que tanto en dirección al Mediodía como al Sudoeste y Nordeste había países, y que los habitantes de las regiones situadas en esta última dirección venían á menudo para batirse con ellos y buscar en aquellas tierras oro y

piedras preciosas. La isla donde estamos es bastante grande y muy llana, con magníficos árboles verdes; tiene agua sobrante y un lago muy grande en el centro, agradable á la vista. Los indígenas son de un carácter apacible; pero impulsados por poseer los objetos que tenemos, hurtan todo lo que pueden, pues saben bien que no les damos nada si no lo cambian por otra cosa, y se escapan con ello. Mas todo lo que tienen lo dan por cualquier nadería que se les ofrece, hasta por los objetos rotos y cascos de cristal. He visto dar por tres leotis (pequeña moneda de Portugal, es el de medio maravedís) diez y seis ovillos de hilo que contedrían todos ellos juntos más de una arroba de algodón hilado. Yo prohibí esta clase de cambio y no permití á nadie más comerciar con algodón si yo no doy la orden de cambiarlos para vuestras altezas en los parajes en donde se encuentra en abundancia el algodón según yo creo, en esta isla, pero lo corto de mi estancia en ella me impide adquirir positiva seguridad. Del mismo modo se encuentra aquí el oro que llevan los indígenas en la nariz, mas no he mandado hacer ninguna averiguación para no perder tiempo, pues quiero ver si encuentro la isla Cipango. Ahora que oscurece han regresado todos los indígenas en sus canoas.—Domingo 14 de octubre. —Al rayar el día mandé preparar los botes de todos los barcos y navegamos á lo largo de

la costa en dirección Nordeste para conocer las otras partes de las islas situadas hacia el Oriente y visitar los lugares de las mismas. —Poco tardé en ver dos ó tres de éstas, y sus habitantes que habían venido hasta la orilla, nos llamaron bendiciendo á Dios al mismo tiempo. Unos nos trajeron agua, otros provisiones; muchos, al ver que me disponía á desembarcar, echáronse al mar y nadaron hasta nuestros botes. Por sus señas pudimos comprender que nos preguntaban si habíamos bajado del cielo. Un anciano vino á mi bote, entre tanto que otros gritaban, llamando á grandes voces á los hombres y mujeres de las inmediaciones: Venid á ver á la gente del cielo y traedles comida y bebida. Hombres y mujeres vinieron en gran multitud, trayendo cada cual alguna cosa, daban gracias á Dios, se echaban en el suelo y nos invitaban ir á tierra. Mas yo me retraje al ver las largas filas de peñascos que circundaban toda la isla. En el centro de esta cordillera hay un puerto tan ancho y profundo, que todos los barcos de la cristiandad cabrían en él, sólo que la entrada es muy estrecha. Verdad es que hay algunos abismos en el centro de la cordillera, pero el mar es allí tan tranquilo como el agua de una fuente. Yo me puse en movimiento esta mañana para poder informar á vuestras altezas de todo cuanto viera; también quise explorar á ver si hallaba un paraje á propósito para edificar una fortaleza.

Descubrí también un trozo de tierra que parece una isla, por más que no lo es. Hay seis casas en él, y podría separarse con facilidad con solo dos días de trabajo y convertirlo en una isla. Pero un trabajo semejante no creo que sea necesario, pues según mi opinión, este pueblo desconoce completamente el manejo de las armas, lo cual conocerán vuestras altezas cuando observen á los siete invididuos que he mandado coger para llevármelos conmigo á Castilla, ó que los retuviesen prisioneros en alguna isla, no habría cosa más fácil que esto, pues con cincuenta hombres podría sometérseles y hacer lo que se quisiera de ellos. Cerca de la ciudad pequeña isla (Península), hay huertas y plantaciones tan hermosas que más no las he visto nunca; el follaje es tan verde y fresco como en Castilla durante el mes de abril y mayo; también se encuentra mucha agua en estos sitios. Una vez que hube reconocido todo el puerto, volví á los barcos, nos hicimos á la vela, y pronto ví tantas islas que no sabía en cuál desembarcar. Los indígenas que yo llevaba conmigo me hicieron comprender que eran innumerables. A más de cien les dieron nombre. Decidí, por lo tanto, ver cuál era la mayor de todas, y á ella quiero ir. Parece que está situada á cinco leguas de San Salvador; las otras están más ó menos próximas. Todas son muy llanas, sin montes, muy fértiles y pobladas de habitantes. Los indígenas mantienen guerra unos

con otros, por más que son gentes muy inofensivas.—Lunes 15 de octubre.—Me quedé apartado durante la noche por no saber si ésta estaría libre de abismos. Esperaba poder desplegar las velas al amanecer. Y como la isla está á más de cinco leguas de distancia, más bien siete, y además me retuvo la marea, era ya cerca de medio día cuando alcancé la isla. Ví que la parte situada enfrente de la isla de San Salvador está en dirección de Norte á Sur y tiene cinco leguas de largo; el otro lado, por el contrario, comprende de Este á Oeste y tiene más de diez leguas de extensión. Y como desde esta isla ví otra grande en dirección occidental, acorté las velas, puesto que había navegado todo el día y hasta la entrada de la noche sin haber podido alcanzar el cabo más occidental de la isla, á la cual puse el nombre de Santa María de la Concepción. Hacia la puesta del sol anclé cerca del citado cabo para inquirir si había por allí oro. Los indígenas de San Salvador me habían dicho que aquí llevaba la gente grandes brazaletes de oro en los brazos y las piernas. Me parece que todo esto ha sido fábula para librarse de mí. Sea lo que fuere, no quiero pasar cerca de ninguna isla sin tomar posesión de ella, por más que esto sea indiferente en el fondo, pues habiendo tomado pesesión de una, sirve esto para todas las demás. Anclé por lo tanto, y quedeme hasta hoy martes, que me embarqué en

un bote lleno de gente armada dirigiéndome á tierra. Los numerosos indígenas allí reunidos iban desnudos y tenían la misma apariencia que los del Sud de San Salvador. Nos permitieron andar por la isla, dándonos cuanto les pedíamos. Como empezaba á menguar el viento S.E. no quise quedarme por más tiempo en la isla y volví á nuestros barcos, encontrándonos al lado de uno de los costados de La Niña con un gran bote. Uno de los indígenas de San Salvador, que se hallaba en aquel barco, saltó desde su bordo y se refugió en la piragua, y otro á media noche...... (Aquí hay un espacio en el original de Las Casas), y él (probablemente el Comandante de La Niña) persiguió la canoa, desapareciendo ésta con tanta rapidez que no hubiera habido bote que le diera alcance. La canoa llegó á tierra donde la abandonaron los que la tripulaban. Algunas de mis gentes persiguieron á los fugitivos, mas no les dieron alcance, pues corrían como gallinas. La embarcación abandonada fué conducida á bordo de La Niña. Vimos en otro bote pequeño á un solo hombre que venía por otro lado, y que nos traía un ovillo de algodón para cambiarlo por otros objetos. Como se resistía á pasar á nuestro barco, saltaron á la agua algunos marineros y se apoderaron de él. Desde la popa de mi barco veía yo todo esto y mandé conducir al indígena á mi presencia. Le dí una gorra encarnada, até á su

brazo una sarta de cuentecillas de cristal verde, colgué de sus orejas dos cascabeles pequeños y mandé que le diesen su canoa y le condujesen á la orilla. Poco después desplegamos velas para dirigirnos á la otra isla grande situada al Occidente y ordené se utilizara también la canoa que se hallaba á bordo de La Niña. El hombre al cual había hecho los mencionados regalos y rechazado su ovillo de algodón, había desembarcado en este intervalo y lo ví rodeado de una compacta multitud á la que decía éramos muy buenos, que el otro hombre que huyó sin duda había cometido alguna injusticia y por eso nos habíamos apoderado de él. El objeto que yo esperaba conseguir dando libertad al hombre, y que consistía en infundir á aquellas gentes la mayor consideración hacia nosotros, á fin de evitar hostilidades á los expedicionarios que envíen en el porvenir vuestras altezas á estas islas, estaba logrado, por más que valdrán cuatro maravedises por junto todas las cosas con que había obsequiado al indígena. Hácia las diez me marché de allí dirigiéndome en dirección Sur y con viento SE. á aquella gran isla, en la cual dicen las gentes de San Salvador que hay mucho oro, y cuyos habitantes llevan brazaletes de este metal en los brazos y piernas, como también en las orejas y nariz y al rededor del cuello. Entre esta isla y la de Santa María media una distancia de nueve leguas de Este á Oeste y toda la parte

de la costa se extiende de Noroeste á Sudoeste y parece ser que esta parte mide más de 28 leguas de largo. Lo mismo que la isla de San Salvador y Santa María, es llana y sin ninguna montaña. La orilla está el fondo. A dos cañonazos de distancia es tan grande la profundidad del agua que no se encuentra fondo. Estas islas son muy frondosas y fértiles, están rodeadas de embalsamado ambiente y encierran sin duda alguna bastantes cosas que no conozco; pero no quiero detenerme á buscarlas, ya que he salido á descubrir otras islas más en las cuales se halla oro. Y después de haberme hecho comprender por señas los habitantes de San Salvador que los de estas tierras llevaban verdadero oro en los brazos y en las piernas (pues yo les he enseñado el que poseo y me aseguran ser el mismo metal), no puedo por menos que hacer cuanto sea posible para encontrar esos sitios con la ayuda de Dios. Mientras navegaba por el golfo que hay entre dos islas, es decir, entre la de Santa María y esta grande, á la cual llamo Fernandina, tropecé con un hombre que pasaba de la primera á la segunda. Llevaba un pequeño pedazo de pan del tamaño de un puño cerrado aproximadamente, una botella hecha de calabaza y una excrecencia ó bola de tierra rojiza hecha polvo primero y después vuelta á amasar, y algunas hojas secas (1.)

(1) Es muy probable que fuera tabaco.

que sin duda son muy estimadas por los indígenas, pues ya en San Salvador me regalaron una de ellas. Llevaba además un cestillo trenzado á usanza de ellos que contenía una pequeña sarta de cuentas de cristal y dos blancas (2), por lo que ví que venía de San Salvador, tocando en Santa María y prosiguiendo su marcha hasta Fernandina. Se acercó á mi busca, y accediendo á sus instancias le permití subir á mi barco; ordené que todo lo que poseía, así como el bote, fuera guardado en el ala de proa. Obsequiele con pan, miel, dile también de beber, y voy á llevarlo á Fernandina, donde se le entregará todo lo que traía, á fin de que propague noticias favorables relativas á nosotros, á fin de que todos aquellos que envíen vuestras altezas, si Dios es gustoso, á estas islas sean recibidos con honores y también para que estos indígenas nos hagan partícipes de todo lo que poseen.—Martes 16 de octubre.—Al medio día abandoné la isla de Santa María de la Concepción para dirigirme á la de Fernandina, que parece ser muy grande por la parte Oeste de la costa. Navegué con gran bonanza durante todo el resto del día y no llegué á tiempo de poder sondear. Hubiera podido echar anclas en un sitio libre de escollos, pero como hay que andar con mucha precaución si no quiere perderse ésta, decidí esperar hasta el

(2) Pequeña moneda castellana.

nuevo día. Al amanecer desembarcamos cerca de un pueblo, al cual había llegado ya el hombre que vino con su canoa en nuestro barco. Había dado tan buenas noticias sobre nuestras personas, que durante toda la noche llegaban los indígenas en sus canoas hasta nuestros barcos, trayéndonos agua y todo cuanto poseían. Mandé dar á cada uno alguna baratija, como sartas de cristal que contenían cada una diez ó doce cuentas, pequeñas sonajas como las que dan en Castilla á maravedí la pieza, y algunas tiras de cuero; todos estos objetos son considerados por ellos como de gran valía. Obsequié también á los que vinieron á bordo de mi barco con jarabe. A las nueve de la mañana envié el bote del barco á tierra para traer agua; los indígenas enseñaron con amabilidad á nuestras gentes los lugares en que podían hallarla, y además llevaron los toneles llenos de ella hasta los botes, demostrando al parecer gran contento de poder ayudarnos. Esta isla es muy grande y he decidido navegar al rededor de toda ella, pues según puedo comprender, se halla en la misma ó sus cercanías una mina de oro. Dista de Santa María ocho leguas en la dirección de Oriente á Occidente; el promontorio al cual he llegado, lo mismo que toda la costa, está situado en la dirección Nornordeste á Sudsudeste y he visto hasta veinte leguas de distancia sin haber podido hallar su término. Poco después de haber escrito lo que antece-

de hice desplegar velas para dar vuelta á la costa con viento del Mediodía. No quiero descansar hasta haber llegado á Samoet, que es una isla ó ciudad en la cual, según afirman todos los indígenas de San Salvador, se encuentra el oro. Los habitantes de esta isla se parecen á los de las demás, hablan el mismo idioma y tienen las mismas costumbres; pero me parecen más inteligentes y hábiles que los otros, cosa que deduzco de que saben comerciar mejor con algodón y otros artículos. También he visto en estos parajes retales de algodón tejido, que se usan como mantas, y las mujeres llevan delante una tira de esta tela.

La isla es muy verde, llana y sumamente fértil; no dudo que siembran y recolectan grano y otras cosas todo el año. Ví muchos árboles que se diferencian mucho de los de nuestro país; algunos de ellos tienen ramas completamente distintas por más que procedan de un mismo tronco, lo cual hace que pueda considerarse esto como una de las maravillas del mundo, pues una es, por ejemplo de una clase y otras de otra. Una tiene las hojas en forma de caña, otra de almácigo (lentisco) y así tiene un mismo árbol cinco ó seis clases de hojas distintas. Esta variedad no es motivada por ingerto, pues los citados árboles crecen silvestres en los campos y nadie hace caso de ellos (3). En los indígenas no

[3.] Indudablemente se dejó engañar Colón por las diversas plantas parásitas que arraigan con frecuencia en las ramas de los árboles más grandes.



he observado aún culto alguno, y como tienen mucha inteligencia creo que podría convertírseles pronto al cristianismo. Los peces son también completamente distintos á los nuestros. Unos parecen gallos y ostentan los colores más bellos del mundo: azul, amarillo, encarnado, y otros varios de las más diversas formas y matices; los cambiantes de sus tintas son tan vívidos que dejan admirados á todo el que los comtempla, causándole el mayor asombro (4). También se encuentran aquí ballenas; en tierra por el contrario, fuera de papagayos y lagartijas, no he hallado animal alguno. No he visto ovejas, cabras ni ningún otro ánimal. Por más que mi estancia no ha sido más que de medio día, no he visto estos animales en el caso que existiesen. Después que haya dado vuelta á la isla, describiré sus costas.—Miercoles 17 de octubre. —Al medio día abandoné el paraje en el que había anclado y hecho provisión de agua para dar la vuelta á la isla Fernandina. El viento venía del Sudoeste con tendencia al Sur. Mi idea era seguir la costa de la isla para el Sudoeste, y yo deseaba ir en esta última dirección, porque en ella, según datos de los indígenas de San Salvador que tengo á

[4.] Quien haya admirado la magnificencia de colores del pez ángel, del turbido, el squirrel, el yellowtail y otros de las aguas de Bahama, no hallará exajerada la entusiasta admiración del Almirante.



bordo, y también de uno de los habitantes de esta costa, debe estar situado el territorio que llaman Samoet, donde se encuentra el oro. Pero Martín Alonzo Pinzón, capitán de La Pinta, á cuyo bordo había yo enviado tres de estos indios (5) (de San Salvador), vino á verme para decirme que uno de éstos le había dado á entender con mucha seguridad, que circunnavegaría mucho más pronto la isla navegando en dirección Nornordeste. Como ví que el viento me era favorable á la dirección que había pensado tomar, navegué por el rumbo indicado, para lo cual era el viento más favorable y descubrí cuando estuve á dos leguas de la conclusión de la isla un puerto muy notable, con una, mejor dicho con dos entradas, puesto que una isla roqueña dividía la embocadura. Ambas entradas son muy angostas, pero el interior de la bahía podría dar cavida á 100 barcos si tuviera fondo suficiente, estuviese libre de escollos y fuera la entrada más ancha. Parecióme necesario cerciorarme por mí mismo, sondeando la bahía; mandé anclar fuera del puerto, y entrando en él con todos los botes, pude convencerme de que tenía poco fondo para nuestros barcos. Como al principio al ver la bahía, creí que era la embocadura de algún río, ordené llevar toneles para llenarlos

[5.] Colón usa aquí por primera vez el calificativo de indios para los idígenas de América.—R. CRONAU.—HISTORIA DE AMÉRICA.



de agua. A la orilla encontramos ocho ó diez hombres que al momento vinieron hacia nosotros mostrándonos un pueblo cercano, al cual envié á mi gente en busca de agua; parte de mis hombres iba armada y los otros llevaban los toneles, de este modo pudimos proveernos del agua necesaria. Como la distancia era bastante grande, tuve que esperar dos horas. Entre tanto caminé debajo de los árboles que presentaban un aspecto hermoso sobre toda ponderación. Era tan verde y espeso su follaje como lo es en Andalucía en el mes de mayo, siendo todos los árboles tan distintos de los nuestros como el día de la noche. Lo mismo sucedía con las frutas, la hierba, las piedras y todas las demás cosas. Es cierto que algunos árboles son de la misma especie de los que poseemos en Castilla, pero á pesar de esto se nota una gran diferencia; las otras especies son por el contrario, tan numerosas, que nadie podría compararlas con las nuestras. Los indígenas eran todos idénticos á los antes descritos, tienen la misma estatura y van desnudos. Dieron lo que tenían por cualquier baratija de lo que se les ofrecía, y noté que algunos jóvenes cambiaban lanzas por pedazos de cristal y otros objetos rotos con la gente de los barcos. Los hombres que habían ido en busca de agua me refirieron que habían encontrado muy limpias y bien barridas las viviendas donde entraron y que las camas parecían

redes de algodón. Las casas están construidas en forma de celdas: son muy altas y tienen grandes aberturas para darle paso al humo; pero entre todos los pueblos que visitamos, no ví ninguno que tuviera más de 12 ó 15 casas. También observaron los hombres que las mujeres casadas llevan delantales de algodón, y las doncellas, por el contrario, nada, á excepcción de algunas que habían alcanzado ya la edad de dieciocho años. También tenían allí dogos y perros de caza más pequeños; vieron además á un indio que llevaba en la nariz un pedazo de oro del tamaño de medio castellano con algunas letras grabadas. Regañé á mi gente por no haberlo comprado á cualquier precio, para el caso de que fuese una moneda haber visto de qué clase, y contestáronme que no había querido venderla el indio. Después de habernos provisto de agua, volví al barco y desplegamos velas, navegando hacia Noroeste, para descubrir todo el terreno de la isla y llegar hasta donde la costa se extiende de Oriente á Occidente. Más tarde dijéronme los indígenas que esta isla es más pequeña que la de Samoet, y que por lo tanto sería mejor retroceder, ya que de este modo llegaríamos á ella antes. El viento calmó algún rato, mas volvióse á levantar soplando de O. N. O., contrario, por consiguiente, á nuestra ruta. Por lo tanto volví atrás, navegando toda la noche en dirección Sudoeste, y tan pronto al Este

como al Sudeste. Esto lo hice para mantenerme lejos de tierra, pues que la atmósfera estaba cargada de niebla y el tiempo muy inseguro. El viento era débil y no me permitía acercarme á tierra para anclar. Desde media noche hasta el amanecer cayó un fuerte aguacero, y aún ahora está el cielo cubierto y amenazando lluvia. Nos hallamos ahora en el extremo Sur de la isla y espero poder anclar en cuanto aclare lo bastante, para proseguir nuestro viaje á las otras islas que quiero buscar. Desde que estoy en la India ha llovido más ó menos. Vuestras altezas pueden creerme al afirmarles que este país es el más rico, más sano y benigno del mundo. —Jueves 18 de octubre.—Después de haber aclarado, seguí la dirección del viento, rodeando la isla todo lo que pude. Eché anclas cuando no pude navegar más tiempo, pero no desembarcamos, y al rayar el día volvimos á hacernos á la vela.—Viernes 19 de octubre.—Por la mañana temprano levé anclas enviando á la caravela Pinta hacia Oriente y Sudoeste, y á La Niña en dirección Sudsudeste, mientras que yo con mi barco me dirigí con rumbo al Sudeste. Había dado orden de que los otros dos primeros barcos siguiesen su curso hasta medio día, pero que después se reuniesen conmigo de nuevo. Pero no habíamos navegado aún tres horas cuando vimos al Este una isla, hacia la cual timoneamos. Los tres barcos arribaron á

ella antes de medio día por su extremo Norte, en el cual se encuentra una islita roqueña. Un arrecife rodea á la isla por el Norte; entre ella y la otra grande, la cual es llamada Saometo por los habitantes de San Salvador, hay un peñasco. Yo le dí á dicha isla el nombre de Isabela. El viento venía del Norte y la mencionada islita está situada en la dirección de la isla Fernandina, de la cual había yo salido con rumbo á Oriente y Poniente. La costa se extendía desde la islita roqueña hacia Occidente, y á 12 leguas de distancia se encuentra un promontorio al cual dí el nombre de Cabo Hermoso. Está en la parte Occidental, al principio es bajo y peñascoso, pero más adelante forma una arenosá bahía. Toda la costa y la parte que he visto de la isla forman si así puede decirse una sola bahía. Al Nordeste del cabo hay una grande embocadura ó salida en la cual se encuentran espesos y dilatados bosques. Mis ojos no se causan de contemplar esta explendente vegetación tan distinta de la nuestra. Al llegar á este promontorio percibí un aroma tan agradable y suave de las flores y árboles que no es posible hallarle más embriagador en todo el mundo.—Sábado 20 de octubre.—Poco antes de salir el sol levé el ancla del sitio en el cual había dado fondo con mi barco, en el extremo Sudoeste de esta de Saometo. Dí á éste el nombre de Cabo de la Laguna y á la isla el de la Isabela.

Navegué de Sudeste á Sur contranordeste y Sudeste, donde según relación de los indios que llevo conmigo se encuentra el rey y su gente, mas hallé tan poco fondo que no pude penetrar ni seguir adelante, viendo también que si quería emprender una ruta Sudoeste tenía que dar un gran rodeo.—Domingo 21 de octubre.—A las 10 de la mañana alcancé el extremo de la isla roqueña, largando anclas lo mismo que las otras carabelas. Después de comer dirigime á tierra, en la cual hallé sólo una vivienda deshabitada. Sin duda habían huído sus moradores por temor, pues encontramos todos sus enseres domésticos. No permití á mi gente tocar ninguno de éstos, sino que me puse á recorrer el país acompañado de los capitanes y la tripulación. Si las otras islas nos habían parecido hermosas, verdes y fértiles, como esta sobrepujaba á todas por sus majestuosas y exhuberantes selvas. También se hallan aquí algunas grandes lagunas y al rededor de ellas es donde son más frondosos los árboles, sumamente verdes lo mismo que en toda la isla, y la yerba es igual á la de Andalucía en el mes de abril. El canto de sus pájaros deleita de tal modo el oído que no quisiera tener uno que marcharse de aquí. El vuelo de los papagayos oscurece el sol. Las aves son tan numerosas y tan distintas de las nuestras que es una maravilla contemplarlas; he hallado el árbol del áloe y como me aseguran que es de

gran valor, mandaré llevar á bordo mañana diez quintales. Mientras buscamos agua potable llegamos á un pueblo situado á media legua del sitio donde se ha anclado. Los habitantes al vernos huyeron y abandonaron sus casas ocultándose en los bosques con todo lo que tenían. No permití á mi gente coger nada ni por valor de un alfiler. Más tarde se acercaron algunos indígenas, y uno se aproximó á nosotros. Le dí algunos cascabelillos y cuentas de cristal, de lo que se alegró mucho. Para hacer más extenso nuestro conocimiento y pedirles algo le pregunté donde había agua, la cual nos trajeron hasta la orilla en botellas de calabaza, después de estar yo á bordo de mi barco. Estaban muy contentos de haber podido proporcionárnosla. Les dí una segunda sarta de cuentas y prometieron volver al día siguiente, ya que deseaba llenar todos los toneles del barco. Si el tiempo lo permite marcharé en seguida para tener una entrevista con ese rey y ver si puedo conseguir de él el oro que según dicen lleva sobre su persona. Más tarde pienso ir á otra isla muy grande, la cual creo debe ser Cipango por las señas que me han dado los indios del barco. Llaman á esa isla Colba y dicen que allí se encuentran grandes barcos y muchos comerciantes. Que no lejos de esta se encuentra otra llamada Bosio, la cual según la descripción que hacen de ella debe ser también

muy grande. Al buscar ésta tocaré también en las que se hallan intermedias, y mi proceder se ajustará según halle ó no cantidades de oro ó especias. He decidido además ir al Continente y buscar la ciudad de Guisay para entregar al Gran San las cartas de vuestras Altezas y llevarles la respuesta á las mismas. —Lunes 22 de octubre.—Toda la noche y el día lo he pasado esperando que el rey ú otras personas apareciesen trayendo oro ú otras cosas de valor. Muchos de los indígenas vinieron desnudos como de las otras islas; unos llevaban pinturas blancas, otros negras ó encarnadas. Traían lanzas y ovillos para cambiar, los cuales dieron á la gente del barco por pedazos de cristal y cascos de otros cacharros. Algunos de estos salvajes llevaban pedazos de oro en la nariz, que cambiaron muy contentos por pequeños cascabeles como los que llevan en las patas los alcones de caza de nuestra tierra. Mas es tan poco que apenas debe mencionarse; verdad es que cualquier objeto que les demos, por insignificante que sea, lo consideran como señal de nuestra venida que creen que descendemos del cielo. Tomamos agua de una laguna que se halla cerca del cabo de Isleo, llamado por mí de esta manera. En ésta mató Martín Alonso, Capitán de La Pinta una culebra que tenía siete palmos de larga. También ordené que llevasen á bordo toda la madera de áloe que encontraran.—Martes 23 de oc-

tubre.—Mi deseo es ir hoy á la isla de Cuba que según la describen, debe ser idéntica en riqueza y dimensiones á la de Cipango. No quiero quedarme aquí más tiempo........(este lugar está en blanco en la copia de Las Casas), para dar la vuelta al rededor de está isla y llegar á los lugares habitados como había decidido y ver el rey ó soberano. No quiero detenerme por más tiempo, ya que veo que no existe aquí ninguna mina de oro. El circunnavegar estas islas requiere vientos diferentes, y éstos no siempre soplan en la dirección que se desean. Lo más importante por lo tanto es ir donde hay gran comercio; así es que me digo á mí mismo que no está bien que me detenga. Proseguiré, por el contrario, mi viaje hasta hallar un país bien productivo. Es cierto que estoy convencido de que este es muy rico en especias; pero con harto dolor mío tengo que confesar que no las conozco. Veo también mil distintas clases de árboles, cada uno de los cuales tienen frutos determinados, y que están tan verdes como los de España en los meses de mayo y de junio. Existen además mil variedades de plantas y árboles desconocidos hasta la fecha, excepción hecha del áloe, del cual llevaré gran cantidad á vuestras altezas. No he ido aún á Cuba á la vela porque no corría viento, reina por el contrario gran bonanza y llueve mucho. Lo mismo sucedió ayer, pero no hace frío; por el día hace más bien

calor y las noches son tan templadas como las de mayo en Andalucía.—Miércoles 24 de octubre.—Hacia media noche levé anclas de este cabo del Isleo, de la isla Isabela, que está situado en el extremo Norte de la misma y en la cual había anclado para ir á la de Cuba. Según los relatos de esta gente, debe ser esta última isla muy grande, mantener importante comercio y poseer oro y especias, además grandes barcos y muchos comerciantes. Dijéronme que alcanzaría esta isla navegando en dirección Estesudoeste, y así pienso hacerlo. Por lo que he podido comprender de las señas que me han hecho tanto los indios que tengo á bordo como los indígenas de esta isla (pues no entiendo su idioma) es Cuba semejante á Cipango, de la cual se cuentan tantas cosas curiosas. La he visto además consignada en estas regiones en los globos terráqueos y cartas geográficas y por el tanto según el rumbo indicado al rayar el día. Por la mañana calmose el viento, volviendo á llover toda la noche. Duró la calma hasta el mediodía en que se levantó una hermosa brisa. Habíamos desplegado todas las velas del barco. (aquí los nombres de cada una de ellas) prosiguiendo nuestro curso hasta la entrada de la noche, y al poco rato vimos al cabo Verde de la isla Fernandina, que está situado en la parte Sudoeste de la misma, á siete leguas de distancia de nosotros en dirección Noroeste. El

viento empezó á soplar con fuerza, y como yo no sabía lo lejos que estábamos de la isla de Cuba, á la cual no quería llegar de noche (al rededor de la isla es tan profundo el mar que sólo se encuentra fondo en ella á una distancia de dos tiros de cañón; pero aún allí el suelo es muy desigual y está constituído á trechos de peñascos y á trechos de arena, de modo que es imposible anclar con seguridad no siendo de día), por lo tanto mandé recoger todas las velas menos la delantera, con la cual me proponía seguir navegando. Pero de repente aumentó el viento de una manera considerable y dejamos atrás una buena distancia; cuya dirección no puedo precisar porque empezó á nublarse mucho y á llover. Por lo tanto mandé también recoger esta última vela, y sólo recorrimos dos leguas durante esta noche."

Hasta aquí termina Las Casas el extracto del diario de Colón.

El ilustre Almirante en el diario que dejamos apuntado, describe con admirable precisión sus viajes, la belleza de los paisajes que contemplaba, las costumbres de los habitantes. Colón continuó sus exploraciones hácia el Sur y Sudoeste, donde decían hallarse un país muy abundante en oro, país que llevaba el nombre de Cuba ó Colba, llegando á él el 28 de octubre. Desembarcó según Irving en un punto al Oeste de Nuevitas del Príncipe; pero otros historiadores como Navarrete

y Becher señalan puerto Nipe, y Varnhagen, el de Gibara.

Colón entusiasmado entre la maravillosa vegetación de la isla, es fama que exclamó: "Esta es la más hermosa tierra que ojos hayan visto." Los habitantes que allí encontró tenían viviendas bien edificadas, útiles de pezca y gran número de máscaras de madera que parecían ser objeto de culto religioso. Colón dió á esta isla el nombre de Juana, y allí encontró gran cantidad de oro y de perlas; él tenía la creencia de hallarse en el reino del Gran Kan en el Asia, creencia que había deducido de la distancia que había caminado y que según el mapa de Toscanelli debía ser la India Oriental. Por lo que le dijeron los indígenas pudo comprender que hacia el interior del país había un poderoso Soberano. Colón le envió en una embajada compuesta de Rodrigo de Jerez y Luis de Torres, judío converso, muy versado en las ciencias y en los idiomas orientales. Los enviados llegaron al interior de la isla, decepcionándose de no encontrar al gran Soberano que esperaban. Hallaron un Cacique por quien fueron recibidos con solemnidad: de Torres les habló en hebreo, árabe y caldeo; pero no le comprendieron hasta que se expresaron por medio del intérprete que habían traído de Guanahaní, el cual les hizo una entusiasta narración del poder de aquellos hombres los indígenas asombrados se acercaron

con muestras de respeto á los enviados éstos por vez primera observaron que los isleños llevaban pedazos de madera encendidos que les servía para dar fuego á cierta hierba seca envuelta en hojas de maíz, y que un extremo estaba encendido y por el otro aspiraban el humo arrojándolo en seguida.

Entraron en casa del jefe y encontraron gran cantidad de algodón, hallaron el árbol de la goma y el de la almáciga ó lentisco, encontraron campos cultivados de maíz y legumbres, aves de raro plumaje, patos y perdices; con estas noticias los comisionados regresaron á los buques. El 12 de noviembre determinó el Almirante tomar la dirección Este, Sud-Este volviendo hacia la costa; si hubiera continuado probablemente habría salido del error en que estaba, creyendo que Cuba era un Continente; continuó navegando á lo largo de la costa y descubrió unas islas bellísimas á las que dió el nombre de Jardín del Rey. Colón creyó que esas islas eran las tan renombradas de las especias; allí levantó una cruz en una elevada colina cerca de Puerto Príncipe, señal convenida de haber tomado posesión de las islas. Continuó navegando en busca de la Isla de Rabeque, mas como soplaba un viento contrario determinó retroceder á Cuba, indicando á los otros buques que le siguieran; pero La Pinta había adelantado mucho al Oriente. Martín Alonso Pinzón, habiendo sabido por uno de los

naturales que llevaba consigo que hácia el Oriente había una región rica en oro, quiso llegar el primero y no atendió las indicaciones del Almirante, el que tuvo que sufrir esta nueva decepción.

El 24 de noviembre cruzó de nuevo el cabo de Cuba, anclando cerca de la desembocadura de un río que llamó Santa Catalina, entre cuyas arenas encontraron oro. Colón admiraba la belleza y vegetación de estos países, la pureza y serenidad de aquel cielo azulado, la trasparencia de las aguas y la suavidad del ambiente; como prueba de la exhuberante vegetación, hace notar una canoa formada del tronco de un árbol y en la que podían caber como ciento cincuenta personas; las canoas estaban primorosamente trabajadas y las viviendas adornadas con variedad de objetos que daban idea del gusto artístico de aquellos isleños, en una de ellas encontraron una máscara de cera que el Almirante guardó para llevar á España; hallaron además en cestos de mimbres, cráneos que probablemente veneraban. Recorriendo la parte oriental de Cuba, llegó al actual cabo Maisí, le dió el nombre de Alfa y Omega creyendo que era la extremidad de Asia: desde este cabo divisábase en dirección Sudeste una isla montañosa, á la que llegó en la tarde del 6 de diciembre. Era una isla encantadora que ofrecía uno de los más bellos paisajes tropicales, con su elevada cordillera de montañas que

como gigante surgido de las aguas se alza soberbia dominando el mar; regada la isla por frescas y cristalinas corrientes y ofreciendo en la costa anchas bahías, Colón decía que en veintitrés años que había recorrido los mares y visitado diferentes regiones, nunca había encontrado puertos iguales á estos y le dió á la isla el nombre de "Española," llamando al puerto en que tocaron San Nicolás. Los indígenas que allí encontraron, eran jóvenes, hermosos, bien formados y casi tan blancos como los españoles. Dirigiéndose al Norte exploraron la isla que llamaron de las Tortugas, por haber encontrado gran cantidad de estos animales; y volvieron á la Española, donde el Almirante conoció á un cacique muy joven que quiso visitar los buques. El 20 de diciembre anclaron en el puerto á que Colón dió el nombre de Santo Tomás; dos días más tarde recibió dos mensajeros que le enviaba el poderoso cacique Guacanagarí, los cuales le llevaban un ancho tahalí, una máscara de madera cuyos ojos, lengua y nariz eran de oro y un ancho cinturón hábilmente trabajado y lo invitaban para ir á sus dominios. Colón envió al escribano con algunos españoles para que conocieran la isla, y regresaron cargados de regalos para el Almirante. Diéronse á la vela el 24 de diciembre para anclar en la isla de Guacanagarí: como el mar estaba tranquilo, Colón que estaba muy fatigado retirose á descansar, y el timonel con-

fió la dirección del buque al grumete desobedeciendo las órdenes terminantes que había recibido del Almirante. El resto de la tripulación también se había entregado al sueño; y el grumete al ver que repentinamente cambió la aparente calma del océano, sustituyéndose por fuerte oleaje y al notar que el timón no se movía, pidió auxilio á grandes gritos; el primero que acudió fué Colón, el cual despertó á los marineros indicándoles las maniobras que debían hacer, pero como todos estaban sobrecogidos por el miedo sólo pensaban en salvarse y tomando una canoa se dirigieron á la otra carabela donde los rechazaron, en tanto el buque se iba hundiendo, y apenas Colón y los marineros tuvieron tiempo de trasladarse á la Pinta. Colón envió mensajeros al cacique manifestándole lo que le había acontecido, el mismo Guacanagarí, llegó con sus hombres en grandes canoas, prestándoles eficaz y valiosísima ayuda. Estableciose entre los españoles y los indígenas mucho comercio; el cacique alojó á Colón y á los suyos en las mejores viviendas que poseía, les enseñaba sus huertos cultivados y daba en honor de sus huéspedes bailes y festines. El Almirante en vista de la favorable acogida que habían recibido y de la benignidad y dulzura del clima, determinó construir un fuerte que denominó "La Navidad."

"Mientras se edificaba el fuerte, continuó recibiendo el Almirante pruebas diarias del

afecto y amistad de Guanacagarí. Siempre que la superintendencia de las obras le llamaba á tierra, le recibía aquel caudillo con la más cordial y sincera amistad. Preparó para él la casa mayor del pueblo, cubriendo el suelo con hojas de palma, y amueblando con escaños de una madera negra y luciente, parecida al azabache. Cuando recibía al Almirante, era siempre á guisa de rey, poniéndole al cuello alguna joya de oro, ó haciéndole algún regalo de valor. Una vez bajó á recibirlo hasta la orilla del mar, seguido de cinco caciques tributarios, cada uno con una diadema de oro; le condujeron con mucha deferencia á la ya dicha casa, donde sentándolo en una de las sillas, se quitó Guanacagarí su propia corona de oro, poniéndose en la cabeza. Colón se quitó un bello collar de cuentas que llevaba y se lo puso al cacique en el cuello; le vistió también un manto de fina tela, le dió un par de botas del mismo color y le ciñó al dedo una grande sortija de plata, cuyo metal los indios estimaban en mucho por no tenerlo en su isla. Tales eran los actos de benevolencia y amistad con que se trataban de continuo Colón y este cacique de pródigo y levantado corazón. También se esmeró en procurar al Almirante una grande cantidad de oro para ántes de su partida. Estas remesas y los vagos informes que por signos é imperfectas interpretaciones llegaban á Colón, excitaron en su ánimo, magníficas ideas de

las riquezas que existirían en el interior de la isla. Los nombres de montañas, provincias y caciques se confundían y mezclaban en su imaginación, y suponía que encontraban lugares donde se hallaban grandes tesoros; especial y continuamente ocurría el nombre de Cibao, dorada región de las montañas donde se procuraba los indios minerales para sus adornos. En el pimiento que abunda la isla, creía Colón hallar trazas de las especias orientales, y se figuró haber encontrado el ruibarbo." (W. Irving).

El Almirante confió el mando de esta primera colonia á Diego de Arana ó si éste moría á Pedro Gutiérrez y para suceder á este último á Rodrigo de Escobedo; al dejar la isla mandó que los españoles hicieran un simulacro de guerra para ser más respetados de los indígenas. Despidiéronse tristemente de los españoles que permanecerían en la Colonia y del generoso Guanacagarí y levantando anclas el 4 de enero de 1493 navegando hácia el Este, en esa dirección divisaron un monte cuya figura afectaba "la de una tienda de campaña con su docel," al que Colón llamó Monte Cristo. Allí fueron sorprendidos por la repentina aparición de La Pinta (enero 6). En Monte Cristo se verificó la entrevista entre el Almirante y Martín Alonso Pinzón, el que trató de sincerarse, diciendo que su separación habría sido involuntaria. Pinzón había descu-

bierto las islas llamadas Caicos y probablemente Inagua.

Colón escuchó las razones dadas por Martín Alonso, aparentando creerlas; permanecieron tres días en la isla, reconociendo un río al que Colón dió el nombre de Río de Oro (el actual Yaquí) que estaba poblado de aligatores y sirenas. El 9 de enero, continuando el viaje, llegaron á la desembocadura de un río que Colón llamó Gracia y al que el capitán de la Pinta había dado su nombre (el actual Chuzona chico). Allí supo el Almirante que Pinzón había arrebatado dos muchachas y cuatro hombres; Colón le ordenó que los restituyera á su lugar, órden que obedeció el marino con mucha repugnancia. Continuando su viaje llegaron á los cabos Cabrón y Samaná. En la bahía de Samaná encontraron habitantes distintos de los de las otras islas, de continente feroz, de largos cabellos sujetos hacia arriba de la cabeza en forma de penacho y armados con arcos, flechas y enormes mazas. Uno de estos salvajes que llegó á la nave, fué obsequiado con bagatelas que tanto habían halagado á los otos indígenas.

Cuando llegaron á tierra encontraron más de cincuenta indígenas armados; y cuando menos se esperaba se arrojaron sobre los españoles tratando de aprisionarlos; uno de los españoles hirió con su espada á uno de los isleños y todos salieron huyendo precipitada-

mente. Colón dió á este lugar el nombre de Las Flechas.

Colón adquirió noticia de que hacia el Este había una gran isla llamada de Caribe, encontrándose además las de Mantinino, Boriquén y Yamaye, islas que descubrió posteriormerte en sus otros viajes. Continuaron su marcha, atravesando el mar de Sargazo, iban con la esperanza de quien vuelvé á una patria que creían perdida.

Hacia el 12 de febrero levántase una violenta tempestad; las embravecidas olas golpeaban fuertemente las frágiles embarcaciones; el viento soplaba con fuerza inusitada, el cielo grís casi negro infundía pavor y los fúlgidos relámpagos que interrumpían la oscuridad profunda completaban los perfiles de aquel cuadro sombrío. La Pinta no pudo luchar con la tempestad y débil esquife siguió la ignorada ruta á que los vientos la empujaban.

Colón y los marineros hicieron piadosos votos al cielo si lograban salir de aquella angustiosa situación.

"El mayor abatimiento y angustia, dice Colón, se apoderaron de mí con toda su fuerza; con gran tristeza y ansiedad pensaba en mis dos hijos que se hallaban en Córdoba. ¿Qué sería de ellos en el caso de mi fallecimiento, huérfanos de padre y madre, en tierra extranjera. El Rey y la Reyna en caso de nuestro fin, no tienen conocimiento alguno

de los servicios que les he prestado, lo mismo á ellos que á su país; no saben las buenas é importantes noticias que les traigo y por consiguiente no tienen deber alguno que cumplir con los hijos del supuesto aventurero."

Y atormentado por siniestros pensamientos trataba de encontrar un medio que pudiera, en caso de su muerte dar una idea de los descubrimientos que había hecho; escribió en pergamino una corta relación del viaje, rogando al que lo hallase lo hiciera llegar á manos de los reyes, luego que hubo liado el rollo lo puso dentro de una bola de cera y poniéndolo todo junto en un barril calafateado lo arrojó al mar, dejando otro paquete igual en la cubierta del buque. (*)

* "Se asegura, dice Lamartine, que una de aquellas boyas abandonada á las olas y á los vientos, fué mecida durante el espacio de tres siglos en la superficie, en el fondo y entre las arenas del mar, y que un marinero de un barco europeo, haciendo lastre hace algún tiempo en los arenales de la costa de Africa, fronteriza á Gibraltar encontró una nuez de coco petrificada y la mostró á su capitán como insignificante curiosidad de la naturaleza. El capitán rompió la cáscara para convencerse de si la almendra había resistido el transcurso del tiempo y encontró encerrado en el hueco un pergamino en el que estaban escritas en letras góticas estas palabras que descifró con mucho trabajo un erudito de Gibraltar: "No podemos resistir ni un día más á la violencia de la tempestad; estamos entre España y las Islas descubiertas del Oriente. Si la carabela se va á pique puede cualquiera recoger este testimonio—Cristóbal Colón."—Don Modesto Lafuente en su Historia general de España, precisa más estos datos, indicando que el buque era procedente de Boston y se llamaba Chieitam, siendo su capitán d'Auberville y que el hallazgo se efectuó el 27 de Agosto de 1852."



La tempestad comenzó á calmarse y en la madrugada del 15 Ruí-García dió el grito de tierra, grito que produjo en los marineros tanto entusiasmo como el que experimentaron al descubrir el nuevo mundo; algunos de ellos creían que se encontraban cerca de las islas de Madera, otros que tenían á la vista el peñón de Cintra, cerca de Lisboa, pero Colón según sus cálculos pensaba que era una de las Azores, como en realidad fué. La tormenta continuaba y hasta el 18 de febrero pudieron llegar á una isla llamada Santa María que es la última de las Azores. Los portugueses se admiraban de ver que una embarcación tan frágil, hubiera podido resistir la furia de las embravecidas olas, pero cuando supieron que traían nuevas tan extrañas de países desconocidos avisaron al Gobernador Juan de Castañeda, que mandó felicitar á los navegantes por su llegada, enviándoles gallinas, pan y refrescos. Colón agradecido á esta muestra de simpatía pues en su lealtad nunca sospechaba una traición, recibió lo mejor que pudo estos enviados y recordando uno de los votos que tenían hechos de ir en procesión á la primera Iglesia que encontraran, decidió mandar una parte de la tripulación; y él á su vez queriendo cumplir este mismo voto y encontrándose enfermo pedía un sacerdote.

Cuando los marineros regresaban de la ermita cumpliendo el voto ofrecido, el templo

quedó cercado por soldados portugueses y los marinos reducidos á prisión. (Parece que el Rey Don Juan de Portugal, disgustado del ensanche que tomarían las posesiones castellanas con el descubrimiento de nuevas tierras, y sabedor de la salida de las carabelas, había dado orden que los prendieran en cualquier punto de sus dominios que tocaran.) Creyó Colón que hubiera podido sucederles algún percance en el mar, pero como el retardo continuaba, hizo levantar anclas, encaminándose cerca del peñón en donde estaba la capilla.

A poco rato vió venir mucha gente que embarcándose en un bote dirigíase hácia el buque, pidiendo hablar al Almirante, pero negándose entrar á bordo. Colón indignado les habló enérgicamente, haciéndoles ver que él era el Almirante de los Reyes católicos y que la ofensa que se hacía podría traer consecuencias nada favorables á Portugal. El Gobernador contestó con arrogancia y el altercado hubiera seguido á no impedirlo una nueva tormenta. A poco rato distinguieron un hombre que desde la costa les hacía señas de que no continuasen el camino. Apareció un momento después una chalupa tripulada por un clérigo, un escribano y cinco marinos, los dos primeros subieron á bordo para examinar los papeles del Almirante como para atenuar la falta cometida. Colón disimuló acogiendo la

satisfacción que le daban, y sus marinos fueron puestos en libertad.

Colón se dió á la vela el 24 de febrero, teniendo buen tiempo durante cuatro días. El 27 volvió á levantar la tormenta, teniendo que luchar nuevamente contra la furia de las tempestades. Sortean cual debía ir en peregrinación á Santa María de Ceutá en Huelva, mas por una coincidencia extraña tocóle al Almirante. Al amanecer del día siguiente se encontraron frente á la roca de Cintra, fondearon en Rastello, llegando los marineros portugueses á felicitarlos por su milagrosa salvación. Colón envió á uno de sus más fieles marinos á que llevara á los reyes la relación de sus viajes y sucesos, enviando también á sus amigos Gabriel Sánchez y Luis de Santangel dos cartas que eran relaciones abreviadas de su viaje. Envió también un mensaje al rey de Portugal, diciéndole que no venía de ninguna colonia portuguesa sino de tierras desconocidas.

"El 8 de marzo recibió Colón una invitación del rey de Portugal para que fuera á visitarle, y en audiencia que tuvo lugar al día siguiente fué recibido con gran amabilidad y con toda clase de honores. El rey le dijo que el éxito del viaje le alegraba extraordinariamente, pero que no podía desechar la idea de que los países descubiertos debían pertenecerle á él con arreglo á los contratos que tenían hechos con España y las repetidas do-

naciones del Papa. Colón contestó que no conocía tales contratos, pero que se había ceñido estrictamente á las indicaciones de sus soberanos, de no ir á Guinea, ni á ninguna otra posesión portuguesa. Probablemente el grandioso éxito del viaje no había sido muy agradable para los portugueses, tanto más cuanto que en otro tiempo habían sido rechazadas las ofertas de Colón; y hasta algunos cortesanos creyeron sería del agrado del rey que comprometiesen al genovés en alguna pendencia, en la cual hallasen el medio de matarlo, para de ese modo echar por tierra todo el mérito de sus descubrimientos. Pero el rey don Juan rechazó tales intenciones y se despidió de Colón colmándolo de mercedes; y diciendo que abrigaba la esperanza de que se arreglaría aquel asunto pacíficamente entre él y los Reyes de España." (R. Croneau, Historia de América.)

El rey don Juan obsequió á Colón con muchas joyas y una hermosa mula, dando otra al piloto Juan de la Cosa, además de veinte ducados. A su regreso el almirante fué acompañado de gran cortejo, entre los que se distinguía don Martín de Noroña, uno de los grandes señores portugueses. En el camino pararon en el monasterio de Villafranca, cumpliendo así el deseo de la reina que deseaba ver á Colón y á quien hizo un recibimiento muy lisonjero y rogándole le hiciera el relato de sus viajes. La reina y las damas

de su corte escuchaban atentas y entusiamadas á aquel hombre extraordinario. Colón durmió en Llandra y al día siguiente impelidos por un viento suave levaron las anclas. El 14 de marzo doblaron el cabo de San Vicente, y el 15 llegaron al Puerto de Palos, de donde hacía siete meses y medio que habían salido, talvez sin esperanza de volver. El júbilo fué inmenso entre los habitantes del Puerto; y tanto hombres como mujeres abandonando sus trabajos, corrían gozosos á la playa para ver á los atrevidos marinos. Los que tenían parientes, en la expedición se maravillaban de volver á ver á los que habían creído perdidos, y las campanas tocaban á vuelo.

La multitud se agolpó al desembarcar Colón, quien fué recibido por sus amigos entre los que se hallaban, Fray Juan Pérez y Fray Antonio de Marchena, que lo estrechaban en sus brazos, derramando lágrimas de gozo. El Almirante se arrodilló en la playa, levantando los brazos al cielo en señal de gratitud. Disputábanse saludar á Colón, que atravesó las calles enmedio de aclamaciones entusiastas de la multitud; y se dirigió á la iglesia á dar gracias al Todopoderoso.

Colón supo en Palos que los reyes estaban en Barcelona y envió mensajeros dándoles nuevas de su llegada. Ese mismo día por la tarde llegaba al puerto La Pinta, que había sido arrojada al Golfo de Vizcaya, donde per-

maneció algunos días y estuvo en Bayona. No teniendo noticias del Almirante, Alonso Pinzón envió un mensaje á los reyes, para ver si era recibido; pero mientras habían llegado los emisarios de Colón, los reyes le contestaron que sólo podría presentarse á la Corte, formando parte del séquito del Almirante; esta respuesta le contrarió mucho, y como por los días fatigosos de lucha que había pasado se encontraba muy enfermo, se retiró á su casa en donde falleció al poco tiempo.

"Fué empero, dice Irving, varón capaz de grandes empresas y de ardiente ánimo; uno de los más hábiles marinos de su siglo, de los más intrépidos de todas las edades, y cabeza de una familia que siguió distinguiéndose entre los primeros descubridores. Había contribuido mucho á animar á Colón, cuando andaba pobre y desconocido en España, prometiéndole su fortuna; y conviniendo en coadyuvar á todas sus entonces inciertas empresas. Le había asistido también con su influjo personal en Palos, combatiendo las preocupaciones públicas, y promoviendo el equipo de los bajeles, cuando ni aun los órdenes de los Soberanos, bastaban para conseguirlo; le adelantó además los fondos en que se había empeñado el Almirante, finalmente se embarcó en la expedición con sus hermanos, arriesgando por ella no solo la hacienda, sino también la vida. Así tenía derecho á una copiosa participación de la gloria de aquella

empresa inmortal; pero olvidando por un instante la importancia de la causa y cediendo á la seducción momentánea de un sentimiento sórdido, mancilló para siempre su elevado carácter. Notase desde luego que estaba dotado de altos sentimientos por la intensidad misma de su dolor: no, un corazón bajo no muere nunca herido por los remordimientos que no tienen éco en la conciencia de los malvados."

Colón prosiguió su viaje, llegando á Sevilla, donde recibió una carta de los Reyes Católicos con este sobrescrito:

POR EL REY É POR LA REYNA:

A DON CRISTOVAL COLÓN, SU ALMIRANTE DEL MAR OCCÉANO É VISOREY É GOBERNADOR DE LAS ISLAS QUE SE HAN DESCUBIERTO EN LAS INDIAS.

(1) "Vimos vuestras letras y ovimos mucho placer en saber lo que por ellas nos escribistes, y de averos dado Dios tan buen fin en vuestro trabajo, y encaminado bien en lo que comenzastes, en que él será mucho servido y nosotros así mesmo, y nuestros Reynos rescibir han tanto provecho. Placerá á Dios que demas de que en esto le servides, por ello recibireis de Nos muchas mercedes, las cuales

[1] Original en el archivo de la casa de Veragua.—Navarrete. Colección de viajes, etc., tomo II, núm. XV.

creed que se vos faran como vuestros servicios ó trabajos lo merezcan; y porque queremos que lo que aveis comenzado con el ayuda de Dios se continue y lleve á delante, deseamos que vuestra venida fuese luego; por ende por sevicio Nuestro que dedes la mayor priesa que pudierades en vuestra venida, porque con tiempo se provea todo lo que es menester; y por que como vedes el verano es entrado, y no se pase el tiempo para la ida allá, ved si algo se puede aderezar en Sevilla, ó en otras partes para vuestra tornada á la tierra que habeis hallado: y escribidnos luego con ese correo, que ha de volver presto, por que luego se provea como se haga en tanto acá vos venis é tornais; de manera que cuando volvieredes de acá esté todo aparejado. De Barcelona, á treinta días del mes de Marzo de noventa y tres.

Yo el Rey   Yo la Reyna.

"Por mandato del Rey é de la Reyna

FERNAND ALVAREZ."

Colón atravesó en su marcha, Málaga, Murcia y Valencia; de todas las poblaciones acudía gente para ver al descubridor, las ciudades se adornaban de flores y cortinajes. Así su viaje fué una serie no interrumpida de ovaciones, llegando á mediados de abril á Barcelona.

La entrada pareció la entrada triunfal de un antiguo emperador. La ciudad engalanada recibía dignamente al Ilustre Almirante y salió á encontrarle una gran comitiva de nobles caballeros.

Abrían la marcha de Colón los marineros de la Niña, llevando las ricas producciones del Nuevo Mundo, las maderas, flores y frutos; vistosos papagayos, aves de matizado plumaje y reflejos metálicos. Seguían seis indios pintados á la usanza de su país y ostentando ricas diademas, brazaletes y otras joyas de gran valor, iban armados con sus flechas. Luego Colón acompañado de una brillante Corte; su elevada estatura y porte distinguido le hacían sobresalir de aquella comitiva; sus cabellos plateados parecían circundar su frente venerable de una aureola luminosa; en sus labios se deslizaba una suave sonrisa y en sus ojos brillaba la luz pura del que ve cumplidas sus aspiraciones. Aclamado por la multitud y embriagado por el triunfo, elevaba sus miradas al cielo en señal de humilde gratitud.

Los Soberanos le esperan en un magnífico trono, bajo un dosel de brocado de oro, rodeados de la nobleza de Castilla. Al llegar el Almirante precedido por los heraldos y maceros de la ciudad, los reyes se pusieron de pie lo mismo que el príncipe heredero, honra no usada en la altiva y severa Corte castellana. Colón quiso hincar una rodilla, pero don Fer-

nando lo levantó inmediatamente, tendiéndole su mano y haciéndolo sentar en un sitial cerca al trono, lo que también era un honor inesperado. Pero todo lo merecía el Almirante que había dado un mundo á la corona de Castilla.

A ruego de los reyes, Colón comenzó el relato de su viaje, hablando del inmenso y desconocido Océano, de las espléndidas tierras que sus ojos habían admirado, de los ricos productos de aquella tierra de bienandanza; mostró los seis isleños que consigo llevaba, describiendo la sencillez de sus costumbres, la dulzura de su índole y lo fácil que sería inculcarlos en la religión católica; enseñó las armas, adornos y utensilios que llevaba, las plantas medicinales y alimenticias. Con profunda emoción habían sido escuchadas las palabras del Almirante, y aquel hombre que poco tiempo atrás, era visto con desprecio ó con burla, dominaba en esos momentos con su palabra una de las más brillantes cortes de la Europa.

Cuando hubo concluido, los reyes, el Almirante y todos los allí presentes se arrodillaron entonando el Tedeum. La música religiosa daba mayor solemnidad á este importante acto.

En Barcelona continuó Colón siendo objeto de las atenciones y cariño de los reyes, renovándole los privilegios que le habían sido concedidos; dándole para perpetuar la me-

moria de sus grandes hechos, un escudo de armas dividido en cuatro cuarteles, los dos superiores ostentaban las armas de León y de Castilla y de los dos inferiores; uno, cinco áncoras simbolizando su dignidad de Almirante y el otro gran número de islas doradas sobre fondo azul semejando las olas del mar. La inscripción grabada en las cintas que rodean el escudo de "Por Castilla y por León Nuevo Mundo halló Colón," fueron agregadas posteriormente.

El Cardenal don Pedro González de Mendoza no perdía ocasión de demostrar su aprecio por el Almirante; frecuentemente lo obsequiaba con banquetes. Cuéntase que en uno de ellos ocurrió la tan conocida anécdota que Irving refiere así:

"Un frívolo cortesano, impaciente de los honores que Colón recibía y celoso de que se confiriesen á un extranjero, le preguntó inoportunamente, si creía que en caso de que él no hubiese descubierto las Indias, no hubiera habido otros hombres capaces de acabar la misma empresa. A esto no dió Colón inmediata respuesta; sino tomando un huevo, convidó á los circunstantes á que lo hicieran mantenerse derecho sobre uno de sus extremos. Todos intentaron hacerlo, pero en vano; Colón dió entonces fuertemente con él en la mesa, y rompiéndolo por un lado le dejó derecho y descansando sobre la parte rota; y así indicó de tan sencillo modo, que des-

pués de haber enseñado el camino del nuevo mundo, nada había más fácil que seguirlo."

La noticia del descubrimiento de nuevas tierras cundió por la Europa entera, exajerándose como siempre su importancia; los demás países consideraban á España como la más poderosa de las naciones y se contaban maravillosas historias acerca de esas tierras desconocidas.

Las bulas pontificias daban á los reyes, el poder de gobernar en los países que conquistaran ó descubrieran. Martín V había dado á los portugueses una en que los había hecho dueños de las posesiones orientales desde el cabo Bogador á la India, y los réyes católicos habían firmado el año 1479 un tratado con los reyes de Portugal comprometiéndose á respetar los derechos adquiridos.

Los reyes católicos acudieron al Pontífice Alejandro VI que acababa de subir á la Santa Sede, para que sancionara su poder, y deseoso de que no hubiera ninguna querella entre los reyes de Portugal y los de España, expidió una bula el 2 de mayo de 1493 que establecía la línea divisoria de las tierras que podían ser exploradas por los españoles y portugueses, quedando á los primeros la parte situada al Occidente de España y la otra situada al Oriente de Portugal, la línea divisoria se la imaginaron del Polo Norte al Polo Sur, á cien leguas al Este de las Azores, reparto que disgustó mucho á los portugueses,

los que consiguieron que la línea de demarcación se extendiera unas trescientas leguas más al Occidente.

Establecióse en España el Consejo de Indias presidido por don Juan Rodríguez de Fonseca, Arcediano de Sevilla y Obispo de Badajoz, Palencia y Burgos y por último patriarca de las Indias. Para servir de auxiliares á de Fonseca, se nombró Tesorero á Francisco Pinelo y de Contador á Juan de Soria. El despacho para el arreglo de Indias se fijó en Sevilla, abarcando su vigilancia hasta el puerto de Cádiz, en donde se abrió una nueva aduana para el ramo de navegación. Este fué el principio y gérmen del Supremo Tribunal de Indias. Otro igual se formó en la Española al cuidado inmediato de Colón; él podía fletar buques, ya comprándolos ó tomándolos á los patrones ó dueños que no quisieran darlos y reintegrando su valor en lo que fuera justo.

Nunca se había desplegado en España tanta actividad para arreglar los pertrechos y útiles necesarios para la escuadra; es verdad que para estos gastos se aprovechó el producto de las joyas de los desgraciados moriscos, que habían sido arrojados de la península

El rey de Portugal deseoso de apoderarse de las tierras descubiertas, preparó una poderosa escuadra con el fin aparente de enviarla al Africa, y deseando desconcertar á los monarcas españoles, envió á Castilla á Ruy

de Sande, con el aparente objeto de comprar artículos de primera necesidad para la mencionada expedición.

El rey don Fernando era un hombre sagaz y comprendiendo el designio del de Portugal, había mandado con anterioridad, como embajador á don Lope de Herrera á esa Corte con dos cartas, la una amistosa agradeciendo á don Juan el recibimiento hecho al Almirante; y la otra severa y enérgica para en caso que supiera que zarpaba alguna escuadra. El rey de Portugal que sabía muy bien todo lo que pasaba en la Corte de Castilla, recibió á Lope de Herrera de tal modo que no le fuera posible usar de la carta amenazadora, y á su vez, nombró á Pero Díaz y Ruy de Pena con el objeto de zanjar toda clase de dificultades que pudiera ofrecerse con referencia á las tierras descubiertas.

"Estos embajadores debían proponer como medio efectivo de cortar de raíz toda mala inteligencia entre los dos poderes, que se tirase una línea desde las Canarias al Occidente: todas las tierras y mareo al Norte de la cual pertenecerían á la Corona de Castilla; todas las del Sur á las de Portugal, excepto la de las islas que ya estuvieran en la posesión de cualquiera de estos dos soberanos. Fernando se hallaba en la posición más ventajosa su objeto era ganar tiempo para la preparación y salida de Colón extraviando al Monarca Portugués en el intrincado laberin-

to de una difusa y cansada negociación diplomática" y envió una embajada compuesta de don Pedro de Ayala y á don García López de Carvajal para que propusieran el que se sometiese á la desición del Pontífice. La respuesta del Papa fué tan solo una referencia á la línea revisora que él mismo se había imaginado.

Después de largas negociaciones en las Cortes de Portugal y de España firmóse el tratado de Tordecillas el 7 de junio de 1494 por la que se prolongaba la línea de demarcación 360 leguas más en favor de los portugueses.

Colón llamó consigo á sus hermanos Diego y Bartolomé, presintiendo que necesitaría á su lado de personas leales en quien pudiera confiadamente descansar, suponía que Bartolomé estuviese en Inglaterra y Diego en Génova al lado de su anciano padre á quien Colón ya también había dado parte de sus descubrimientos. Bartolomé había dejado el suelo de Inglaterra donde su misión no tuvo éxito y había pasado á Francia al servicio del duque de Beaujon (lo que ignoraba el almirante). Diego llegó pronto para á acompañar á su hermano en su segundo viaje.

El Almirante había llegado á la cumbre del poder, doquiera era recibido y agasajado; distinguido por los reyes y victoriado por el pueblo; pero en medio de los resplandores de

su gloria comenzaban á aparecer las primeras sombras.

Con la mayor brevedad posible se habían hecho los preparativos para el segundo viaje. El 25 de septiembre de 1493 las velas de los buques como bandada de cisnes ondearon en el puerto de Cadiz. Atraídos por la sed de renombre habían llegado hidalgos, marinos y aventureros con el deseo de embarcarse. Era tanta la afluencia de los que tenían ese mismo deseo que no pudiéndolo conseguir se ocultaban en las naves.

Colón deseando equipar del mejor modo posible á la flota y atendiendo al aumento de personas que se había verificado, autorizó varios gastos que excedían al presupuesto formado.

El contador Juan de Soria, olvidando las consideraciones que se debían al Almirante no quiso pagar aquellas cuentas; por lo que los reyes lo reprendieron con severidad repetidas veces. Como se notara que de Fonseca ponía también muchas dificultades, siendo una de ellas negar al Almirante la guardia que este demandaba, los reyes escribieron á Fonseca que complaciera al Jefe de la escuadra como ya se lo habían encargado; y mandaron dar á Colón diez escuderos y veinte peones más.

Este fué el origen del odio eterno que durante su vida profesó Fonseca al Almirante. La flota se componía de tres buques y cator-

ce carabelas tripuladas por más de mil cuatrocientas personas entre los que se distinguían Alonso de Ojedá, joven intrépido y valeroso, Diego Colón, Fray Fernando Boil, Mosen Pedro Margerit, Francisco de Peñaloza y Pedro de las Casas, padre del célebre misionero fray Bartolomé, Diego Alvarez Chanca, afamado médico de Sevilla, Bernal Díaz de Piza, Ginés de Gorbalán, Sebastián Olano, Ponce de León, Gómez Tello, Alvaro de Acosta y otros muchos que posteriormente desempeñaron diferentes papeles durante su vida con respeto al Almirante, Colón tripulaba la nave Marigalante, allí estaban sus hijos que tristes iban á darle el adios de despedida; cuando las naves se alejaron veíase desde la Costa la gentil figura del Almirante que pálido é inmovil sobre cubierta daba la última mirada á la tierra española.

Hácia el 5 de octubre llegaron á la Gomera, donde Colón compró ganado lanar y vacuno, semillas de frutas que pensaba llevar á las tierras descubiertas. Impulsados por viento favorable atravesaron la extensión inmensa del Atlántico; el 12 de octubre al anochecer, el piloto de la Marigalante dió el grito de tierra, descubriendo la Isla que llamaron Dominica; en la alborada del día siguïente, vieron que la tierra descubierta era un país montañoso y sembrado de frondosos árboles, á la derecha distinguíase otra Isla á la que dió el nombre de Marigalante, había lle-

gado al grupo de islas conocidas con el nombre de pequeñas Antillas, que están regadas en el Occéano en forma de semicírculo, desembarcaron en las islas tomando posesión de ellas y de las islas vecinas. Al siguiente día, descubrieron otra isla en cuyo centro se alzaba un elevado volcán, dieron á esta Isla el nombre de Guadalupe, en algunas chozas desiertas encontraron algunos cráneos sirviendo de vasijas, y huesos de brazos y piernas roídas, los marinos se aterraron viendo esos restos de ferocidad. En Guadalupe cuyo nombre indígena era Turuqueira encontraron también muchas mujeres y niños, indios que decían ser prisioneros de los caníbales, por lo que se les dió hospitalidad en los buques. Diego Márquez, capitán de una de las Carabelas expedicionarias se había internado en la Isla con ocho marineros los que no regresaban. El Almirante inquieto por su desaparición, mandó á buscarlos con algunos marineros que regresaron en la tarde sin haberlos podido hallar ya desesperaban, cuando Alonso de Ojeda se ofreció á ir con cuarenta hombres de los más valientes en su busca. Ojeda volvió sin haber conseguido su objeto; ya iban á levar anclas cuando aparecieron en la playa los perdidos compañeros, quienes traían varias mujeres y muchachos. En la Isla no encontraron ningún hombre, circunstancia que les extrañó mucho y fueron informados por las mujeres que los

guerreros estaban en guerra, con los de las Islas cercanas. Prosiguiendo el camino reconoció varios grupos de Islas á las que denominó Monsergate, Santa María de la Redonda, Santa María de la Antigua, San Eustaquio, San Martín y Santa Cruz, á la cual llegaron el 14 de noviembre, fueron recibidos por los caribes cuyo aspecto era horrible y feroz. Prosiguiendo la navegación llegaron á un grupo de cincuenta Islas pequeñas; Colón dió á la más grande el nombre de Santa Ursula y á todas las menores las denominó Once mil Vírgenes. Virando hacia el Este llegaron á la Isla llamada Boriquen, nombre que fué cambiado por el de San Juan Bautista y actualmente llamada Puertorico; de allí eran las mujeres y niños que los caribes habían robado y el Almirante les dejó en su patria.

El 22 de noviembre doblaron el cabo Engaño situado al Este de la Española, llegando al Golfo de las Flechas; el 25 arribaron á Montecristo y reconocieron el río á que dieron el nombre de Santiago. Internándose en la isla encontraron dos cadáveres, no pudiendo reconocer si eran de españoles ó de indígenas; al día siguiente encontraron otros de españoles, los que conocieron por la barba. Colón se afligió mucho por los que había dejado en el fuerte de "Navidad." En la noche del 27 llegaron á Portosanto, pero nadie contestó á los cañonazos que anunciaban la lle-

gada de la escuadra. Durante la noche llegó una canoa, tripulada por cuatro hombres que enviaba el cacique Guanacagarí con regalos para Colón. Preguntó al enviado por los españoles que habían quedado en el fuerte y sólo obtuvo noticias vagas y contradictorias, pudiendo comprender que algunos habían muerto por pendencias suscitadas entre ellos; otros habían abandonado la isla; por último, dijeron que habían sido atacados por Caonabo el valiente caudillo de Cibao, el cual después de destruir la fortaleza redujo á cenizas el pueblo de Guanacagarí, el que en vano había defendido á sus huéspedes, y el mismo cacique estaba enfermo de resulta de sus heridas. Colón envió algunos de sus marineros en un bote al mando del Dr. Chanca, que fué testigo de un triste espectáculo, viendo quemada la fortaleza y encontrando restos de trajes europeos, notando al mismo tiempo que los indígenas se habían vuelto recelosos, de lo que dieron cuenta á Colón.

En la fortaleza había acontecido que tan pronto como habían zarpado las naves españolas, los marineros perdieron la disciplina, cometieron toda clase de abusos, insultando á los isleños y robándoles cuanto tenían. La ambición originó pendencias entre ellos mismos, causando la muerte de un español llamado Jacome. Escobedo y Gutiérrez negaron obediencia al Gobernador y atraídos por la avaricia se dirigieron á Cibao con nueve

compañeros, donde encontraron la muerte en manos del cacique Caonabo, que sabedor también de sus disenciones levantó un gran ejército en unión de otro cacique, y se dirigieron á la fortaleza que solamente estaba resguardada por Diego de Arana y diez hombres, la incendiaron, destruyendo también las casas donde los otros españoles habitaban.

Al día siguiente el Almirante revestido de sus insignias y con solemne comitiva, se dirigió á la residencia de Guanacagarí; lo encontró tendido en su hamaca y con visibles muestras de enfermedad, recibió al Almirante cariñosamente y con lágrimas en los ojos le contó el triste fin que habían tenido los colonos. El Dr. Chanca que acompañaba á Colón, quiso reconocer la herida, á pesar de los gestos de dolor del cacique, no se veían señales externas, lo que hizo sospechar á los españoles que podría muy bien ser perfidia de Ganacagarí el asesinato de sus compatriotas, sospecha que vino á aumentar el hecho de que diez individuos que habían rescatado del poder de los caníbales y que estaban todavía en los buques huyeron á favor de la oscuridad de la noche, y sólo pudieron apoderarse de cuatro; al día siguiente las chozas de los isleños estaban vacías. Colón desechó esta idea pues siempre había creído en la lealtad de Guanacagarí, creencia que vino á confirmar más tarde el noble comportamiento del cacique.

Colón decidió fundar en un paraje espacio-

so y fértil, la primera ciudad, á la que dió el nombre de Isabela, en honor de la magnánima reyna de Castilla; se trazaron calles y plazas, la Iglesia, la casa para el Almirante, y almacenes, hechos de piedra, y las demás casas de mezcla, madera, cañas y otros materiales.

Mientras la nueva ciudad se construía, mandáronse dos expediciones á las montañas de Cibao al mando de Alonso de Ojeda é Inés Gorbalán, expediciones que tuvieron un éxito feliz, encontrándose, según afirma Pedro Mártir de Anglería, pedazos de oro puro que pesaban nueve onzas; pero el clima de la Isabela era insalubre, la gente se enfermaba y el mismo Colón tuvo que guardar cama y suspender sus trabajos por haber sido atacado de fiebre. Al regreso de los expedicionarios, pensó Colón aprovechar el entusiasmo que de nuevo se había levantado, enviando á España doce buques y reservándose cinco para el servicio. La flota al mando de Antonio de Torres salió del puerto el 12 de febrero de 1894; regresaban en la misma Inés de Gorbalán, testigo presencial de las riquezas auríferas de Cibao y Agustín de Maldonado que llevaba las cartas de Fray Bernardo Boil y Sebastián de Olano, que hacían entusiastas descripciones de los países explorados y del buen gobierno de la Colonia y la relación más importante del Dr. Chanca. Antonio de Torres llevaba un memorial de Colón para los reyes

donde pedía que se le enviasen comestibles y vinos, lo mismo que ropas, armas y caballos; indicando que el vino que él trajo se había perdido á causa del mal embase. Continuando Colón enfermo se aprovecharon algunos descontentos del estado de ánimo que reinaba en los colonos para tomar una de las naves y volverse á España. A la cabeza de los conjurados estaba Bernald Díaz de Pisa y Fermín Cado.

Por fortuna, dice Irving, se descubrió el motín anticipadamente y el Almirante mandó arrestar á los delincuentes. Al hacer las investigaciones se encontró un memorial contra él, lleno de calumnias y de falsedades, escondido en la boya de un barco; la letra era de Bernald Díaz. Colón se condujo con ejemplar moderación á pesar de la gravedad del delito, destinando á Bernald Díaz á uno de los barcos para que fuera juzgado en España.

Hallándose ya restablecido determinó emprender una nueva expedición á Cibao; dejó el mando de la colonia al cuidado de don Diego Colón y del Padre Boil, poniéndose en marcha el 12 de marzo de 1494, con cuatrocientos hombres armados y seguidos de gran número de indígenas; atravesaron espesas selvas, siendo en algunos puntos tan exhuberante la vegetación, que tuvieron que abrir un camino, siendo éste el primero practicado por los españoles en el nuevo mundo, diéronle el nombre de Puerto de los Hidalgos por

haber sido hecho por distinguidos caballeros de España. Al día siguiente llegaron á la cumbre de la montaña, desde donde divisaron un panorama espléndido: árboles gigantescos que orgullosos alzaban sus frondosas copas, verdes palmeras, cuyos esbeltos talles cimbreaba el aura perfumada; cristalinas corrientes que como cintas de plata se deslizaban entre la fresca yerba, esmaltaban la dilatada llanura que parecía perderse en el lejano confín del horizonte! Distinguíanse entre el follaje, multitud de aldeas que semejaban blancas palomas en un nido de esmeralda. Colón entusiasmado, dió á esa llanura el nombre de Vega Real, descendiendo á ella, con su brillante comitiva, cuyas relucientes armaduras infundieron terror á los indígenas, los que también se maravillaban de contemplar los caballos que creían que formaban con los jinetes un nuevo ser desconocido, admirándose más aún al ver á los caballeros desmontarse. Al principio huyeron asustados, pero se tranquilizaron al ver las intenciones pacíficas de los que llegaban y vinieron trayéndoles alimentos y frutas del país. Estos indígenas usaban el cuerpo pintado y llevaban consigo sus dioses protectores, llamados Seniz; los indígenas seguían una existencia tranquila entregados á sus juegos é inocentes danzas, fumaban hasta embriagarse; con granos de maíz verde formaban una bebida fermentada. Cuando alguno se enfermaba

reunían á sus sacerdotes ó *butíos*, especie de nigromantes, los cuales trataban según ellos de ahuyentar los espíritus malignos del cuerpo del enfermo quemando tabaco y dando grandes alaridos; si con ésto no mejoraba pronto el enfermo, lo dejaban morir de hambre, extrangulando á los caciques para evitarles una penosa agonía. Tenían oráculos y aparentaban hacer hablar á sus Seniz por medio de bocinas subterráneas.

Habiendo Colón y Compañeros salido de Vega Real, caminaron cinco leguas atravesando una llanura y llegando á las orillas de un gran río que los nativos llamaban Yaguí y al que el Almirante denominó de las Cañas, ignorando que á este mismo río ya le había dado el nombre de Río de Oro en su primer viaje al desembarcar en el mar cerca de Montecristo. Continuaron caminando durante dos días en la misma llanura y encontrando otro río Colón lo bautizó con el nombre de Río Verde por lo fresco y verde de sus orillas."

Prosiguiendo su marcha llegaron al fin á la apetecida Ciboa, la región del oro, lugar lleno de ásperas y estériles montañas, donde no crecían más que tristes y solitarios pinos; mas algún consuelo experimentaron los expedicionarios al contemplar las partículas de oro que se veían en las cristalinas corrientes. Los indígenas que habían sido ya visitados por de Ojeda, les llevaron víveres y gran can-

tidad de oro. Colón dispuso permanecer allí, mientras mandaba una expedición á las órdenes de Juan de Luján para reconocer el interior del país, (1) estando terminada ya la fortaleza que Colón mandó erigir á orillas del río Xantique y que llamó de Santo Tomás; el fuerte quedó al mando de Pedro Margarit con cincuenta y seis hombres y el almirante regresó á la Isabela el 26 de marzo. Las fiebres continuaban y los pocos alimentos que habían traído eran cada día más escasos Como tenían campos sembrados de trigo, Colón dispuso la construcción de molinos movidos por agua. Siendo grande el número de enfermos y convalecientes, dispuso Colón que todos trabajaran, medida que irritó á los altivos hidalgos creyendo que se les trataba de humillar; negáronse á obedecer nobles y eclesiásticos y el Almirante deseando que no muriesen de hambre y de que fuera respetada su autoridad los obligó al trabajo, medida que fué como la señal de todos los males que sobrevinieron á Colón.

A los pocos días de su estancia en la Isabela el Almirante tuvo noticias de Margarit que le participaba que los indígenas querían sublevarse y que el Cacique Caonabo preparábase para atacar el fuerte. Colón le envió entonces un refuerzo de cuatrocientos hombres al mando de Alonso de Ojeda, con or-

(1) Luján regresó á los pocos días.

den de que éste tomara el mando de la fortaleza y Margarit hiciera un reconocimiento militar en el territorio con el objeto de intimidar á Caonabo.

El Almirante dejó el gobierno de la Isabela al cargo de una Junta formada de Juan de Luján, fray Bernardo Boil, Pedro Fernández Coronel, Alonso de Carbajal y presidida por su hermano don Diego. Dejó en el puerto dos de los buques más grandes y llevando consigo las carabelas Santa Clara, ó La Niña, San Juan y la Cordera; saliendo del puerto el 24 de abril dirigiéndose á Cuba, tocó los puertos de Montecristo, Navidad y San Nicolás y llegó á una hermosa bahía que denominó Puerto Grande y que hoy se llama Guantánamo, donde encontró gran número de indígenas que se dedicaban á la pesca. Continuando el viaje llegaron á la bahía que en la actualidad se llama Santiago, descubriendo á continuación Jamaica, isla hermosísima, pero poblada por tribus guerreras. Colón entró en la rada á que dió el nombre de Santa Gloria y que hoy lleva el de Santa Ana. Los indígenas de Jamaica tenían hermosas canoas bien labradas y de troncos gigantezcos. Siguiendo hacia el Occidente con el objeto de hallar un lugar á propósito para carenar su buque, llegó á un puerto que llamó Puerto Bueno; timoneando hacia el Norte llegó al cabo Cruz, atravesando entre muchas pequeñas islitas que Colón dió el nombre de

Jardín de la Reina; navegó bordeando la costa de Cuba creyendo encontrar el Quersoneso (Península de Malaca). y Trapobana (Ceylán). El 13 de junio llegó á la isla que llamó el Evangelista, hoy de Pinos, retornando al cabo Cruz y á la costa de Jamaica el 22 de julio. El 19 de agosto, recorriendo la misma costa de Jamaica, llegaron al extremo Oriental de la Isla que llamaron Cabo Farol hoy Point Morant, desde donde se veía la Española; Colón dió á la punta que sobresalía el nombre de San Miguel, hoy Tiburón. Una lluvia torrencial dispersó las carabelas.

A principios de septiembre llegó á la Isla que llamó Beata; siguiendo la costa del Sur llegaron á las frescas márgenes del río que los indígenas llamaban Neiba. El Almirante tuvo allí noticia por los indígenas que los asuntos de la Isabela marchaban bien. Por continuar la tempestad se refugió la carabela la Niña en la isleta Adamanci que los españoles llamaron Saona.

El 24 llegaron á la Isla de Amona y doblaron otra vez el Cabo Engaño que Colón había designado con el nombre de San Rafael. El Almirante pensaba continuar sus descubrimientos, pero después de dos meses de luchas y fatigas cayó en un profundo letargo; los marinos alarmados dieron prisa en volver á la Isabela, llegando allí el 29 de septiembre de 1494. Después de algunos días de gravedad y merced á los asíduos cuidados que le

prodigaron, Colón fué recobrando poco á poco su quebrantada salud; tuvo el gusto de ver á su hermano Bartolomé Colón de cuya llegada no tenía noticia y que fué un enérgico apoyo para el Almirante; también se alegró mucho de ver á su antiguo amigo Guanacagari de cuya lealtad, por más que las apariencias le condenaran, nunca dudó.

Mientras Colón continnaba sus descubrimientos Pedro Margarit que había recibido orden de internarse en Cibao, desobedeciendo las órdenes del Almirante, bajó á la Vega Real, provocando con su escandalosa conducta la cólera de los indígenas. Varias veces fué llamado por don Diego Colón gobernador de la Isabela, pero no había obedecido el mandato, alegando que era humillar los privilegios de la nobleza obedecer á un aventurero, lo que sus soldados también proclamaban. Apoyaba á los descontentos el padre Boil y lo que más extraña es que fué él quien á la partida de los buques envió una relación, en la cual elogiaba el gobierno de la Colonia.

"No es fácil (dice Irving), penetrar la causa primitiva de la hostilidad de este santo religioso contra el Almirante, que trataba siempre al clero con el mayor respeto; pero lo cierto es que habían tenido los dos varios altercados. Dicen algunos que quiso intervenir el fraile en las estrictas medidas que juzgaba el Almirante necesarias para la seguridad de la Colonia; otro que se resintió del ultraje recibido

por él y por su comunidad, puestos á media ración como la demás gente. De todos modos se echa de ver que le disgustó el empleo que la Colonia le ofrecía y que se acordaba con dolor de los alicientes y sibaritismo del Viejo Mundo. Carecía de aquel celo entusiasta, y de aquella devoción, desinterés y perseverancia que indujo á tantos misioneros españoles á soportar todos los trabajos y privaciones del Nuevo Mundo, esperando convertir á la verdadera fe á sus habitantes."

Durante la insurrección de Margarit llegaron á la Isabela tres embarcaciones al mando de Bartolomé Colón, con abundantes víveres que los reyes enviaban al Almirante, atendiendo al memorial que Colón había enviado con Antonio de Torres.

Cuando don Bartolomé llegó á España, ya su hermano había partido en su segundo viaje, por lo que resolvió presentarse á los reyes y ofrecerles sus servicios como lo hizo en Valladolid.

Llevó consigo á sus sobrinos siendo muy bien recibidos por los reyes, quedando don Diego como paje del príncipe don Juan; sabiendo los reyes que era intrépido y valiente marino, al par que hombre de ciencia, le confiaron el mando de las carabelas que debían ir al Nuevo Mundo.

Don Bartolomé era activo, impávido y resuelto en sus dêterminaciones; los peligros no le arredraban, era generoso y valiente,

aunque parecía algo brusco, hábil en el manejo de los negocios; poseía vastos conocimientos y puede contársele como uno de los buenos escritores de su tiempo. De estatura elevada y magestuoso continente, de mirada dominante é investigadora. Era una representación genuina de la brillante pléyade de intrépidos marinos, que arrancaban en su siglo los secretos del Océano!

Los tres buques llegaron á la Isabela el 24 de junio de 1494, tiempo durante el cual el Almirante exploraba las costas de Cuba.

Los descontentos capitaneados por Margarit y el padre Boil, aprovecharon la llegada de las carabelas, apoderándose de ellas y dirigiéndose á España; habiéndose quedado sin ningún jefe militar la fuerza que mandaba Margarit, se entregaron á toda clase de excesos que despertaron el odio de los indígenas, preparando una revolución.

El territorio estaba dividido en cinco cacicazgos, siendo los más notables los que pertenecían á Caonabo, Guarionex y Guanacagarí. (1)

Ojeda pudo resistir en la fortaleza de Santo Tomás con cincuenta hombres que tenía, los infructuosos asedios de Caonabo. Los isleños cansados y no teniendo costumbre de guerra se retiraban á sus hogares, pero el incansable Caonabo pensó confederarse con los

(1) Marien, Vega Real, Maguana, Xaragua é Higüey.

otros caciques para levantar un poderoso ejército.

Por este tiempo Alonso de Ojeda tan dado á las empresas arriesgadas ofreció á Colón apoderarse de Caonabo, lo que verificó de una manera novelesca.

Tomando diez de los compañeros más valientes, atravesó los bosques que lo separaban del territorio del cacique, á quien encontró en una de sus principales ciudades y en medio de sus guerreros. Caonabo se sorprendió de la visita de Ojeda á quien ya conocía y admiraba por su valor y lo recibió con franca hospitalidad. Sabiendo la admiración que los isleños experimentaban al oír el tañido de la campana de la iglesia, Ojeda propuso al cacique que hiciera un viaje á la Isabela para tratar de la paz con su jefe, ofreciéndole como símbolo de ella, darle la maravillosa campana. Caonabo convino en ir; y como Ojeda viera que le acompañaba gran número de guerreros, le preguntó por qué era tal acompañamiento, á lo que contestó el cacique que no era propio de su rango el ir con una pequeña comitiva; sospechando Ojeda que el cacique tuviese pensado dar un golpe de mano en la Isabela, presentóle un juego de esposas muy brillantes, diciéndole que eran joyas que solo usaban los Monarcas en las grandes solemnidades y ofreciéndole pasearlo á caballo, á lo que Caonabo consintió, deseoso de verse sobre uno de aquellos animales, para

probar que no les tenía ninguna clase de temor. Ojeda tuvo la audacia de ponerle grillos y arrebatarlo en medio de su ejército.

Caonabo en su cautiverio se mantuvo siempre altivo, no conservando ningún rencor por el caudillo que lo había aprisionado, sino lejos de esto, respeto y consideración.

La situación de la Colonia era sumamente precaria; los víveres habían escaseado por que los colonos poco se cuidaban del cultivo de las tierras, pensando sólo en reunir cuanto oro les fuera posible. Oportunamente regresó de España Antonio de Torres con cuatro buques, trayendo provisiones y cartas muy satisfactorias para el Almirante.

Colón temiendo las intrigas de Boil y de Margarit en la Corte, se apresuró á enviar de nuevo á la península cuatro buques al mando de su hermano Diego y Antonio de Torres su leal amigo, remitiendo á la vez los tesoros que había podido reunir y 500 indios prisioneros para que fueran vendidos como esclavos. De lamentarse es que Colón diera este paso, empañando su nombre, "aunque obraba en conformidad con las costumbres de su tiempo y sancionaba sus disposiciones el Soberano á quien servía." Tanto los portugueses como los españoles habían establecido el odioso trato de esclavos en sus posesiones; y después de la toma de Málaga por los reyes católicos, en castigo por su heroica resistencia, once mil personas de ambos sexos fueron

vendidas como esclavos á pesar de haber pagado la mitad de su rescate.

La captura del cacique Caonabo fué sinceramente lamentada por sus súbditos y uno de los hermanos del desgraciado cacique, llamado Manicaotex, guerrero animoso y amado de los suyos, reunió un ejército de siete mil hombres para tomar venganza de Ojeda que de nuevo se hallaba en el fuerte de Santo Tomás. El Adelantado le había enviado un considerable refuerzo, por lo que Ojeda no esperó ser atacado sino que él presentó batalla á los indígenas, causándoles gran mortandad, haciéndolos huir y capturando á Manicaotex.

Esta derrota enardeció más el ánimo de los isleños que mandados por Anacaona, mujer de Caonabo y los otros caciques continuaron sus hostilidades.

El 27 de marzo de 1495 salió Colón de Isabela para someter á los isleños; llevaba 200 infantes y 20 caballos, á los que se agregaron los súbditós de Guanacagarí; acompañábale también su hermano Bartolomé que le prestó gran auxilio. Se dió una reñida batalla cerca del lugar en donde después se edificó la ciudad de Santiago, siendo completamente derrotados los indígenas, imponiéndoles un fuerte tributo á los caciques y á las tribus con el fin de conseguir oro en abundancia para complacer á sus soberanos. Con el objeto de mantener sujeto el país, se erigieron las

fortalezas de La Magdalena, Santa Catalina, Esperanza y Concepción.

Los descontentos llegaron á España propalando falsas nuevas, acusando á Colón de haber engañado á los reyes, porque aquellas comarcas no eran tan ricas como decía, quejándose del mal trato del Almirante y haciendo una triste pintura de la Colonia. No fueron creídos al principio por haber llegado poco tiempo antes Antonio de Torres.

Pero la calumnia comenzaba y como negro fantasma se iba levantando día tras día.

Como la sombra, compañera inseparable de la luz, la envidia perseguía la gloria del descubridor para obscurecerla; pudo lograrlo un momento, no sirviendo después, sino para marcar más el contraste y hacer que resalte más aún la figura de Colón.

Las intrigas continuaban, por lo que los reyes determinaron enviar una persona de confianza que informara acerca del Gobierno de la Colonia, designando á Diego Carrillo.

El 10 de abril de 1495, por instancia de Vicente Yáñez Pinzón y otros hábiles marinos, se publicó una pragmática permitiendo á los españoles establecerse en la Colonia y hacer viajes por su cuenta, lo cual era un ataque á los privilegios del Almirante. Por una coincidencia llegaron entonces los buques que había enviado Colón, con su hermano y Antonio de Torres, lo que hizo que renaciera la gratitud de los reyes y anulando el nombra-

miento de Carrillo eligieron á Juan de Aguado, á quien Colón había antes recomendado en extremo. Aguado salió á fines de agosto del puerto de Cádiz. A su llegada á la Española, se portó con arrogancia, no recordando los favores y servicios que había recibido del Almirante; se mezclaba en todos los negocios públicos y obrando de una manera arbitraria.

Colón determinó dejar á su hermano Bartolomé, como gobernador de la Colonia é ir él mismo á la Corte de España para defenderse de las acusaciones de sus enemigos.

Cuando se preparaban á partir se levantó un huracán terrible, que destruyó por completo las naves de Aguado y otras dos que había en el puerto, salvándose sólo la "Niña." Colón mandó construir sin demora, un barco al que llamó "Santa Cruz," pero que era más bien conocido con el nombre de la "India." Mientras construían esta embarcación y carenaban la "Niña" descubrieron casualmente las minas de Hayna. Un aragonés llamado Miguel Díaz, habiendo tenido una riña con otro de sus camaradas, huyó hacia la costa del sur acompañado de cinco ó seis más de sus compañeros, llegaron á una ciudad mandada por una mujer donde fueron muy bien recibidos. Sabiendo la Cacique que el oro era muy de su agrado les mostró el lugar, de Hayna donde lo había en abundancia.

Díaz averiguó que el compañero á quien había herido, se encontraba completamente

curado y deseoso de regresar á la Colonia, llevó para no ser castigado la noticia del descubrimiento de estas ricas minas.

Estando ya preparados los bajeles, se dieron á la vela el 10 de marzo de 1496 con doscientos veinticinco españoles, treinta indígenas y entre ellos Caonabo que murió en el trayecto, conservando siempre su altivo é indomable carácter.

Tocaron en las islas de Marigalante y Guadalupe y después de una navegación larga y penosa en que tuvieron que sufrir hásta el hambre, llegaron enfermos y desfallecidos á Cádiz el 11 de junio de 1496. El 17 del mismo mes salían del puerto tres buques con provisiones para la Española, al mando de Pedro Alonso Niño, á quien Colón dió instrucciones para su hermano el Adelantado, encargándole que estableciera una nueva población en las orillas del río Hayna.

Colón permaneció algunos días en Cádiz descansando de las fatigas del viaje; cuando se dirigió á Sevilla, salió á recibirle Andrés Bernáldez cura de la villa de Palacios, hombre erudito y que á la sazón escribía una historia de los reyes católicos.

Bernáldez describe los ricos collares, brazaletes, coronas de oro y piedras que los caciques que iban con el Almirante llevaban.

En Sevilla recibió Colón, carta de los reyes en los términos siguientes:

"Por el Rey é la Reyna: á don Cristóbal

Colón su Almirante, Visorey é Gobernador de las Indias del mar Occéano. (1).

"El Rey é la Reyna: don Cristóbal Colón nuestro Almirante, Visorey é Gobernador de las Indias del mar Occéano: Vimos vuestra letra que con este correo nos enviastes y mucho placer habemos tenido de vuestra venida ende, la cual sea mucho en buen hora; y después que éste vino, llegó el mensagero que nos enviaste, y ovimos plazer de saber largamente lo que con él nos escribistes, y pues decís que sereís acá presto, debe ser vuestra venida cuando os paresciere que no os dé trabajò, pues que en lo pasado habeís trabajado. De Almozan á doce dias de Julio de noventa y seis años.

Yo el Rey. Yo la Reyna.

Por mandado del Rey é de la Reyna.—Fernad Alvarez."

Aquella carta fué para Colón una mensajera cariñosa que dulcemente consoló su ánimo entristecido. Por ese tiempo se habían concertado las bodas de la Infanta doña Juana con el Archiduque de Austria, Felipe el Hermoso y de la princesa Margarita con el príncipe don Juan. Preparose una escuadra de ciento treinta buques y veinticinco mil sol-

(1) Original en el Archivo de la casa de Veragua.—Navarrete.—Colección de viajes, tomo II, Doc, núm. CI.

dados para formar el séquito que debía acompañar á la princesa doña Juana y traer á la Infanta doña Margarita.

Hacia el mes de octubre los reyes regresaron á Burgos donde Colón fué también recibido como la vez primera, á pesar de las intrigas de Fonseca, Boil, Margarit y Aguado.

En abril de 97 los reyes concedieron á Colón, la facultad real de que procediera á la institución de un mayorazgo, que pasaría á su familia dándole explendor, (derecho el cual usó Colón en un testamento escrito más tarde en Sevilla (1498). Confirmaron el nombramiento hecho por el Almirante en la persona de su hermano don Bartolomé, como Adelantado de las Indias y publicaron un edicto el 2 de junio de 1497, restringiendo la licencia general que habían concedido dos años antes. Colón propuso otro viaje en octubre de 97; mandaron darle ocho millones de maravedises ($86,956) para arreglar su expedición, pero habiendo regresado Alonso Niño, en vez de presentarse á la Corte ó al Almirante, fuese á Huelva á visitar á su familia y escribió que traía consigo mucho oro. El rey Fernando que necesitaba dinero para la guerra mandó emplear esos seis millones de maravedises que debían entregar á Colón en fortificarse á Perpiñán, dando orden que se reintegrara á Colón esa suma, de que traía Alonso Niño. Pero resultó como dice Irving "que el oro de que el piloto hablaba era una

locusión figurada y que las carabelas venían cargadas de prisioneros indios; de cuya venta debían resultar los expresados tesoros."

El Erario de España estaba exhausto por los continuos gastos que tenía por la guerra con Francia y el ejército que sostenían en Italia al mando del gran Capitán Gonzalo de Córdova, así como también los dispendios ocasionados por las bodas de los príncipes.

A poco tiempo ocurrió un desgraciado suceso, la muerte del príncipe don Juan. La Reyna, aunque agobiada por el pesar, proporcionó á Colón los medios de que pudiera mandar dos buques que fueron enviados á principios del año 1498 al mando de Pedro Hernández Coronel. Colón continuaba el equipo de sus otros seis buques luchando con mil contrariedades y dilaciones. El entusiasmo se había apagado de tal modo en el trascurso de pocos años que ninguno quería ir por voluntad propia, haciéndose necesario enviar allá penados á que cumplieran sus condenas.

Al fin pudo Colón arreglar su viaje en mayo de 1498. En la playa ocurrió un incidente con un tal Jimeno Bribiesca que siempre trataba de burlarse del Almirante, quien ya no pudiéndolo sufrir y dejando llevarse por esta vez de la impetuosidad de su carácter, le dió algunos golpes, incidente que tuvo gran trascendencia, porque dió origen á que los enemigos de Colón lo presentaran como una muestra de su carácter vengativo.

El 30 de mayo de 1498, dióse á la vela á San Lúcas de Barrameda llevando seis buques. Sabiendo que una Escuadra Francesa navegaba hacia el cabo de San Vicente se dirigió más al Sur, llegando á Porto Santo el 7 de junio y tocando en la Gomera el 19 del mismo mes, encontró anclada una nave francesa, que había aprisionado á dos buques españoles. Colón rescató uno de los buques dejándolo al Capitán y entregando al Gobernador seis prisioneros franceses, para que fueran canjeados por otros tantos españoles. Dirigióse á la isla de *Hierro* donde dividió su escuadra en dos partes, mandó tres bajeles á las órdenes de Alonso Sánchez de Carbajal, Pedro de Arana y Juan Antonio Colón, con orden de que se alternasen en el mando é instrucciones de dirigirse á la Española. Con la otra mitad de su flota se dirigió el Almirante á las islas del Cabo Verde, dejando la isla de Buena Vista el 5 de julio.

Después sobrevino una completa calma; el Océano parecía haberse solidificado; ni la más ligera brisa impelía las velas quedando los mares estacionados; "se derretía la brea y se abrían las junturas de los buques; se pudrió hasta la carne salada; se secó el trigo como si lo hubiesen puesto en un horno; los arcos se desprendieron de los barriles con agua y de vino, vertiéndose algunos y reventaron otros; y era tan excesivo el calor de los camarotes que no era posible permanecer en ellos.

Aquel ardor insorpotable dejó á los marineros sin fuerza y sin ánimo." (W. Irving, Libro X Capítulo 1º)

El Almirante apesar de estar enfermo atacado de la gota, mandó que tomaran el rumbo al Sudeste, y al cabo de diecisiete días, Alonso Pérez descubrió las cimas de unas montañas. Los tripulantes llenos de alegría dieron gracias al cielo y arribaron á la isla que Colón llamó de la Trinidad, denominando La Galera á una de sus montañas, porque afectaba la forma de un barco con su vela; desembarcó cerca de un cabo que llamó cabo de La Playa, dando á la otra punta el nombre de Arenal. Era una tierra baja y poco quebrada; allí encontró una canoa llena de isleños que los contemplaban admirados. Con el objeto de atraerlos, Colón quiso que algunos jóvenes tripulantes ejecutaran una danza; los indígenas creyendo que era una danza guerrera se aprestaban al combate. Colón logró calmarles y los isleños se acercaron.

Eran altos, bien formados, de cabellos sedosos y de color más claro que el de los otros isleños que habían antes encontrado.

El 1º de agosto anclados los bajeles cerca de la punta del Arenal, divisó hacia el Sur una faja de tierra que llamó Isla Santa; levando anclas atravesaron un estrecho que llamó Boca Sierpe, que queda entre la isla de Trinidad y el cabo Paria, que Colón creyendo

que era una isla llamó de Gracia. Atravesó un segundo paso más riesgoso que el primero, al que llamó Boca de Dragón. Desembarcó en la tierra firme sin sospechar que fuera el Continente. La nueva tierra era elevada, cubierta de verdor; encontraron indígenas adornados de oro y grandes perlas y preguntándoles donde las encontraban, contestaron que el oro se hallaba en los montes hacia el Occidente y las perlas en la Costa del Norte. Costeando la tierra firme atravesaron entre las islas que por su belleza llamó Colón Jardines, dió á las pequeñas islas el nombre de Caracol y Delfín, atravesó otra vez la Boca Dragón, y hacia el Nordeste divisó las islas que llamó Asunción y Concepción, hoy Tabago y Granada. El 15 de agosto descubrió las islas que llamó Margarita y Cubagua, en donde encontró gran cantidad de perlas.

Atravesando el Mar Caribe llegó á la roca de Alta Vela y á la isla Beata, llegando á la Española, pero cincuenta leguas abajo de donde habrían deseado desembarcar.

El Almirante se encontraba enfermo no sólo por los repetidos ataques de gota sino porque la vista se había escaseado.

Cuando Colón llegó á la Española encontró desierta la Colonia de Isabela, porque el mal clima hacía que todos emigraran de allí; en cambio el Adelantado don Bartolomé Colón fundó á orillas del río Ozama y por encargo del Almirante, una nueva ciudad que llamó

Santo Domingo. Durante la ausencia de Colón, si bien es cierto que se había hecho respetar la soberanía española en las tierras descubiertas, los españoles estaban muy descontentos ya por las privaciones y enfermedades de que habían sido víctimas, ya porque estaban disgustados de la energía del Adelantado que ellos toman por crueldad.

Don Bartolomé había logrado someter amistosamente el territorio Xaragua donde imperaba Behechío y venciendo al Cacique Guarionex cerca del fuerte de Bonao; mientras el Adelantado hacía estas pacificaciones púsose á la cabeza de los rebeldes un español llamado Francisco Roldán, Alcalde de la Isabela, que humillado al verse sometido á don Diego Colón pensó sublevarse.

Cuando llegó el Adelantado quiso castigar á un español llamado Barahona, condenándole á muerte; los conjurados intentaron asesinar á Bartolomé Colón, pero éste había perdonado oportunamente á Barahona. Los insurrectos se dirigieron al fuerte de la Concepción que estaba guardado por Miguel Ballestero el que rechazó la propuesta de que también se sublevase.

El Adelantado sabía la traición de Roldán, pero no tenía confianza en los que le rodeaban, por lo que Diego de Escobar, Alcalde del castillo de la Magdalena, Adrián de Mógica y Pedro de Valdiviezo todos eran amigos de Roldán. Recibió un mensajero de Ballestero

pidiéndole socorro y el mismo don Bartolomé se dirigió á la Concepción; de allí mandó llamar á Roldán para conferenciar con él y preguntarle cuál era el motivo de su rebelión. Roldán contestó altivamente desconociendo su autoridad. Don Bartolomé lo despojó del puesto de Alcalde. El Adelantado continuó su viaje á través de la Vega; en esto llegó á Santo Domingo Pedro Hernández, Coronel que traía la confirmación real del título de Adelantado.

Los insurrectos se retiraron del territorio de Manicaotex incitando á los indígenas á que se revelaran. El Adelantado todavía envió á Pedro Hernández Coronel, á que exhortase á los revolucionarios para que volvieran á Santo Domingo, ofreciéndoles el olvido de lo pasado; mas Roldán y los suyos se opusieron á estas razones y fueron declarados traidores.

Guarionex y su familia se retiraron á las montañas de Higuay ó Ciguay donde imperaba Mayobanex. La huída de Guarionex fué como una señal de insurrección. El Adelantado los persiguió hasta las montañas de Ciguey reclamando al fugitivo, pero el cacique Mayobanex no quiso entregarlos diciendo al mensajero:

"Dí á los españoles que son malos, crueles y tiranos; usurpadores de los territorios de otros y derramadores de sangre inocente. Yo no deseo su amistad; Guarionez es bueno, es mi amigo y mi huésped y se ha refugiado

en mi casa; le he prometido protejerlo y no faltaré á mi palabra."

Los súbditos de Mayobanex le aconsejaban que entregase al fugitivo; pero como él permanecía inflexible, lo abandonaron, teniendo que retirarse á las montañas, donde fué cogido prisionero con su familia. El Adelantado fué generoso con ellos, dándole libertad á toda la familia, menos al jefe Mayobanex.

El desgraciado Guarionex vivía oculto, no sólo perseguido, sino que era odiado por los indígenas, que lo consideraban como causa de todas sus desgracias; y revelaron al Adelantado el lugar de su retiro, pero fué perdonado al caer prisionero.

Roldán y los suyos se dirigieron á Xaragua: por este tiempo vinieron los tres buques que el Almirante había enviado de las Canarias, anclando en sitio donde se encontraba Francisco Roldán, el que, suponiendo que los que venían en los buques tenían noticia de su traición, se presentó á ellos como enviado del Adelantado pidiéndoles armas y provisiones. Cuando Alonso Sánchez de Carvajal, uno de los capitanes de los buques, descubrió la falsía de Roldán, ya era demasiado tarde, porque muchos de los tripulantes se habían unido á Roldán; en vano Juan Antonio Colón, otro de los capitanes de los buques, trató de persuadirlo á que volviera á su puesto. Los capitanes llegaron á Santo Domingo, llevando

Carvajal el encargo de disculpar la conducta de Roldán cuando llegara el Almirante.

En otra época llegó el Almirante á Santo Domingo y allí le dieron cuenta de todo lo ocurrido en la Colonia. Colón dirigió una atenta carta á Roldán, en la que se mostraba dispuesto á perdonarlo y á conceder á los descontentos, permiso para regresar á España. Roldán burlóse de la carta del Almirante y á su vez escribió una carta imponiendo condiciones; deseaban un certificado de buena conducta que tenía que darles el Almirante y que se les dejaran varios esclavos que poseían. Con objeto de terminar aquel violento estado de la Colonia, el Almirante firmó ese tratado, á pesar de su repugnancia, el 12 de noviembre.

Colón deseaba volver á España, pero le detuvo el saber que habían llegado algunos buques á la isla, desembarcando en el puerto de Yaquimo. Los buques estaban mandados por Alonso de Ojeda, (á quien el Almirante había traído en su segundo viaje.)

Colón veía en la llegada de esos buques un ataque directo á su dignidad de Virey y de Almirante, cuyos privilegios quedaban violados.

Fonseca había llamado á Alonso de Ojeda que se encontraba en Sevilla y había despertado en él el ambicioso designio de hacer un viaje fuera de la autoridad de Colón y asumiendo la responsabilidad que el citado viaje pudiera traer.

Ojeda que era valiente cuanto ambicioso pudo fácilmente conseguir recursos en Sevilla, saliendo con cuatro naves del puerto de Santa María el 20 de mayo, para explorar las costas de Paria.

En esta expedición aparece por vez primera, el florentino Américo Vespucio el cual, publicó una relación con datos falsos por la cual pretendía hacer creer que había descubierto y explorado las costas de Paria, descubiertas un año antes por Colón.

La expedición recorrió las costas de Paria, pasando por la boca del Dragón y la Isla Margarita y llegando al golfo de Yaquimo en el mes de septiembre. Noticioso Colón de la llegada de Ojeda, envió al golfo de Yaquimo á Francisco Roldán, que ya había sido perdonado por el Almirante y deseaba con su actual comportamiento borrar su anterior mala conducta. De Ojeda dijo á Roldán que pensaba presentarse al Almirante, dejando entender astutamente que el Almirante se hallaba desprestigiado en la Corte de España, pero el pensamiento de Ojeda no era presentarse á Colón y tan pronto como sus naves estuvieron abastecidas se dirigió á la bahía de Xaragua.

De Ojeda encontró en Xaragua muchos de los descontentos y propagando las noticias que ya había dado antes á Roldán, se hizo de muchos partidarios.

Como Ojeda en vez de irse á Santo Domin-

go, se había dirigido á Xaragua, Colón mandó de nuevo á Roldán, el cual obligó á Ojeda á levar anclas.

Ocurrió también, por ese tiempo, la rebeldía de Hernando de Guevara y Alonso de Mógica.

Las carabelas donde iban los insurrectos, partieron de la isla á principios de octubre; cuando llegaron á España, quejáronse contra Colón y el Adelantado, calumniándolos por cuantos medios les era posible.

"Un día, dice Irving, cincuenta vagamundos pudieron penetrar en el patio interior de la Alhambra, á que daban las estancias reales, mostrando racimos de uvas como único sustento que su pobreza les había dejado, y criticando en alta voz los engaños del Almirante y el cruel abandono en que los tenía el gobierno. Casualmente pasaron por allí los dos hijos de Colón que eran pajes de la Reyna, y oyeron esas terribles imprecaciones; allí van los hijos del Almirante, del que descubrió la tierra de vanidad y de ilusiones y la tumba de los hidalgos de España."

La continuación de estos rumores, hizo que los reyes enviaran á Bobadilla á averiguar lo que pasaba en las colonias. Cierta ocasión, interrogando la Reyna á uno de los rebeldes acerca de la procedencia de las mujeres que habían traído, le contestó, que habían sido regaladas por el Almirante, á lo que la Soberana exclamó irritada, "qué facul-

tades tiene el Almirante para regalar mis súbditos?" y mandó que las esclavas fueran reembarcadas para volver á la colonia; esta fué la causa de que Colón perdiera el apoyo de la Reyna, dando lugar esto, á que los reyes le dieran más amplios y extensos poderes al Comisionado, poderes de los cuales abusó.

A la llegada de Bobadilla á Santo Domingo, el Almirante y su hermano Bartolomé estaban ausentes. Bobadilla intimó á don Diego Colón, que le entregase la ciudadela de Santo Domingo, y como don Diego no quisiera hacerlo sin anuencia de su hermano, tomó violentamente la fortaleza "y obrando como si Colón hubiera sido procesado y juzgado en España, apoderose de cuanto á éste pertenecía, incluso sus papeles que mandó sellar, y se instaló en la casa que el Almirante ocupaba." Atrájose la voluntad del pueblo, diciéndoles que les serían pagados los sueldos que les debían y ordenó en un escrito publicado en 26 de mayo de 1499 que el Almirante debía obedecerle. Encadenó á don Diego Colón, enviándolo á una de las carabelas.

Tan pronto como llegó el Almirante, hizo que lo cargaran de cadenas, aprisionándolo en la torre del fuerte. Este ultraje era tanto más sangriento, cuanto mayores eran los méritos de Colón. El abatido pero no humillado, conservó su grandeza de alma en aquella crítica situación, aunque le hería profundamente la ingratitud de los reyes. Bobadilla

no perdía ocasión de molestarle, queriendo humillarlo; no hubo crimen que no se imputara al Almirante y los que de él recibían favores la víspera, tornáronse sus enemigos. El Adelantado no estaba en Santo Domingo; Colón le escribió que llegase á la colonia depositando el mando. Al llegar el Adelantado, también fué conducido prisionero á bordo.

Las carabelas que conducían á los presos dejaron la Isla á principios del mes de octubre de 1489 al mando de Alonso Villejo, que había estado al servicio de Fonseca, que había venido recientemente con Bobadilla, el que se portó generosamente con el Almirante. Cuántase que cuando iban á embarcarse, creyendo Colón que lo llevaban al patíbulo, "Villejo, le dijo, á dónde me lleváis?" .A embarcaros, señor excelentísimo. ¿A embarcarme? preguntó asombrado. ¿Villejo, me dices la verdad? Por la vida Vuecencia, replicó el oficial, que es cierto. Colón, tuvo un rayo de esperanza, podría vindicarse!...... Cuando en el buque quisieron quitarle los hierros con que injustamente lo habían aprisionado, "¡No! dijo con noble orgullo, S.S. M.M. me mandaron por escrito que me sometiese á lo que Bobadilla ordenase en su nombre; por su autoridad me han puesto estas cadenas; yo las llevaré hasta que me las manden quitar, y las conservaré después como reliquias en memoria del premio de mis servicios." "Así lo hizo, añade su hijo Fernando: yo las ví

siempre colgadas en su gabinete, y pidió que cuando muriese las enterrasen con él."

Colón atravesó la inmensidad de aquel océano que había sido mudo testigo de sus alegrías y de sus triunfos y que entonces lo era de su profunda amargura! En España produjo gran sensación su llegada. El espíritu noble de los españoles se levantó ante semejante afrenta, que extrañaba aún á sus mismos enemigos. Colón había podido enviar una carta (1), que era la relación suscinta de los hechos verificados en las Colonias, á doña Juana de la Torre, aya del Príncipe don Juan, la que puso en conocimiento de los reyes la manera infame como había sido tratado Colón, teniendo los reyes estas noticias antes de recibir las de Bobadilla; y la reyna se indignó al saber como había sido tratado el hombre que había dado un mundo á la Corona de Castilla. Puede que los monarcas sintiesen remordimiento de los amplios poderes que habían otorgado á Bobadilla, y lo mandaron poner en libertad y le escribieron inmediatamente demostrándole su afecto, invitándole á que fuera á la Corte y mandando que le adelantaran dos mil ducados para resarcir sus gastos.

La entrevista con los reyes fué conmovedora. Colón al verlos, casi no pudo hablar; la emoción embargaba su voz entrecortada por

(1) Veáse el apéndice.



los sollozos, la reina conmovida y con lágrimas en los ojos levantó á Colón, asegurándole que sus honores y prerrogativas le serían devueltos. Para el desgraciado marino, fué una compensación de sus largos sufrimientos. Los reyes lo trataron con muchas consideraciones, pero no dieron pronto cumplimiento á sus promesas. Cierto es que á las acusaciones enviadas por Bobadilla no se les dió gran importancia y que los reyes destituyeron á este último de su empleo y nombraron en su lugar á Nicolás de Ovando á fines del año 1501.

Por el permiso otorgado por los soberanos en 1495 se habían llevado á cabo otras expediciones como la de Alonso de Ojeda, la de Pedro Alonso Niño, que también había viajado con Colón, salieron de la Española, en 1499 y llegaron al Sur de Paria, navegando en las costas de la actual Colombia, reconociendo la costa que posteriormente se llamó de las Perlas. Los Pinzones efectuaron otro viaje en el mismo año al mando de Vicente Náñez Pinzón, inteligente marino que había acompañado á Colón en su primer viaje. Después de una navegación borrascosa, llegó en en enero de 1500 á un promontorio que llamó Santa María de la Consolación, nombre que fué cambiado después por el de San Agustín. Tomó posesión del país en nombre de los reyes católicos. Descubrió el río Marañón, hoy de las Amazonas; se dirigió á los

Bahamas, donde perdió uno de sus bajeles, volviendo al puerto de Palos en el mes de septiembre. Diego Lepe, también reconoció parte del Continente del Sur, y Rodrigo Bastidas efectuó otro en 1450. Los otros países europeos también habían descubierto grandes territorios.

Sebastián Cabot descubrió el Labrador y Terranova. Vasco de Gama que dobló el cabo de Buena Esperanza en 1497 y después de 13 meses de navegación llegó á Calcuta, realizando así el viaje ideado por don Enrique el Navegante. Alvarez Cabral que descubrió el Sur del Brasil y recorrió las regiones del Norte, ya visitadas por Pinzón. Desembarcó en un puerto al que dió el nombre de Puerto Seguro, y envió una de las naves á Lisboa dando parte de los descubrimientos hechos.

La administración de Bobadilla produjo fatales resultados. Durante ese tiempo los indígenas sufrieron toda clase de vejaciones; á la menor falta de humildad que mostrasen, dice Irving, les daban golpes, azotes y hasta la muerte. A muchos de aquellos colonos que eran presidiarios gustábales viajar precedidos de grandes comitivas y cuando tenían que traslarse á algún punto preferían ir en literas llevadas por los isleños. Fray Bartolomé de las Casas, el insigne defensor de los pobres indígenas, refiere indignado las crueldades de los colonos.

La escuadra que condujo á Ovando al Nuevo Mundo se componía de treinta bajeles, cuatro carabelas y una barca y 2,500 hombres. Ovando iba investido de amplios poderes, comprendiendo en su gobierno la tierra firme y las islas. Podía fundar ciudades y revocar el permiso, dado por Bobadilla á los residentes en las colonias, de juntar oro por cuenta propia durante 20 años, dando la décima parte á la corona. La metrópoli monopolizaba el comercio, pudiéndolo hacer las colonias sólo con España.

Con Ovando iban 12 misioneros que debían propagar la fé católica.

Como se sabía que los indígenas no acostumbrados al trabajo enfermaban y morían pronto, dióse en España el decreto que permitía la esclavitud de los negros en el Nuevo Mundo. Encargóse también á Ovando que se devolvieran á Colón las propiedades y bienes que había perdido, indemnizándole los atrazos sufridos, tanto á él como á sus hermanos. Acompañaban al nuevo gobernador artistas de todas clases, un médico, un farmacéutico, una guardia particular de 20 escuderos.

La escuadra salió de las costas españolas el 13 de febrero de 1502. Antes de llegar á las Canarias sobrevino una violenta tempestad que echó á pique uno de los mayores bajeles, llamado Rábida, y perecieron 120 pasajeros y toda su tripulación. Las noticias de

la catástrofe llegaron á la corte, impresionando mucho á los reyes, los cuales estuvieron ocho días sin ver á nadie.

Ovando dividió su escuadra en dos partes, llegando después de una navegación tranquila al puerto de Santo Domingo el 15 de abril. La otra parte de la flota al mando de Antonio de Torres, llegó 14 días después. Al tomar posesión del gobierno, Ovando ordenó que todos los que habían provocado sublevaciones debían marchar á España para ser juzgados allá.

Colón pidió al rey don Fernando el cumplimiento de la promesa de devolverle sus honores y su rango, pero el monarca le fué retardando, la respuesta.

"La idea de rescatar el Santo Sepulcro, tuvo sólo pasajero dominio en el ánimo de Colón. Sus pensamientos se volvieron con doble ardor al canal acostumbrado, le impacientaba la inacción y no tardó en concebir un objeto principal para otra empresa de descubrimientos. La hazaña de Vasco de Gama, que acaba de llevar á cabo la tantas veces intentada navegación á las Indias, doblando el Cabo de Buena Esperanza, era uno de los más señalados acontecimientos del día. Pedro de Alvarez Cabral, siguiendo sus huellas, había hecho un facilísimo viaje y vuelto con sus bajeles cargados de las preciosas mercancías del Oriente.

Las riquezas de Calcuta eran el tópico de todas las lenguas; en todas partes se hababa del comercio de diamantes y piedras preciosas del Indostán; de las perlas, oro, plata, ámbar, marfil y porcelana, del de telas de seda, ricas maderas, gomas, aromas y especies de todas clases. Los descubrimientos de las regiones salvajes del Nuevo Mundo, producían aun cortas rentas á la España, pero aquel sendero abierto repentinamente á los opulentos países del Oriente, empezó á verter abundantes é inmediatos beneficios en Portugal. (Vida y viajes de Cristóbal Colón por W. Irving.)

Colón determinó hacer un nuevo viaje, saliendo del puerto de Cádiz el 9 de mayo de 1502 con cuatro carabelas y 150 hombres, acompañándole en su expedición su hermano don Bartolomé y su hijo don Fernando que aun era niño. Hicieron una navegación feliz, llegando el 15 de junio á la isla Martinico. (hoy Martinica.) Navegando en la costa de las pequeñas Antillas llegaron el 29 de junio á la desembocadura del río Ozama, donde el Almirante envió á Pedro de Ferreros para que hiciera presente á Nicolás de Ovando la necesidad que tenía de cambiar una de sus naves, la Bermuda, y pidiendo se le dejase anclar en el puerto, porque presentía una tempestad de Ovando no quiso admitir que cambiaran la nave creyendo que era un ardid de Colón para llegar á la colonia.

El Almirante hondamente decepcionado se dirigió al O. de Santo Domingo para anclar en la bahía de Anzua, en puerto Hermoso). Ovando que no había creído en la proximidad de la tormenta anunciada por el Almirante, ordenó que se diera á la vela la flota que debía regresar á España, la cul se componía de treinta y dos barcos. En ella iban Roldán, Bobadilla y la mayor parte de los enemigos del Almirante, llebaban consigo al desgraciado cacique Guarionex y su familia, llevando también gran cantidad de oro. A los pocos días de la navegación levantose una violenta tempestad, la predicha por Colón, y de la que tan poco caso había hecho. La tormenta fué tal que sepultó los más fuertes buques, hundiéndose en el Océano los tripulantes con todas sus riquezas. Solamente pudo salvarse la pequeña carabela deGuchía en la que casualmente iba Alonso Sánchez Carvajal, el que llevaba el poco de dinero que había podido cobrar de cuentas del Almirante, y que llevó á España la noticia del horrible naufaagio y otros cuatro barcos que regresaron á Santo Domingo. En la bahía de Azua las naves de Colón pudieron resistir la tempestad y aunque dispersadas durante ella, pudieron reunirse al día siguiente.

Colón supo el triste fin de la flota, dándole gracias á Dios del peligro que á él y á sus compañeros había salvado, y deplorando su noble corazón las degracias de los otros.

Colón permaneció en Puerto Hermoso, reparando sus buques; á causa de otra tempestad se refugiaron en la bahía de Puerto Brasil, actulmente Yacmel.

Sobrevino un período de calma: las corrientes del mar arrastraron los bajeles á unas islas llamadas Callos de Morant; prosiguiendo su viaje llegaron á las islas de los Jadines de la Reina, que Colón había descubierto en su segundo viaje. Cuando el viento comenzó á soplar, dirigierónse con rumbo hacia el sudoeste y descubrió una isla situada cerca de la Costa de Honduras, á la que llamó de los Pinos, pero cuyo nombre primitivo era el de Guanaja que ha conservado. Allí observaron una gran canoa en que al parecr iba un cacique con su familia. La canoa tripulada por 25 remeros, iba cargada de artículos comerciales como hachas, mantas de algodones teñidos de diversos colores, muchos objetos de barro y piedra, armas cuyas puntas eran de obsidiana afilada. Vieron por segunda vez el fruto del cacao. Hablaban una lengua distinta de los demás habitantes y venían probablemente de Yucatán. Dirigiendo la proa al Sur, Colón descubrió un cabo cubierto de frondosos árboles frutales que producían unas frutas de cáscara arrugada que los indígenas llamaban *caxinas*, por lo que dió al cabo el mismo nombre (hoy Cabo de Honduras). Allí desembarcaron el Adelantado y sus marinos el 14 de agosto, oyeron misa y tomaron pose-

sión del país en nombre de los reyes católicos. A poco descubrieron un río que don Bartolomé llamó río de Posesión: los habitantes que allí vieron tenían oradadas las orejas, por lo que llamaron al país Costa de la Oreja. Durante el reconocimiento de la costa de Honduras tuvieron que luchar con fuertes y continuas tempestades, hasta que oportunamente el 14 de septiembre llegaron al cabo Oriental de Honduras, al que llamaron de Gracias á Dios.

"En todo este tiempo no llegué á ningún puerto, ni hubiera podido tampoco entrar en alguno; las borrascas se sucedían una á otra; los torrentes de agua que venían de arriba y los vórtices que rodeaban nuestros barcos parecían anunciar el fin del mundo. En todo este tiempo no vimos ni el sol ni las estrellas. Las embarcaciones empezaron á hacer agua por todas partes, las velas estaban destrozadas; mi buque había perdido los mástiles, las anclas, los cables y los botes, y gran parte de las provisiones se averió; la tripulación enfermó, y todo el mundo estaba poseído de la mayor tristeza y ansiedad. Muchos de los marinos deseaban entrar en un convento, y no había ninguno que no hubiese hecho alguna promesa ó se hubiera comprometido á alguna peregrinación. Hemos sufrido muchas tormentas, pero ninguna ha sido tan larga y terrible como ésta. Hasta aquellos de mis tripulantes que nunca se desanimaban y que

eran los mas intrépidos, se amilanaron considerándolo todo perdido. Yo mismo estaba enfermo y me encontré varias veces al borde del sepulcro. Desde la pequeña casita que me había mandado construir sobre cubierta, dirigía el rumbo lo mejor que podía. Lo que más me conmovía y llenaba de dolor, era mi hijo, pues pensaba que en edad tan tiena estaba expuesto á tantos peligros y trabajos.

Pero Dios le infundió tal valor que animaba á los demás con su ejemplo, y cuando era preciso maniobrar, tomaba parte en los trabajos de tal modo que paracía que hacía ochenta años que navegaba por el mar. El era el único que me consolaba en parte. También respecto á mi hermano era grande mi aflicción, mucho más por haberle yo inducido á emprender este viaje contra su voluntad. ¡Oh cuán escasa es mi felicidad! En los diez años que llevo prestando los más fieles servicios, no he ganado lo suficiente para poder llamar mío en Castilla á un mal techo de ladrillos; y hasta hay veces que me falta dinero para poder pagar lo que consumo en las posadas donde tengo que detenerme para comer y descansar."

El 16 de septiembre anclaron en la desembocadura de un río; Colón mandó á tierra en busca de provisiones, pero el bote que los traía fué arrastrado por la corriente impetuosa del río á que Colón dió el nombre de río del Desastre. El 25 de septiembre descubrió

una isla bellísima, cubierta de verdor y llena de árboles que producían delicados frutos, que Colón llamó la *Huerta*, pero cuyo nombre indígena era Quiriviri. Permanecieron en la isla durante 10 días.

Los isleños viendo los buques se preparaban en actitud hostil; pero cuando desembarcaron esos seres prodigiosos, acercábanse á ellos con muestras de gran curiosidad. Dos más atrevidos se fueron á nado á los buques. Deseosos de entablar relación con los españoles, les llevaban túnicas finisímas de algodón que parecían hechas de seda y adornos de oro que llamaban guaninas. El almirante les dió muchos objetos que llamaron visiblemente su atención, pero cuando vieron que no querían los españoles admitirles sus regalos volviéronse con pesar, y al día siguiente encontraron éstos en la playa, los objetos que habían dado á los isleños. Presentóse al almirante un indígena anciano que llevaba en la mano una caña con un lienzo blanco á guisa de bandera y como símbolo de paz, conduciendo dos jóvenes y llevándoselas á Colón, quien las obsequió dándoles trajes y enviándolas de nuevo á la plaza, donde fueron recibidas con muestras de alegría. Los españoles con esta muestra de confianza desembarcaron, y cuando don Bartolomé adquiría noticias acerca de los países inmediatos, llamó al escribano para que tomara nota de lo que pudieran recojer; los indígenas huían asustados,

pero volvían después con yerbas olorosas, quemándolas en la dirección donde estaban los españoles, los cuales á su vez creyeron que fueran algunas operaciones de magia. Continuaron explorando el país y encontraron varios sepulcros, uno de los cuales contenía un cuerpo humano embalsamado: estaba bien conservado y tenía joyas de valor; los sepulcros estaban adornados con pinturas y algunos toscos grabados. Encontraron por vez primera edificios hechos de piedra y arcilla revestidos de etuscos; los indígenas encontrados en esta parte eran mucho más civilizados que los que habían encontrado en otras tierras. Colón tomó dos isleños para que le sirvieran de guías. Los otros isleños creyendo que los llevaban prisioneros, les enviaron regalos pidiendo que dejaran á sus compañeros, manifestándose muy contristados cuando no pudieron lograr su objeto. Dejando la costa de Cariari, se dirigió á un lugar que los naturales llamaban Caribaro (hoy Costa-Rica) país fértil y hermoso donde encontraron indígenas que llevaban coronas de flores y láminas de oro colgadas al cuello. Dieron á Colón noticias de que existía un gran reino que llamaban Ciguara, cuyos habitantes llevaban grandes brazaletes de oro, donde existía un poderoso Cacique que poseía bestias de carga, marcos, lanzas y espadas y cuyos habitantes iban todos vestidos y que podría llegar en 10 días de camino. Estos datos por los cuales Colón

podía confirmar la creencia de que llegaría á la opulenta Cipango, probable es que dados por las guías, se refirieran al poderoso imperio de los Incas.

El 17 de octubre continuó Colón explorando la costa que llamó de Veraguas. El 2 de noviembre llegó á una ancha bahía que llamó Portobelo. Un temporal de 7 días lo detuvo en la bahía. Durante ese tiempo los indígenas llegaban en sus canoas llevándoles exquisitas frutas y frescas legumbres. El 9 de noviembre llegaron á un cabo que después se llamó Nombre de Dios. El mal tiempo los obligó á retroceder hasta un puerto que llamaron Bastimento, por encontrar cultivado de maíz todo el terreno que podía distinguirse. Allí permanecieron reparando los buques, que estaban muy averiados. Continuando su viaje, llegaron á un puerto reducido donde se levantaban grandes rocas. Dieron á ese puerto el nombre de Retrete, encontrando allí gran cantidad de aligatores que despedían un olor fuerte á almizcle. La inclemencia del tiempo continuaba, y por más que Colón deseara proseguir su viaje, se vió obligado á regresar á la costa de Veraguas, abandonando la busca del estrecho, siendo acometido por fuertes tempestades que le impidieron llegar.

"Nunca hasta entonces había visto el mar tan alto, tan espumoso y tan imponente, escribe Colón. La tempestad estaba frente de nosotros y nos imposibilitaba llegar á una

lengua de tierra que teníamos ante nuestra vista. Nos retenía en el mar que parecía estar cubierto de sangre y hervía como una caldera puesta sobre una gran hoguera. Sin interrupción día y noche parecía arder el cielo, surcado de brillantes relámpagos, á los que sucedían truenos tan terribles que todos pensábamos que el abismo nos iba á tragar, juntamente con nuestros barcos. La lluvia caía á torrentes como un nuevo diluvio y la tripulación estaba tan rendida que todos deseaban morir para librarse de tanto infortunio. Mi herida se abrió otra vez y por espacio de nueve días perdieron toda esperanza de salvarme la vida. Yo ya no sabía qué hacer."

Colón agobiado por tantas fatigas y enfermo, llegó á la desembocadura del río Yebra el 6 de enero de 1503; el río tenía un cauce profundo y las continuas lluvias hicieron de él un impetuoso torrente, que arrastró las naves poniéndolas en peligro de naufragar. Colón dió á esa costa el nombre de Contratiempo, y á las montañas que de allí se descubrían, el de San Cristóbal. El hermano del Almirante decidióse á reconocer el territorio que estaba gobernado por Quibían.

El cacique recibió al Adelantado amistosamente, enviándole algunos regalos y enseñándole de dónde sacaban el oro.

Quibían temeroso de que los blancos se establecieran en sus dominios, le dió dos guías para que les mostraran las minas, pero secre-

tamente les instruyó que condujesen á los españoles á los dominios de un cacique enemigo suyo, ocultándoles las de Veraguas que eran las más ricas.

Encontraron regiones fértiles, clima saludable y gran abundancia de oro, más que en ninguna otra parte. El Almirante pensó que no había otra comarca mejor para fundar una colonia y con gran actividad comenzaron á construír una ciudad cerca del río de Belén. Quibían veía con reconcentrada rabia el establecimiento de los blancos en sus dominios, se retiró á los bosques y envió mensajeros á los demás caciques.

Los españoles no habían desconfiado de la retirada de Quibían, pero uno de ellos, Diego Méndez, que era muy sagaz, quiso averiguar la causa y propuso á Colón ir en busca del cacique; fuese solamente acompañado de Rodrigo Escobar, é imitó la valentía de Ojeda penetrando hasta la residencia misma de Quibían. Sabiendo que el cacique estaba enfermo de una herida, presentóse como cirujano. Quibían se negó á recibirle, pero él averiguó lo que deseaba saber, que estaban haciendo grandes preparativos de guerra, y además por el intérprete supo que el cacique pensaba atacar los buques é incendiarlos.

El adelantado pensó apoderarse de Quibían y al efecto se puso en marcha seguido de setenticuatro hombres de la tripulación y guiado por Méndez. Llegó á la morada del caci-

que y audazmente se apoderó de él y de su familia, llevándole prisionero á uno de los bajeles. Cuando caminaban en el bote, el astuto Quibían se arrojó al agua, nadando á pesar de sus ligaduras y se salvó á favor de la noche. Deseoso de tomar venganza de los invasores, reunió apresuradamente á sus súbditos y atacó á los españoles que confiados desembarcaban.

El Adelantado á la cabeza de solo ocho hombres y Diego Méndez con los pocos que tenía, pusieron en precipitada fuga á los indígenas, quedando muerto un español y ocho hombres heridos, entre ellos, don Bartolomé. El Almirante inquieto por la suerte de los que estaban en tierra, envió en un bote á Diego Tristán con ocho marineros y ocho soldados; al llegar á la playa fueron recibidos por una verdadera lluvia de flechas, quedando muerto Tristán y sus demás compañeros, salvándose solamente Juan de Noya que llevó tan infausta noticia á Colón.

Los de la colonia querían irse á los buques, pero les impedía embarcarse un fuerte viento; cuando supieron el triste fin de sus desgraciados compañeros, y vieron los cadáveres mutilados que arrastraba el río, se llenaron de temor. Oíanse los espantosos alaridos de los indígenas que se acercaban. El Adelantado, cuyo ánimo resuelto nunca fué desmentido, improvisó un baluarte con los restos de un bote, y preparóse á la defensa.

El Almirante, extenuado por la fiebre, apenas podía moverse y le agobiaba la idea de no saber de sus compañeros; además los de la familia y servidumbre de Quibían estaban prisioneros en uno de los buques, pudieron escaparse arrojándose al agua, y los que no lograron escaparse se suicidaron, prefiriendo la muerte á la esclavitud.

En tal incertidumbre, un piloto sevillano, llamado Pedro Ledesma, ofreció ir á nado si lo llevaban en el bote hasta la resaca, puesto que allí era imposible que el bote pasara. Arrojóse al agua, luchando contra la furia de las olas; cuando llegó á tierra encontró á sus compañeros llenos de la mas grande desesperación, rogándole le dijése á Colón les enviara algún socorro; el valiente Ledesma regresó donde el Almirante dándole cuenta de la aflictiva situación de los de la colonia. El Almirante envió el único bote que le quedaba y al cabo de nueve días, gracias á los servicios de Diego Méndez que improvisó balsas, con dos canoas indígenas, se sacaron todos los efectos de la colonia y á sus moradores, siendo el último que abandonó aquella desgraciada región.

El Almirante para recompesar los servicios de Méndez, le dió el mando del bajel que mandaba el infortunado Tristán.

Como el mal tiempo había cambiado, pudieron sacar el buque que había encallado en

la desembocadura del río, y el 24 de diciembre de 1503 se dirijen á la Española.

Detúvose en Porto Belo, donde dejó uno de sus barcos porque era ya inútil. Atravesó por el Golfo de Darién, pasó por los islas que llamó las Barbas (hoy Mulatas). Temiendo las fuertes corrientes submarinas no tomó directamente el rumbo, manteniéndose al barlomento.

Prosiguiendo el viaje, descubrió el 10 de mayo las islas de las Tortugas, (hoy Caimanes). El 30 atravesó los Jardines de la Reina, siguiendo al Sur de Cuba. Levantóse una violenta tempestad que hizo chocar con violencia dos de las naves, rompiéndose la proa de una y otra.

Seis días después, llegaron al Cabo Cruz, cerca de un pueblo llamado Macaca; allí tomó provisiones, pero la tormenta continuaba y se dirigieron á la costa de Jamaica, llegando á Puerto Bueno el 23 de junio, (hoy Dry Harbour). Tocaron en el puerto de Santa Gloria, (hoy llamado Dn. Chistopher's Cov). Encallados los buques comenzaron á llenarse de agua, y tuvieron que construir camarotes sobre cubierta.

Como estaban desprovistos de víveres, el incansable Diego Méndez con otros tres marineros, desembarcaron en la costa para ir en busca de ellos. Fueron bien recibidos por los indígenas, que le dieron pan de cazabe y pescados á cambio de peines y cascabeles.

Méndez se internó hasta la residencia de un cacique llamado Ameiro, con quien pronto contrajo amistad; allí pudo procurarse una canoa grande y bastantes comestibles.

El Almirante deseaba enviar á Santo Domingo, pero creía que ninguno se atrevería á cruzar tan largo y peligroso camino; mas conociendo la intrepidez de Méndez, lo llamó aparte, haciéndole ver el lastimosísimo estado en que estaban y en afectuosas razones le propuso que fuera. Méndez contestó que él siempre estaba dispuesto á dar su vida por el Almirante, pero que como la gente de abordo murmuraba de la preferencia, le suplicaba lo propusiese primero á éstos y en caso que nadie aceptara él iría; hízolo gozoso el Almirante, pero como era empresa de vida ó muerte, ninguno se atrevió á ir, hasta que adelantándose Diego Méndez, se ofreció á llevar á término la temeraria empresa y á su ejemplo, despertóse la emulación de los otros, y Bartolomé Fieschi, un marino italiano muy distinguido, se ofreció ir en otra canoa.

Arregláronse convenientemente y llevando 10 remeros y seis españoles cada uno, dejaron las playas de Jamaica. Méndez debía ir á Santo Domingo para pedir á Nicolás de Ovando un bajel y enviarlo á Jamaica, continuando su viaje á España con una carta para los Reyes, y Fieschi regresar á Jamaica con las noticias que tuviera. Hicieron una excur-

sión al interior de la isla, donde tuvieron que sufrir toda clase de penalidades.

Desesperados algunos de los marinos porque no había ninguna noticia de Méndez ni de Fieschi, se sublevaron contra el Almirante y á la cabeza de la insurrección estaban los hermanos Porras, se apoderaron de armas y provisiones y teniendo 10 canoas tomaron el rumbo que antes habían seguido Méndez y Fieschi. Acometidos por un vendabal muy recio, arrojaron al agua á los indígenas y aunque sabían nadar, perecieron miserablemente 18 de ellos. Pudieron arribar á una población india donde permanecieron durante un mes.

El Almirante, cuya salud decaía visiblemente, se esforzaba en animar á los marineros que aún le permanecían fieles; pero las transacciones hechas por Méndez con los indígenas para proveerse de víveres, iban faltando, una vez que ya no les llamaban la atención los dijes que los españoles les daban. No hallando qué hacer, Colón apeló á un recurso ingenioso y casual: sabiendo por sus cálculos astronómicos que pronto debería efectuarse un eclipse, les amenazó con que la luna no les alumbraría más si no le proporcionaban alimentos. Al principio no le creyeron, pero á la noche siguiente, cuando vieron á la luna ocultarse, confirmando las palabras de Colón, se dirigieron á él dándole lo que le faltaba y rogándole que mandara

suspender la terrible oscuridad; con esto adquirió Colón provisiones y gran popularidad entre aquellos indígenas que lo veían como á un semi-diós.

Méndez y Fieschi, después de una travesía penosa, sufriendo cuatro días de un calor sofocante, tanto que los indígenas no podían manejar los remos, y sufriendo los tormentos de la sed, llegaron por fin á la pequeña isla de Navassa, donde se proveyeron de agua dulce, y continuando su marcha, llegaron al cabo Tiburón; de allí debía regresar Fieschi á Jamaica, pero no quiso soportar otra tempestad en la travesía y se quedó en un pueblo cercano.

Méndez acompañado de 6 indígenas se dirigió á Santo Domingo; allí supo que el Gobernador estaba en Xaragua y continuó su marcha para hablarle. Ovando lo recibió muy bien y le ofreció enviar pronto auxilio y entreteniéndole 7 meses, pudo al fin Méndez regresar á Santo Domingo, donde consiguió un buque para enviarlo al Almirante.

Ovando mandó á Rodrigo Escobar, enemigo personal del Almirante, con una embajada que más que á ayudarles parecía enviada para humillarles.

Mucho tiempo había trascurrido desde la partida de Méndez: los navegantes desesperados intentaban rebelarse, Alonso Zamora y Pedro Villatoro estaban á la cabeza de los descontentos; en esto vino un mensajero de

Ovando que traía una carta y algunos comestibles á Colón, diciéndole que si deseaba enviar alguna carta se la diera. El mensajero regresó, una vez desempeñada su comisión.

Ovando, á pesar de saber la situación aflictiva del Almirante, no le mandó, (no se sabe si por negligencia ó por temor de que el Almirante recobrase sus derechos) ningún socorro; y talvez hubieran perecido si el genio previsor de Diego Méndez, no les hubiera enviado un barco.

Mientras le llegaba al Almirante la nave que le enviaba Méndez, quiso Colón por medios pacíficos y suaves atraerse á los descontentos y les envió una embajada, la cual fué mal recibida y queriendo á su vez los insurrectos imponer condiciones. Entre ellas, que en caso que llegaran dos embarcaciones les cediera una. No habiendo aceptado el Almirante estas proposiciones, contestaron que la tomarían por la fuerza. El Adelantado salió con 50 hombres en busca de los descontentos; como al llegar fueron atacados por ellos, tuvo lugar una reñida lucha quedando varios muertos y heridos. El cabecilla del motín quedó prisionero y algunos más. El 20 de mayo enviaron á solicitar el perdón del Almirante, asegurándole que se arrepentían de su pasada conducta. Después de un año de espera y cuando más desesperados estaban, llegaron dos buques, el uno mandado por el leal Diego Méndez y el otro mandado

por Ovando, que después de largas vacilaciones probablemente sintió remordimientos por su mal comportamiento. Diego Méndez, fuese á España á desempeñar el encargo del Almirante,

A Ovando, aunque hombre de ingenio, no le fué posible restablecer el orden de la colonia; la condición de los indígenas se hizo más dura aun, y dice Las Casas que muchos se encontraban muertos de fatiga ó de hambre en los caminos. Muchos se daban la muerte para libertarse del ominoso yugo, y las madres ahogaban á los tiernos niños para librarles de su misma suerte."

Cuando Méndez llegó á la Española, Ovando estaba haciendo un reconocimiento en el distrito de Ciguey, que estaba mandado por un cacique llamado Cotabanamá.

A la llegada de Ovando, los indígenas de Ciguey, se habían insurreccionado dando la muerte á ocho españoles, para vengar á otro de los caciques á quien éstos habían dado muerte. Ovando mandó á Juan Esquivel para sofocar la insurrección, siendo los indígenas derrotados. Los españoles tomaron una horrible venganza, quemando á los caudillos; ahorcando á una cacique distinguida cuyo nombre era Iguanama. Los cigueños solici taron la paz y Esquivel mandó eriguir una fortaleza dejando en el fuerte á Martín de Villamán con 9 hombres, el que tiranizaba mucho á los indígenas, lo que dió lugar á una

segunda rebelión. Esquivel logró apoderarse del cacique Cotabanamá que estaba refugiado en la isla de Saona; le hicieron prisionero después de una heroica resistencia, llevándolo á Santo Domingo, donde Ovando dió orden de ahorcarlo. Muerto el último de los príncipes naitianos, la isla fué sojuzgada enteramente.

Colón salió de Santa Gloria el 28 de julio con dirección á Santo Domingo, á donde llegó el 13 de agosto de 1504, y fué recibido con muestras de aprecio y consideración. Ovando parecía querer hacerle olvidar el daño que antes le había hecho, pero puso en libertad á Porres, el caudillo de la primera insurrección.

Colón salió de aquella tierra que sus ojos no debían ver más, el 12 de septiembre. Después de una travesía tempestuosa, enfermo, abatido y desilusionado, llegó á San Lúcas de Barrameda el 7 de noviembre de 1504 y se dirigió á Sevilla, donde encontró perdidos sus asuntos.

Contaba con muy pocos amigos fieles como Diego Méndez y Alonso Sánchez de Carvajal.

Parece que la suerte no se había cansado de perseguir á Colón, porque la reina Isabel, su ilustre protectora, estaba gravemente enferma; las tempranas muertes de sus hijos, el príncipe don Juan y la princesa Isabel y la demencia de doña Juana, habían minado su

existencia, y después de cuatro meses de enfermedad en Medina del Campo, el 26 de noviembre de 1504 dejó de existir.

La muerte de esta ilustre reina fué un terrible golpe para Colón, no sólo por el afecto que profesaba á su generosa protectora, sino porque creía que á instancias de ella podría recobrar su perdidos honores. Hasta mediados de mayo no pudo el Almirante dirigirse á Segovia, donde se concontraba el Monarca.

El Almirante comparaba la brillante acogida que en su primer regreso tuvo en Barcelona, distinguido de los reyes, rodeado de la nebleza, que se honraba con su amistad, seguido por la multitud que lo aclamaba, con su llegada presente á los muros de Segovia, enfermo, pobre, triste y humillado.

En la Corte no encontró aquel ambiente de gloria y de cariño que tanto le halagara. Se había desvanecido para siempre.

El Monarca lo recibió cortésmente, pero escuchó la naración de su viaje, descubrimientos y desgracias con la mayor indiferencia.

"No sé, dice el venerable Las Casas, lo que pudo causar este desamor y falta de protección soberana en el Rey hacia uno que le había hecho tan preminentes beneficios, á menos que fuese, que estaba su ánimo preocupado por los falsos testimonios que se le habían dado contra Colón; de lo cual yo he podido saber alguna cosa por personas muy favorecidas del Soberano."

El rey Fernando contestó á las instancias de Colón difiriéndolas siempre. El Almirante, á pesar de lo escaso de sus recursos, había pagado á los que lo acompañaron, sus salarios; y reclamaba no sus rentas sino sus honores y dignidades. Por último consintió en que se nombrase un tribunal llamado Junta de Descargos, el que arreglaría los asuntos de Colón; pero los miembros de ella conociendo la prevención del rey contra el Almirante, nada hicieron en favor de éste y sólo al cabo de mucho tiempo, propusieron que cambiara su título de Almirante por un título de Castilla. Colón rechazó indignado esta propuesta por la que veía que el Monarca, trataba siempre de humillarle.

Colón tuvo un rayo de esperanza al saber que la reina doña Juana había llegado á España, creyendo encontrar una amiga en la hija de su protectora; quiso ir á verla, pero impidiéndoselo su enfermedad, escribió á los reyes enviando su mensaje (1), con su hermano don Bartolomé, el cual tuvo una agradable acogida pero no un pronto éxito.

El ánimo de Colón iba decayendo cada día más, reflejándose en sus últimas correspondencias, la amargura que llenaba su alma. En una de las cartas que escribió á su amigo fray Diego Deza, le decía: "Se me figura que el Rey no piensa cumplir lo que me prometió

(1) Véase el apéndice.

por carta y sello en compañía de la Reyna, que en Dios descanse. Quererme convencer de lo contrario, valdría tanto como hablar en el viento. Yo por mi parte he hecho cuanto he podido; el resto se lo encomiendo á Dios, que siempre se ha mostrado propicio á mis ruegos." Agravándose su enfermedad, pues apenas podía moverse, conservaba el vigor de su inteligencia y decidió confirmar y ratificar, el 19 de mayo, el testamento que ya tenía hecho, en presencia del escribano de Valladolid Pedro de Hinojedo y estando presentes sus amigos Bartolomé Fieschi, Fray Gaspar de la Misericordia y su servidumbre.

Mandaba entre otras disposiciones nuevas la formación de otro mayorazgo con los bienes que dejaba á su hijo don Fernando.

Otra cláusula interesante es la que se refiere á doña Beatriz Enríquez, madre de don Fernando, cláusula cuyo cumplimiento dejaba recomendado á su hijo don Diego; y otras en que disponía algunas donaciones y que fueran cubiertas varias pequeñas deudas.

Presintiendo su cercano fin, hizo que le vistieran el hábito de Sn. Francisco y como ferviente cristiano cumplió todos sus piadosos deberes.

Rodeaban el lecho sus desconsolados hijos y sus leales amigos, Diego Méndez y Bartolomé Fieschi.

Dirigió el Almirante su última cariñosa mirada de despedida á aquellos pocos seres

que le habían permanecido fieles, y luego, elevando sus ojos al cielo, profirió estas palabras: "En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu."

El ángel de la muerte tocó con sus alas la pálida frente de aquel hombre extraordinario y recogió su último suspiro. Su vida se extinguió con toda la grandeza de un astro que al descender al Ocaso guarda aún sus resplandores; fué digna de su azarosa pero noble existencia, su muerte pasó desapercibida, pues el genio que había descubierto un mundo, el que había presentado un vasto horizonte á las naciones europeas, moría ignorado en humilde rincón de Valladolid!

Tan infausto acontecimiento tuvo lugar en esa ciudad á las doce del día 20 de mayo de 1506.

Sus exéquias fueron celebradas, según algunos historiadores, en Santa María de la Antigua, y su cuerpo depositado en la iglesia de San Francisco. Sus restos fueron trasladados al monasterio de Cartujos de Las Cuevas en Sevilla. En 1544 fueron traslados á la catedral de Santo Domingo (en la Española), (1) allí permanecieron por espacio de doscientos cincuenta años; y cuando por el tratado de Basilea, en 1795, España cedió á Francia el

[1] Por cédula real fechada en Valladolid á 2 de junio de 1537, el Emperador Carlos V. permitió á don Luis Colón, nieto del Almirante, que los restos de su ilustre predecesor fueran trasladados á la catedral de Santo Domingo.

territorio que poseía en Haití, los restos fueron llevados á Cuba y depositados en la catedral de la Habana.

Don Gabriel de Aristizabál, Teniente General de la Real Armada, tuvo la idea de trasportar á Cuba los restos del ilustre Almirante; con este fin escribió al Arzobispo don Fernando Torres y Portillo, al Gobernador don Joaquín García y al comisionado del Duque de Veraguas, de quienes recibió una acogida favorable y valiosa cooperación.

Trasportaron con fúnebre pompa los restos venerados de Colón á bordo del "San Lorenzo," llegando á Cuba el 25 de enero de 1796.

APÉNDICE.

Testamento y Codicilio del Almirante don Cristóbal Colón, otorgado en Valladolid á 19 de mayo de 1056. (*)

En la noble villa de Valladolid, á diez y nueve días del mes de mayo, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil é quinientos é seis años, por ante mí Pedro de Hinojedo, Escribano de Cámara de Sus Altezas y Escribano de provincia en la su Corte é Chancillería, é su Escribano é Notario público en todos los sus Reynos y señorios; é de los testigos de yuso escritos: el señor don Cristóbal Colón, Almirante é Visorey é Gobernador general de las islas é tierra-firme de las Indias descubiertas é por descubrir, que dijo que era: estando enfermo de su cuerpo, dijo, que por cuanto él tenía fecho su testamento por ante Escribano público, quál agora retificaba é retifica el dicho testamento, é lo aprobaba é lo aprobó por bueno, é si necesario era lo otorgaba é otorgó de nuevo. E agora añadiendo el dicho testamento, él tenía escrito de su mano é letra un escrito que ante mí el dicho Escribano mostró é presentó, que

---

(*) **Testimonio autorizado en el archivo del Duque de Veraguas.**

dijo estaba escrito de su mano é letra, é firmado de su nombre, quél otorgaba é otorgó todo lo contenido en el dicho escrito, por ante mí el dicho Escribano, según é por la vía é forma que el dicho escrito se contenía, é todos los mandos en él contenidos para que se cumplan, é valgan por su última é postrimera voluntad. E para cumplir el dicho su testamento que él tenía é tiene hecho é otorgado, y todo lo en él contenido, cada una cosa é parte de ello, nombra é nombró por sus testamentos é cumplidores de su ánima al señor don Diego Colón, su hijo, é á don Bartolomé Colón, su hermano, é á Juan Porras, Tesorero de Vizcaya, para que ellos todos tres cumplan su testamento, é todo lo en él contenido en el dicho escrito, é todas las mandas é legatos é obsequios en él contenidos. Para lo cual dijo que daba é dió todo su poder bastante, é que otorgaba é otorgó ante mí el dicho Escribano todo lo contenido en el dicho escrito; é á los presentes dijo que rogaba é rogó que dello fuesen testigos. Testigos que fueron presentes, llamados y rogados, á todo lo que dicho es de suso, el Bachiller Andrés Mirueña é Gaspar de la Misericordia, vecinos de esta dicha villa de Valladolid, é Bartolomé de Fresco é Alvaro Pérez, é Juan Despinoso é Andrea é Hernando de Vargas é Francisco Manuel é Fernan Martínez, criados del dicho señor Almirante. Su tenor de la cual dicha escritura, que estaba escrita de letra é mano del dicho

Almirante, é firmada de su nombre, de verbo ad verbum, es este que sigue:

Cuando partí de España el año de quinientos é dos yo fice una ordenanza é mayorazgo de mis bienes, é de lo que entonces me pareció que cumplía á mi ánima é al servicio de Dios eterno, é honra mía é de mis sucesores: la cual escriptura dejé en el Monasterio de las Cuevas en Sevilla á Fray don Gaspar con otras mis escrituras é mis privilegios, é cartas que tengo del Rey é de la Reyna, nuestros señores. La cual ordenanza apruebo é confirmo por esta, la cual yo escribo á mayor cumplimiento é declaración de mi intención. La cual mando que se cumpla ansí como aquí declaro é se contiene, que lo que se cumpliera por esta, no se faga nada por la otra, porque no sea dos veces.

"Yo constituí á mi caro hijo don Diego por mi heredero de todos mis bienes é oficios que tengo de juro y heredad, de que hice en él mayorazgo, y no habiendo el fijo heredero varon, que herede mi hijo don Fernando por la misma guisa, é non habiendo él fijo varon que herede don Bartolomé mi hermano por la misma guisa, é por la misma guisa si no tuviere hijo heredero varon, que herede otro mi hermano; que se entienda así, de uno á otro el pariente más llegado á mi línea y esto sea para siempre, é si esto acaesciese sea la mujer más allegada á mi línea." E mando al dicho don Diego, mi hijo, ó á quien here-

de, que no piense ni presuma de amenguar el dicho mayorazgo, salvo acresentable é ponello: es de saber que la renta que el hubiere sirva con su persona y estado al Rey é la Reyna nuestros señores é al acrescentamiento de la Religión Cristiana.

El Rey é la Reyna nuestros señores, cuando yo les serví con las Indias; digo serví, que parece que yo por la voluntad de Dios nuestro señor se las di como cosa que era mía, puédolo decir, porque importuné á S. S. A. A. por ellas, las cuales eran ignotas é abscondido el camino á encantos se fabló de ellas, é para las ir á descubrir allende de poner el aviso y mi persona S. S. A. A. no gastaron ni quisieron gastar para ello, salvo un ciento de maravedís, é á mi fué necesario de gastar el resto: ansí plugo á S. S. A. A. que yo hubiese en mi parte de las dichas Indias, Islas é tierra-firme, que son al poniente de una raya que mandaron marcar sobre los Islas de las Azores y aquellas del Cabo Verde, cien leguas, la cual pasa de Polo á Polo; que yo hubiese en mi parte el tercio y el ochavo de todo é más el diezmo de lo que está en ellas, como más largo se muestra por los dichos mis privilegios é cartas de merced.

Porque fasta agora no se ha habido renta de las dichas Indias, porque yo pueda repartir della lo que della aquí bajo diré, é se espera en la Misericordia de nuestro señor que se haya de haber bien grande; mi intención

sería y es, que don Fernando, mi hijo, obiese della en ciento y medio en cada un año é don Bartolomé mi hermano, ciento y cincuenta mil maravedís é don Diego mi hermano cien mil maravedís, porque es de la Iglesia. Mas esto no lo puede decir determinadamente porque fasta agora non he habido ni hoy renta conocida como dicho es.

Digo, por mayor declaración de lo susodicho que mi voluntad es que, el dicho don Diego, mi hijo, haya el dicho mayorazgo con todos mis bienes é oficios, como é por la guisa que dicho es é que yo los tengo.

"E digo que toda la renta que él toviere por razón de la dicha herencia, que haga él diez partes de ella cada un año é que la una parte de estas diez, las reparta entre nuestros parientes los que perescieren haberlo más menester," é personas necesitadas y en otras obras pías. E después de estas nueve partes tome las dos dellas é las reparta en treinta y cinco partes é dellos haya don Fernando mi hijo, las veintisiete é don Bartolomé haya las cinco é don Diego mi hermano las tres. E porque, como arriba dije, mi deseo sería, que don Fernando mi hijo hoviese un ciento y medio é don Bartolomé ciento y cincuenta mil maravedís é don Diego ciento; é no se como esto haya de ser, porque fasta agora la dicha renta del dicho Mayorazgo no está sabido ni tiene número; digo que se siga esta orden que arriba dije fasta que placerá á nues-

tro señor que las dichas dos partes de las dichas nueve abastarán y llegarán á tanto acrescentamiento que en ellas habrá el dicho un ciento y medio para don Fernando é ciento y cincuenta mil para don Bartolomé é cien mil para don Diego. E cuando placerá á Dios que esto sea é que si las dichas dos partes, se entienda de las nueve sobredichas, llegaren contra de un ciento é setecientos é cincuenta mil monedas, que toda la demasia sea é la haya don Diego mi hijo ó á quien herede, é digo é ruego al dicho don Diego mi hijo ó á quien herede que si la renta deste dicho Mayorazgo creciese mucho, que me hará placer acrecentar á don Fernando é á mis hermanos la parte que aquí va dicha.

Digo que esta parte que yo mando dar á don Fernando mi hijo, "que yo pago della Mayorazgo en él é que le suceda su hijo mayor, y ansi de uno en otro perpetuamente, sin que la pueda vender, ni trocar, ni dar, ni enagenar por ninguna manera é sea por la guisa y manera que está dicho en el otro Mayorazgo que yo he hecho en don Diego mi hijo."

Digo á don Diego, mi hijo, é mando que tanto que él tenga renta de dicho Mayorazgo y herencia, que pueda sostener en una capilla, que se haga de facer, tres Capellanes que digan dies tres misas, una á honra de la Santa Trinidad, é otra á la Concepción de Nuestra Señora é la otra por ánima de todos los fieles

difuntos, é *por mi ánima, é de mi padre é madre é mujer*. E que si su facultad abastare que haga la dicha capilla honrosa y la acreciente las oraciones y preces por el honor de la Santa Trinidad, é si esto puede ser en la Isla Española que Dios me dió milagrosamente, holgaría que fuese allí donde yo la invoqué, que es en la Vega que se dice de la Concepción.

Digo y mando á don Diego, mi hijo ó á quién heredase, que pague todas las deudas que dejo aquí en un memorial, por la forma que allí dice, é más las otras que justamente parecerá que yo deba. E le mando que haya encomendada á Beatriz Enríquez, madre de don Fernando, mi hijo, que la provea que pueda vivir honestamente, como persona á quien yo soy en tanto cargo. Y esto se haga por mi descargo de la conciencia por que esto pesa mucho para mi ánima. La razón dello non es lícito de escrebir aquí.

Fecha á 25 de agosto de mil quinientos y cinco años, *Christo Ferens*. Testigos que fueron presentes que vieron facer é otorgar todo lo susodicho al dicho señor Almirante, según é como dicho es de suso: los dichos Bachiller de Mirueña, Gaspar de la Misericordia, vecinos de la dicha villa de Valladolid é Bartolomé de Fresco, é Alvar Pérez, y Juan Despinosa, é Andrea é Fernando de Vargas y Francisco Manuel é Fernán Martínez criados del dicho señor Almirante. E yo el dicho Pedro de Hi-

nojedo, Escribano é Notario público, susodicho en uno con lo dichos testigos, á todo lo susodicho, presente fuí. Y por ende fice aquí este mi signo á tal en testimonio de verdad.—*Pedro de Hinojedo.*—Escribano."

El Almirante agregó de su mano lo siguiente:

"Relación de ciertas personas á quien yo quiero que se vendan mis bienes, lo concedido en este memorial, sin que se le quite cosa alguna de ello.—Hásele de dar en tal forma que no sepa quien se las manda dar.

Primeramente á los herederos de Gerónimo del Puerto, Chanceller en Génova, veinte ducados ó su valor.

A Antonio Vazo, mercader ginovés que solía vivir en Lisboa, dos mil é quinientos reales de Portugal, que son siete ducados poco más á razón de tres cientos é setenta y cinco reales el ducado.

A un jío que moraba á la puerta de la judería en Lisboa, ó á quien mandase un sacerdote, el valor de medio marco de plata.

A los herederos de Luis Centurión Escoto, mercader ginovés treinta mil reales de Portugal, de los cuales vale un ducado tres cientos ochenta y cinco reales que son setenta y cinco ducados poco más ó menos.

A esos mismos herederos y á los herederos de Paulo de Negro ginovés, cien ducados ó su valor. Han de ser la mitad á unos herederos y la mitad á los otros.

A Baptista Espíndola, á sus herederos si es muerto, veinte ducados. Este Baptista Espíndola es yerno del sobre dicho Luis Centurión, era hijo de Micer Nicolás Espíndola de Locolí de Ronco, y por señas el fué Estante en Lisboa el año de 1482.

La cual dicha memoria ó descarga sobre dicho yo el Escribano doy fe que estaba escripta de la letra propia del dicho testamento del dicho don Cristobal. en fe de lo cual lo firmé de mi nombre.—*Pedro de Azcoytia.*—" (Está firmado.)

TRASLADO DE UNA CARTA MENSAGERA QUE EL ALMIRANTE ESCRIVIÓ AL AMA DEL PRÍNCIPE DON JUAN (QUE GLORIA HAYA) EL AÑO DE 1500 VINIENDO PRESO DE LAS INDIAS (1).

Muy virtuosa Señora,

Sy mi quexa del mundo es nueva, su uso de maltratar es muy antiguo. Mil combates me ha dado, y á todos resistí, fasta agora que non me aprovecho armas ni avisos con crueldad me tiene echado al fundo. La esperanza de aquel que crió á todos me sostiene. Su

---

(1) Códice Diplomático Colombo—Americano, 1823, página 298.

socorro fué siempre muy presto. Otra vez y no delexos, estando yo más bajo me levanté con su braço divino dixiendo: O ombre de poca fee, levantate, que yo soy; non hayas miedo.

Yo vine con amor tan entrañable á servir estos Prínçipes, y he servido y servijo, de que jamas se oyó ni vido.

Del nuevo çielo é terra que hasia nro Señor, escriviendo San Juan el Apocalis, después de dicho por boca de Isayas, me hyso dello mensagero y amostró en agual parte. En todos ovo yncredulidad, y á la Reyna mi señora dió dello el espíritu de ynteligencia, y esfuerço grande y le hizo de todo eredera, como á cara y muy amada fija. La posesion de todo esto fuí yo á tomar en su real nombre. La ygnorançia en que avían estado todos, quisieron enmendalle, traspasando el poco saber á fablar en ynconvenientes y gastos S. A. lo aprovava al contrario, y lo sostuvo fasta que pudo.

Syete años se pasaron en la plática, y nueve esectuando. Cosas muy señaladas y dignas de memoria se pasaron en este tiempo: de todo no se hizo concepto. Llegue yo, y estoy, que non ha nadie tan vil que no piense de ultrajarme; por virtud se contará en el mundo á quien puede no consentillo.

Sy yo robara las Indias, ó tierra que jaz hase ellas de que agora es la fabla del Altar de Sant Pedro, y las diera á los Moros, no

pudiran en España mostrarme mayor enemiga. Quien creyera tal á donde siempre ovo tanta nobleza?

Yo mucho quisiera despedir del negoçio, si fuera onesto para con mi Reyna. El esfuerzo de nro Señor y de su A. hyso que yo continuase y por aleviarle algo de los enoyos en que de causa de la muerte estava, cometí viaje al nuevo cielo é mundo que fasta entonçes estaba oculto. Y sy no es tenido allí en estima, á si como los otros de las Indias, no es maravilla, porque salió á apareçer de muy industria.

A Sant Pedro abraso el Spíritu Santo, y con los otros doze, y otros combatieron acá, y los trabajos y fatigas fueron muchas, en fin de todo llevaron la victoria.

Este viaje de Parya crey que apaziguaría algo por las perlas y la fallada del oro en la Española. Las perlas mandé yo ayuntar é pescar á la gente, con quien quedo el conçierto de mi buelta por ellas; y á mi comprender á medida que fanega; sy yo non lo escriví á Sus Altesas fue porque asy quisiera aver feçho del oro antes.

Esto me salió como otras cosas muchas: non las perdiera, ni mi honra, sy buscara yo mi bien propio, y dejara perder la Española: ó sa guardaran mis privilegios y asiento; y otre tanto digo del oro, que yo tenía agora junto, que con tantas muertes y trabajos por virtud divina he llegado á perfetto.

Quando yo fuí de Parya halle quasi la mitad de la gente en la Española alçados, y me han guerreado fasta agora, como á moro; y los indios por otro cabo gravemente. En esto vino Fojeda, y aprovo á echar el sello: dixo que S. A. le enbiavan con promesas de dádivas y franqueza y paga: alligo grande cuadrilla, que en toda la Española muy pocos ay salvo vago mundos, y ninguno con muyer y fijos. Este Fojeda me trabajo harto, fuele necesario de seyo, y dexo dicho que luego sería de buelta con mas navios y gente; y que dexaba la real porsona de la Reyna nuestra Señora á la muerte. En esto llegó Vicente Añez con cutro caravelas: ovo alboroto y sospecha, mas non daño. Los Indios dixeron de otras muchas á los caníbales y en Payra, y despues otra nueva de seys otras carabelas que traya un hermano del Alcalde; mas fue con maliçia esto fue ya á la postre quando ya estaba muy rota la esperança que Sus Altezas oviesen jamas de enbiar navios á las Indias, ni nos esperarlos y que vulgarmente desyan que S. A. era muerta.

Un Adrian provo en este tiempo a alçarse zarse otra vez, como de antes; mas N. S. no quiso que llegase a efectto su mal proposito; yo tenia propuesto en mi de no tocar el cabello a nadie; y a este por su ingratitud con lágrimas non se pudo guardar asy como yo lo tenya pensado; a mi hermano non hiciera menos, sy me quisiera matar y robar el Seno-

rio, que my Rey é Reyna me tenían dado en garda.

Este Adrian segun se muestra, tenia enviado a don Fernando a Xoragua, a allegar a algunos de sus secaçes, y alla ovo debate con el Alcalde, a donde nacio discordia de muerte; mas non llego a efecto. El Alcalde le prendio, y a aparte de su quadrilla; y el caso era que los insticiaba, sy yo non proveyere; estovieron presos esperando corvela en que se fuesen; las nuevas de Tojeda, que yo dixe. fiçieron perder la esperança que ya no venia.

Seys meses avian que yo estava despachado por venir a S. A. con las buenas nuevas del oro, y fuyir de governar gente disoluta, que non teme a Dios; ni a su Rey ni Reyna, llena de achaques y de maliçia.

A la gente acabara yo de pagar con seysçientos mill; y para ello avian cuatro quentos de diezmos e algunos syn el terçio del oro.

Antes de mi partida suplique tantas vezes á S. A. que enviase a allá a mi costa a qui toviese cargo de la justicia; y despues que falle alçado el Alcalde, se lo suplique de nuevo ó por alguna gente o al menos un criado con cartas; porque mi fama es tal que aunque yo faga iglesias y ospitales siempre seran dichas espeluncas para ladrones.

Proveyeron ya al fin, y fue muy al contrario dello que la negociación demandava vaya en bien ora, pues que fue á su agrado.

Yo estuve allá dos años syn poder ganar

una provision de fanega por mi, ni por los que allá fuesen; y este llevo una arca llena; sy pasaran todos a su serviçio, Dios lo sabe. Ya por comienço ay franquesas de veynte años, que es la edad de un ombre; y se coge el oro que ovo personas que de cinco marcos en quatro horas: de que diré despues mas largo.

Si plugiese a S. A. de desfaser un vulgo de los que saben mis fatigas (que mayor daño me ha fecho el mal desir de la gente que no me ha aprovechado el mucho servir y guardar su façien y Señorios) seria limosna, y yo restituido en mi honra, y se fablaria de ello en todo el mundo; porque el negocio es de calidad que cada dia ha de ser mas sonado, y en alta estima.

En esto vino el Comendador Bobadilla á S. Domingo; yo estava en la Vega, y el Adelantado en Xoragua, a donde este Adrian havía fecho cabeça; mas ya todo era llano, y la tierra rica y en paz toda; el segundo dia se crio governador, y fizo ofiçiales y executiones, y apregono franquezas del oro, y diezmos, y generalmente de toda otra cosa por veynte años; que, como digo, es la edad de un ombre; y que venia para pagar todos, bien que non habian servido llenamente fasta ese dia, y publico que á mi me avia de enbiar en fierros, y á mis hermanos, asy como lo ha fecho; y que nunca mas bolveria yo allí, ni otrie de mi linage; diziendo de mi mill desonestas

y descorteses cosas; esto tódo fue el segundo dia que llego, como dixe, y estando yo lexos absente, syn saber dello, ni de su venida.

Unas cartas de S. A. firmadas en blanco, de que el llevava una cantidad escribio y enbio al Alcalde, y su compañia con favor y encomiendas; a mi nunca me enbio carta, ni mensajero, ni me ha dado fasta oy. Piense Vuestra Merçed que pensaria quien tuviera mi cargo: honrrar y favoreçer á quien provo robar á S. A. el Señorio; y ha fecho tanto mal y daño; y arrastrar a quien con tantos peligros se lo sostuvo.

Quando yo supe esto crey que este seria como lo de Hojeda, ó uno de los otros; templome que supe de los payles que S. A. le enbiava escribile yo que su venida fuesse en buena ora, y que yo estaba despachando para ir a la Corte, y fecho almoneda de cuanto yo tenia; y que en esto de las franquezas que no se açelerase; que esto y el govierno, que yo se lo daria luego tan llano como la palma; y así la escriví á los Religiosos; ni el ni ellos me dieron respuesta; antes se puso el en son de guerra, apremiavan á quantos allí yvan, que le jurasen por governador; dixeronme que por veynte años; luego que yo supe de estas franquezas pense de adobar un yerro tan grande y que el seria contento, los quales dio sin neçesidad ni causa de cosa tan gruesa, y á gente vagamunda que fuera demasiado para quien truxiera mujer y fijos;

publique por palabra y por cartas que el no podia usar de sus provisiones porque las mias eran las fuertes, y les mostre las franquezas que llevo Juan Aguado.

Todo esto que yo hise, era por dilatar, porque S. A. fuessen sabidoras del estado della tierra; y oviessen logar de tornar á mandar aquello lo que fuese su serviçio.

Tales franquezas escusado es de las apregonar en las Indías, los vecynos que han tomado vezindad es logro, por que se les dan las mejores tierras, y a poco valor, valeran doscientos mill al cabo de los quatro que la vezindac se acaba, syn que den una açadonada en ella no diria yo asy, sy los vezinos fuesen casados; mas no ay seys entre todos que no estan sobre el aviso de ayuntar lo que pudieren, y se yr en buen ora; de Castilla seria bien que fuesen, y aun saber quien y como y se poblase de gente honrrada.

Yo tenia assentado con estos vezinos que pagarían el terçio del oro y los diezmos; y esto á su ruego; y lo recibieron en grande merçed de S. A. Reprendilos cuando yo oy que se dexavan dello, y esperava que el conmigo faria otro tanto; mas fué al contrario.

Indignolos contra mi disiendo que les queria quetar lo que S. A. les davan, y trabajo de me los echar á cuestas, y lo hizo; y que escriviesen á S. A. que no me embiáse mas el cargo; y asy se lo suplico yo pormy, é por toda cosa mia, en cuanto non aya otro pueblo,

y me ordeno el con ellos pesquisas de maldades, que el infyerno nunca se supo de las semejantes. Allí está Nuestro Señor que escapo a Daniel y a los tres mochachos con tanto saber y fuerça, como tenia, y con tanto aparejo, sy le pluguyere, como con su gana.

Supiera yo remediar todo esto, y lo otro, que esta dicho, y ha pasado despues que estoy en las Indías, sy me consentiera la voluntad á procurar por mi bien propio, y me fuere onesto mas el sostener de la justicia, y acreçentar el señorio de S. A. fasta agora me tiene al fondo. Oy en día que se falla tanto oro, ay división en que aya más ganancia yr robando, o yr á las minas; por una mujer también se falla ciento castellanos, como por una labrança; y es mucho en uso y ayhartos mercaderes que andan buscando desde IX. á X; son agora en precio de todas fedades; ha de tener un bueno.

Digo que la fuerza del maldecir de descontentados, me ha hecho más daño que mis servicios fecho provecho; mal ejemplo es por el presente y por lo futuro; fago juramento que cantidad de ombres an ydo á las Indias, que no merescian el agua para con Dios, y con el mundo, y agora vuelven allá.

Digo que en desye yo que el Comendador no podía dar franquezas que hice yo lo que el deseava; bien que yo á él dixese que era para dilatar, fasta que S. A. toviese el aviso

de la tierra y tornasen á ver, y mandar lo que fuese su servicio.

Enemistolos a elos todos con migo, y el parese, segund se ovo y segund sus formas que ya lo venia y bien encendido; o es que se dize que ha gastado mucho por venir á este negocio; no se dello; mas de lo que oygo, yo nunca oy que el pesquisador allegase los rebeldes y los tomase por testigos contra aquel que gobierna, á ellos syn fé ni dignos della.

Sy S. A. mandasen fazer una pesquisa general allí. Vos digo que se venía la maravilla, como la Ysla no se funde.

Yo creo que se acordará Vuestra Merced, quando la tormenta syn velas me echo en Lisbona, que fuy acusado falsamente, que avia yo ydo alla al Rey para darle las Indias fuesen mias, que yo no me pudiera sostener syn ayuda de Principe.

Sy esto es asy, adonde pudiera yo tener mejor arrimo y seguridad de no ser echado de ellas del todo, que en el Rey é Reyna nuestros señores, que de nada me han puesto en tanta honrra, y son los mas altos Príncipes por la mar y por la tierra del mundo; los quales tienen que yo les aya servido, e me guardan mis privilegios y mercedes; y si alguien me los quebranta S. A. me los acrecientan con avantaja (como se vido en lo de Juan Aguado), y me mandan haser mucha honrra; y como dixe ya, S. A. recibieron de mi servicio y tienen a mis fijos sus criados;

lo que en ninguna manera pudiera llegar con otro Principe; porque adonde non ay amor, todo lo otro cesa.

Dixe yo agora ansi esto contra un mal desir con malicia, y contra mi voluutad; porque es cosa que ni en sueño deviera llegar a memoria: porque las formas, y fechos del Comendator Bovadilla con malicia las quiere alumbrar en esto; mas yo le faré ver con el braço ysquierdo, que su poco saber y grand covardia con desordenada codicia, le ha fecho caer en ello.

Ya dixe como yo le escrivi, y á los frayles, y luego parte asy como le dixe, muy solo, por que toda la gente estava con el Adelantado, y tambien por que le quetar de sospecha. El, quando lo supo, echó a don Diego preso en una caravela, cargada de fierros, y a mi en llegando hiso otro tanto; y después al Adelantado quando vino ni le fablé, mas ni consintió que fasta oy nadie me aya fablado; y fago juramento que no puedo pensar por que sea yo preso.

La primera diligencia que el fiso fue a tomar el oro, el qual oro syn medida ni peso e yo obstante, dixo que quería el pagar dello á la gente; y segund oy, para sy hiso la primera parte, y enbía para rescate rescatadores nuevos de este oro tenía yo apartado ciertas muestras, granos muy gruesos como huevos de Ansaras, de gallinas y de pollos, y de otros muchas fechuras que algunas personas te-

nían cojido en breve espacio con que S. A. se alegrasen, y por ello comprendiesen el negocio, con una cantidad de piedras grandes llenas de oro, este fue el primo á se dar con malicia; porque S. A. no tengan este negocio en algo, fasta que le tenga fecho el nido; de que se de buena presa.

El oro que esta por fundir mengua al fuego, unas çadenas que pesarían fasta veynte marcos, nunca se han visto. Yo he seydo agraviado en esto del oro, mas que de las perlas, porque non lo he traído yo a S. A.

El Comendador en todo lo que el le parecio que me danaría, luego fue puesto en obra. Ya dixe con seycientas mill pagara a todo syn robar a nadie, y que avía mas de quatro quentos de diezmos y alguaziladgo, sin tocar en el oro hiso unas larguezas que son de risa bien que creo que començo en si la primera parte: alla lo sabran S. A. quando le mandaren tomar cuenta, en especial si yo estoviese a ella. El no haze, sy no desyr se deve grande suma; y es la que yo dixe, y non tanto; yo he sydo muy mucho agraviado en que se aya enbiado pesquisadores sobre mi, que sepan, que si la pesquisa que el enbiase fuera muy grave,que el quedara en el govierno.

Plugiera á Nuestro Señor que S. A. le enviaran á él ó á otro, dos años ha, porque yo fuera ya libre de escándalo y disfamia; y no se me quetara mi honra y la perdiera. Dios es justo, y ha de hacer que se sepa por qué y

como. Allí me juzgan como á Gobernador que fué á Cicilia, o a cibdad ó villa puesta en regimiento, y adonde las leyes se pueden guardar por entero, syn temor que se pierda todo. Yo recibo grande agravio.

Yo debo de ser judgado como Capitan que fue de España a conquestar fasta las Indias, a gente, belicosa, y mucha, y de costumbres y seta a nos muy contraria los cuales biven por sierras y montes, syn pueblo asentado ni nosotros; y adonde por voluntad divina he puesto so el señorío del rey e de la reyna nuestros señores otro mundo; y por donde la España, que hera dicha pobre, es la mas richa.

Yo devo ser judgado como Capitan que de tanto tiempo fasta oy, trae las armas a cuestas, syn las dexar una ora, y de covellaros de conquestas y del uso y non de letras, salvo sy fuesen de Griegos ó de Romanos, ó otros modernos de que ay tantos y tan nobles en España: Cade otra guisa recibo grande agravio; porque en las Indias non ay pueblo ni asiento.

Del oro y perlas ya esta abierta la puerta; y cantidad de todo, piedras preciosas, y especiería y de otras mill cosas se puede esperar firmemente; y nunca mas mal me viniese, como con el nombre de nuestro Señor le daría el primer viage; asy como diera la negociación de la Arabia Felis fasta la Meca, como yo escriví a S. A. con Antonio de Torres

en la respuesta de la repartición del mar e tierra con los Portugueses; y despues vinsera lo de colo arti, asy como le dixe y dí por escripto en el Monasterio de la Mejorada.

Las nuevas del oro que yo dixe que diría, son que dia de Nabidat estando yo muy aflegido, guerreado de los malos Cristianos, y de Indios en termino de dexar todo y escapar, sy pudiese, la vida me consolo Nuestro Señor milagrosamente y dixo.—Esfuerla: no desmayes, ni temas: yo proveere en todo: los syete años del termino del oro non son pasados; y en ello y en lo otro te dare remedio.

Ese dia supe que avia ochenta leguas de tierra, y en todo cabo dellas minas; el parecer agora es, que sea toda una. Algunos han cogido CXX castellanos en un dia; otro XC y se ha llegado fasta CCL. De cincuenta fasta LXX, otros muchos de XX fasta L y es tenido buen jorral; y muchos los continuan. El comun es de seys fasta dose, y quien de aqui abaxa no es contento: parece tambien que estas minas son como las otras, que responden en los dias non igualmente. Las minas son nuevas y los cogedores. Al parecer de todos es que aunque vays alla toda Castilla, que por turpe que sea la persona, que non abaxara de un castellano, ó dos cada di: y agora es esto asy en pesco. Es verdad que tienen algund Indio: mas el negocio todo consiste en el cristiano, Ved que discrecion fue de Bovadilla dar todo por ninguno y qua-

tro quentos de diezmos syn cabsa, ni ser requerido, syn primero lo notifican a S. A. y el daño non es ete solo. Yo se que mi hierros non han seydo con fin de faser mal: y creo que S. A. lo creen asy, como yo lo digo: y se, y veo que usan misericordia con quien maliciosamente les desyrve, yo creo, y tengo por muy cierto, que muy mejor, y mas piedad arran comigo, que cay en ello con yñorancia y forcosamente, como sabran despues por entero; y miraran a mis servijos, y conoceran de cada dia, que son muy aventajados: todo porman en una balancia asy como nos cuenta la sacra Escriptura que sera el bien con el mal el dia del Juysio.

Sy todavia mandan que otros me judgan, lo cual non espero, y que sea por pesquisas de las Indias, muy humillmente les suplico que enbien alla dos personas de conciencia y honrradas a mi corta, los cuales creo fallaran de ligero agora que se falla el oro cinco marcos en quatro oras: con esto syn ello es muy necesario que lo provean. El Comentador en llegando a Santo Domingo se aposentó en mi casa e asy como la falla dio todo por suyo: vaya en buen ora que quica lo habia menester. Corsario nunca tal uso con mercaderes. De mis escripturas tengo yo mayor quexa, que asy me las hayan tomadas, que jamas se le pudo sacar una; y aquellas que mas me avian de aprovechar en mi disculpa, esas tenía mas ocultas. Ved que justo y

onesto pesquisidor, cosas de cuanto el aya fecho me dizen que ha sydo con termino de justicia; salvo absolutamente. Dios nuestro Señor esta con sus fuercas y saber, como solía y castiga en todo cabo, en especial la yngratitud de ynjurias.

Ultima carta que escribió el inmortal descubridor del Nuevo Mundo.

"Serenisimos é muy altos, é muy poderosos señores Príncipes, Rey y Reyna, nuestros señores:

"Yo creo que Vuestras Altezas creeran que en ningun tiempo tuve tanto deseo de la salud de mi persona, como he tenido despues que supe que Vuestras Altezas habian de pasar acá por la mar, por venirles á servir, y ver la experiencia del cognoscimiento que del navegar tengo. A Nuestro Señor le ha placido así: por ende muy humildemente suplico á Vuestras Altezas que me cuenten en la cuenta de su leal vasallo y servidor, y tengan por cierto, que bien que esta enfermedad me trabaja agora asi sin piedad, que yo les puedo aun servir de servicio que no se haya visto su igual. Estos revasados tiempos é otras angustias en que yo he sido puesto contra tanta razon, me han llegado á gran extremo; á esta causa no he podido ir á Vuestras Alte-

zas, ni mi hijo. Muy humilldemente les suplico que reciban la intencion y volontad como de quien espera ser vuelto en mi honra y estado como mis escripturas lo prometen. La sancta Trinidad guarde y acreciente el muy alto y Real Estado de Vuestras Altezas."

Guatemala, 13 de septiembre de 1892.